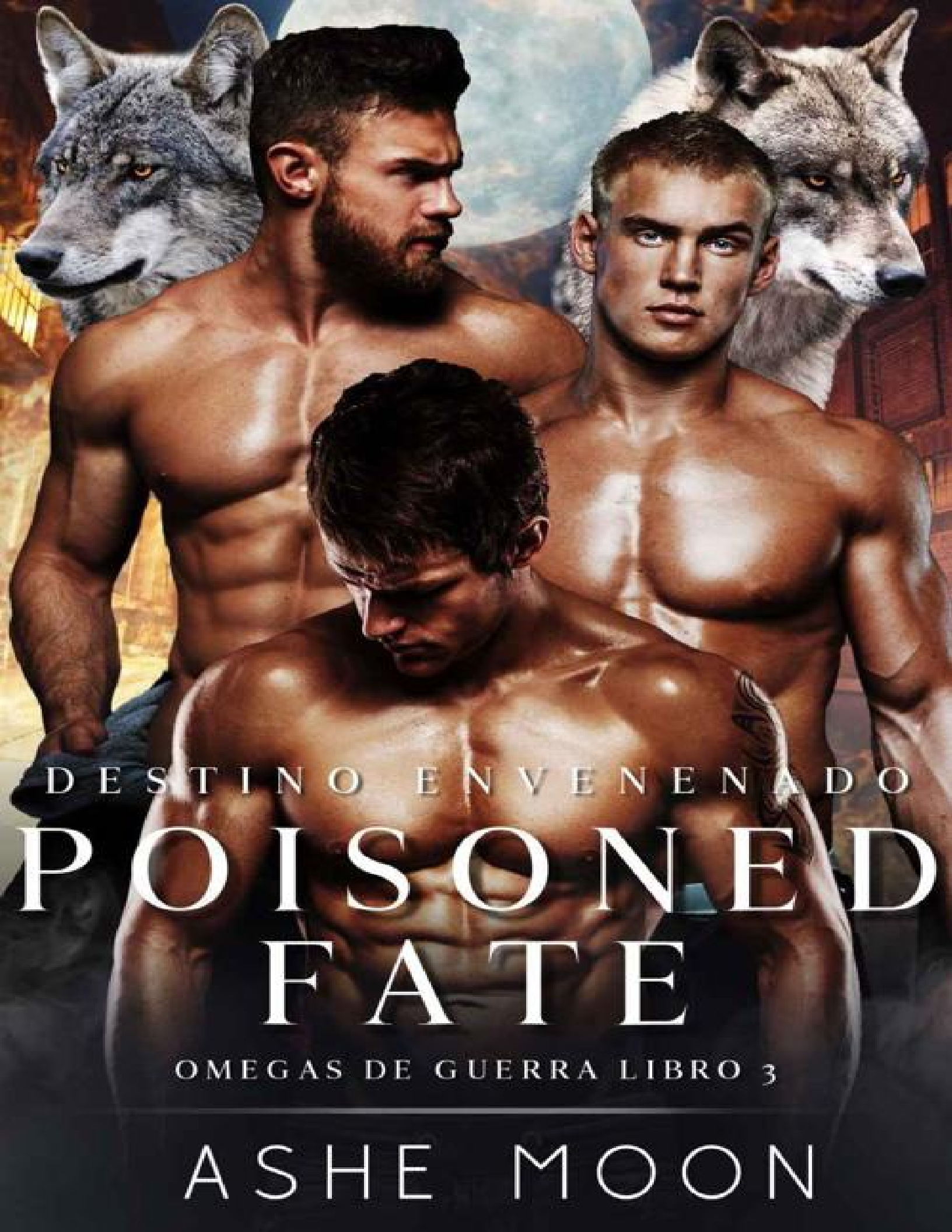




DESTINO ENVENENADO

POISONED FATE

OMEGAS DE GUERRA LIBRO 3

ASHE MOON

Derechos de autor © 2019, 2024 por Ashe Moon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

DESTINO ENVENENADO

POISONED FATE

OMEGAS DE GUERRA LIBRO 3

ÍNDICE

[¡Recibe M/M en tu bandeja de entrada!](#)

[Omegas de Guerra](#)

[PREFACIO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[¡Muchas gracias por leer!](#)

[Omegas de Guerra](#)

[SIGUIENTE EN LA SERIE...](#)

[La Serie de los Hermanos Luna](#)

[Mantente en contacto con Ashe](#)

[Contenido Extra](#)

Mantente al día con las ofertas y los nuevos lanzamientos suscribiéndote al boletín personal de Ashe Moon [AQUÍ](#), o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono.



Si buscas algo más personal, ¡también puedes unirte a mi grupo privado de Facebook, [Ashe Moon's Ashetronauts!](#) Es principalmente un grupo de habla inglesa, pero todos son bienvenidos y estaremos encantados de tenerte. ¡Haz clic en el enlace o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono!



Mi grupo es un espacio seguro para charlar conmigo y con otros lectores, y donde también realizo sorteos exclusivos y anuncios especiales. ¡Espero verte allí!

OMEGAS DE GUERRA

Los libros de esta serie pueden disfrutarse como historias autoconclusivas y leerse en cualquier orden. Aunque los libros se desarrollan en el mismo universo y en el mismo periodo, siguen a diferentes personajes en sus aventuras únicas. Simplemente comienza con la historia que más te interese: no te perderás ningún elemento clave de la trama ni el desarrollo de los personajes.

Libro 1 ([*Broken Crown*](#)): ♥♥♥♥♥

Libro 2 ([*Ravaged Bond*](#)): ♥♥♥

Libro 3 ([*Poisoned Fate*](#)): ♥♥

*

* Escala de intensidad:

♥ - Temas ligeros, conflictos moderados, final feliz garantizado

♥♥ - Temas moderados, conflictos emocionales, contiene temas delicados

♥♥♥ - Temas pesados, conflictos intensos, contiene contenido perturbador y violencia

♥♥♥♥ - Temas muy pesados, conflictos extremos, contiene contenido altamente perturbador y violencia explícita

PREFACIO

Advertencia: Esta obra contiene violencia y otros temas que pueden no ser agradables para algunos lectores, pero pueden esperar maravillosos arcos de personajes y un gratificante final feliz.

UNO

Tetros fue conocida una vez como la Perla de la Costa, una resplandeciente ciudad marítima que era el punto de parada para cualquiera que entrara o saliera del Continente Oriental. No solo era la capital de Venos, sino también su corona cultural: un cofre del tesoro de grandes museos repletos de espectaculares obras de arte, calles llenas de mercados y restaurantes que servían mariscos frescos pescados en las bahías de aguas cristalinas de la ciudad, y una plétora de famosos hoteles de lujo, posadas, casas de huéspedes y albergues para alojar a las multitudes de visitantes que recorrían la ciudad. Los hoteles más grandes eran frecuentados por la realeza de todo el mundo, políticos, líderes militares, artistas, músicos, cortesanas, todos con historias que contar desde sus rincones de existencia. Si alguien buscaba información, un hotel tetrosiano era el lugar para obtenerla.

Durante más de cien años, la familia de Drey Dredasere había sido propietaria y operadora del Hotel Delfín, uno de los más finos y renombrados de Tetros. Su prominencia mantuvo el hotel abierto e intacto durante la invasión hace cincuenta años, protegiéndolo de los fuegos de los lobos xyletianos que consumieron gran parte de la ciudad y la dejaron como un oscuro espectro de su antiguo esplendor. Cuando Martin, el padre Alfa de Drey, asumió la propiedad del hotel, hizo todo lo posible por operarlo con la misma energía por la que había sido famoso en los viejos tiempos antes de la guerra. Pero Tetros había cambiado. En lugar de los maravillosos huéspedes del pasado, ahora alojaba a criminales de guerra militares xyletianos que habían sido responsables del saqueo de Tetros y el asesinato de tantos de sus habitantes.

Drey no había conocido los viejos tiempos de la hermosa y libre Tetros, y solo sabía de ellos porque había crecido escuchando las historias de infancia de sus padres todos los días. —Así era Tetros cuando yo era niño —solía decir su padre—. Debemos hacer lo que sea necesario para sobrevivir, Drey, pero haz todo lo que esté en tu poder para preservar lo bueno.

A pesar de las historias de tiempos mejores de su padre, Drey estaba acostumbrado a la vida bajo el dominio xyletiano. No le parecía inusual ver a soldados lobo merodeando por las calles,

ni el ocasional repiqueteo de disparos a lo lejos, o los extraños individuos que visitaban a sus padres tarde en la noche. Todo era muy normal para él, y disfrutó de una infancia privilegiada libre de gran parte del trauma que sufrían los niños comunes de los territorios del Imperio.

Cuando Drey tenía alrededor de diez años, su padre Omega, Durk, a quien llamaba Papá, comenzó a jugar juegos de cacería con él, enseñándole a Drey cómo rastrear y recuperar pequeños regalos escondidos por la ciudad. Cada mañana, Drey encontraba un paquete de pistas esperándolo en su buzón del hotel, y para la tarde ya estaba a medio camino por la ciudad, aprendiendo sus calles de memoria mientras buscaba su objetivo. Durante un tiempo, los premios eran intrascendentes y no mucho más que juguetes. Pero a medida que Drey crecía, las misiones se volvían más difíciles y las recompensas cambiaban para estar a la altura. Uno de los premios finales fue un cuchillo de hoja recta, de doble filo y obviamente destinado a más que simples tareas domésticas.

Martin le enseñó cómo usar el cuchillo, junto con otras técnicas de lucha que un Alfa normalmente nunca le habría mostrado a un Omega. Drey disfrutaba el tiempo con sus padres, sin cuestionar realmente por qué los dueños de un hotel elegante le estarían mostrando cómo usar adecuadamente un cuchillo contra un lobo, o cómo rastrear objetivos, o cómo mezclarse entre la multitud. También le enseñaron los entresijos de atender a la clientela especial del Delfín, y él asumió que todo era parte de una vida normal para un Omega de su edad. No tenía nada más con qué compararlo: no tenía amigos. Recibía educación en casa completamente, manteniéndose fuera de la maquinaria xyletiana. La mezcla ecléctica y en constante cambio de huéspedes del hotel era la compañía de Drey.

—Solo espero que tu padre y yo te hayamos enseñado lo suficiente —le había dicho Durk—. No es una existencia fácil ser un Omega. Pasamos por mucho.

Incluso desde el nido protector que era el hotel, Drey entendía la gravedad de las palabras de su padre. Veía las miradas depredadoras de los Alfas xyletianos que pasaban por el Delfín y sabía lo que pasaba por sus mentes. Los Omegas eran raros y codiciados, y él estaba cerca de la edad de apareamiento.

—Algún día encontraré un buen Alfa —les había dicho a sus padres—. Me emparejaré, formaré una familia y me haré cargo del hotel.

Pero el destino tenía otros planes para él.

Fue solo unas semanas después del decimosexto cumpleaños de Drey. Una tropa de soldados

xyletianos entró en el vestíbulo, liderada por un trío de oficiales que obviamente no estaban allí con el propósito de experimentar la hospitalidad del hotel. Exigieron saber la ubicación de Martin y Durk Dredasere, y Drey observó desde el atrio del tercer piso cómo sus padres se enfrentaban a los soldados.

—Están bajo arresto —anunció el Alfa líder, un hombre alto y delgado con cabello blanco como la nieve. Sus compañeros oficiales lo flanqueaban: un hombre aún más alto con una calva incipiente y un vientre prodigioso, y un hombre con cara de comadreja que se paraba con el mentón levantado y las manos entrelazadas con arrogancia detrás de la espalda. El hombre calvo hizo una señal con la mano y los soldados se apresuraron a rodear a los padres de Drey, con sus armas desenfundadas. Cuatro de los soldados se transformaron y se convirtieron en lobos gruñendo, posicionándose en una formación de caja alrededor de los dos hombres para asegurarse de que no pudieran escapar.

—¿Bajo qué cargos? —exigió Martin.

Drey observaba, paralizado por el miedo. Durk miró hacia arriba y cruzó su mirada, negando ligeramente con la cabeza. *No hagas nada*, le estaba diciendo. *Mantén la calma*. Pero Drey estaba al borde del pánico. ¿Qué estaba pasando?

El Alfa de cabello blanco sacó un papel doblado del bolsillo del pecho de su uniforme. —Espionaje contra el Imperio —leyó—. Traición. Pónganles las esposas.

Los soldados los esposaron mientras Drey observaba impotente. No podía quedarse ahí parado sin hacer nada. Se levantó de su escondite y bajó corriendo las escaleras hacia el vestíbulo, donde fue recibido por cañones de armas apuntando directamente a su cara.

—¡Son mis padres! No pueden hacer esto.

—Drey —advirtió su padre con una calma apenas contenida—. Quédate atrás. Está bien. —Se volvió hacia el oficial al mando—. Nuestro hijo no tiene a nadie más. Somos su única familia, este hotel es su hogar.

—Me temo que no obtendrá piedad de mí. Quizás deberían haber considerado esto antes de decidir espiar a su Imperio. Pero somos justos. No se preocupe. Su hijo Omega será atendido. —Hizo una señal con la mano y los soldados comenzaron a sacar a la fuerza a Martin y Durk del edificio mientras el personal y los huéspedes se congregaban para ver de qué se trataba el alboroto.

Drey se abalanzó hacia adelante gritando por sus padres y fue detenido por los brazos de dos soldados que lo enviaron de espaldas al suelo. Se cernieron sobre él, inmovilizándolo con una bota en su clavícula y un rifle apuntando a su cara. El Alfa de cabello blanco miró hacia atrás y en el breve momento en que su rostro fue visible, Drey vio una sonrisa delgada y malvada dibujarse en sus labios.

—¡Deténganse! —gritó Drey en desesperación inútil. Pero no había nada que pudiera hacer para detenerlos. Corrió hacia la puerta. Justo antes de que los empujaran dentro del vehículo blindado, Durk logró impartir una última palabra.

—Dos quince —gritó con voz calmada, hablando directamente a Drey.

Las botas golpearon el suelo, las puertas se cerraron de golpe y luego, con un fuerte rugido, el convoy se alejó, dejando a Drey solo en una nube de polvo y acres vapores de escape.

Sus padres se habían ido.

Drey se quedó en la entrada del Hotel Dolphin, agarrando el largo mango de latón de la puerta en un esfuerzo por estabilizar sus piernas debilitadas. ¿Traición? ¿Espionaje? Sus padres no eran espías, eran los tranquilos propietarios del hotel más famoso de Tetros. Servían a Xyletia; muchos de sus huéspedes eran oficiales y estadistas del Imperio. Seguramente, tenía que haber habido algún error.

El personal del hotel salió a recoger a Drey. Estaba entumecido y abatido, incapaz de procesar lo que acababa de suceder. El personal era como familia y estaba tan conmocionado como él. Lo llevaron adentro e hicieron todo lo posible por devolver el hotel a sus operaciones normales, aunque una masa de huéspedes que habían presenciado el arresto estaban en el vestíbulo exigiendo que se les reembolsara su dinero y se les trasladara a nuevos alojamientos. Drey se sentó en medio del caos y pronto nadie le prestaba atención.

Tenía que haber habido algún error.

Más tarde, Miguel, el asistente del gerente y jefe de conserjes, un hombre que era como un tío para Drey, lo encontró en su habitación.

—Voy a llegar al fondo de esto —dijo Miguel—. Tengo contactos en el Imperio. Arreglaré todo esto.

Drey se quedó solo con sus pensamientos. El resto del personal se había puesto inquieto, temiendo no solo por sus trabajos sino también por verse implicados en cualquier delito que sus antiguos jefes hubieran cometido. Solo Miguel permaneció, cuidando de él e incluso quedándose en el hotel esa noche, trabajando incansablemente para averiguar cómo poner las cosas en orden.

Dos quince. ¿Qué había querido decir su papá? El número no significaba nada para él, y Drey se torturó durante la noche tratando de averiguar por qué lo había elegido como su mensaje de despedida.

—Papá —murmuró Drey en su almohada—. Padre. —Las lágrimas humedecieron sus ojos mientras una ola de desesperación atravesaba su corazón. ¿Por qué había pasado esto? Todavía no podía aceptar el hecho de que sus padres hubieran sido llevados. Volverían mañana, razonó. Era solo un error. El Imperio no le haría esto a gente inocente, y se darían cuenta de que era solo un error y los devolverían. Todo volvería a la normalidad. Pero cuando despertó al día siguiente, la única persona que vino a saludarlo fue Miguel.

El hotel estaba en silencio. Una parte del personal había renunciado. Nadie se presentó ese día, y Drey se hundió aún más en su angustia. Miguel tampoco tenía noticias útiles para él. Los intentos de contactar a sus fuentes habían fallado. Los canales que siempre habían podido proporcionarle a Miguel la información necesaria para hacer su trabajo como conserje se habían silenciado; nadie quería tener nada que ver con él. La noticia se había difundido, el Hotel Dolphin había sido incluido en la lista negra.

Dos quince.

Drey se aferraba a las palabras, deseando que su papá hubiera explicado por qué las había dicho, por qué no había dicho nada más.

Debe ser algo significativo, algo que solo yo podría saber, pensó.

De lo contrario, habría dicho más, proporcionado algún contexto. Fuera lo que fuera que significaba dos quince, era un acertijo que su papá no había querido que otros oídos entendieran.

Un acertijo.

Se encendieron luces en la cabeza de Drey. ¿Podría ser? Salió corriendo de su habitación y bajó volando las escaleras hasta el vestíbulo, donde el recepcionista nocturno estaba sentado

detrás de la extensión de mármol pulido y roble que era el mostrador de recepción del hotel.

—Buenas noches, señor Dredasere —dijo el recepcionista mientras Drey pasaba detrás del mostrador—. ¿Necesita algo?

—Habitación 215. ¿Hay alguien alojado allí?

El recepcionista usó la terminal para buscar en los registros de huéspedes del hotel, que parpadeaban en el monitor de visualización. —Sí, señor. Ocupada desde la semana pasada.

—Oh. —Había pensado que tal vez su papá se refería al número de la habitación, que quizás era algún tipo de pista. De qué, no lo sabía. Si un huésped se estaba alojando allí, dudaba que su papá la hubiera usado para algo importante.

Drey se dirigió a la cuadrícula de buzones que alineaba la pared detrás del mostrador y abrió el especialmente marcado para su habitación, donde Durk normalmente le dejaría el paquete de pistas para que lo encontrara por la mañana. Sintió un apretón de anticipación antes de abrirlo, aunque ya lo había mirado esa mañana, y aún sintió decepción al encontrarlo vacío. Mientras salía, pasó por el buzón de la habitación 215 y se detuvo. Los pequeños números dorados grabados en un cuadrado con bisagras de nogal pulido parecían llamarlo. Después de un momento de consideración y asegurándose de que el recepcionista estuviera ocupado con otra cosa, Drey abrió cuidadosamente la caja y miró dentro.

Vacío.

Exhaló lentamente y metió la mano para verificar lo que veía, y se congeló. Un temblor de emoción recorrió su columna cuando sus dedos tocaron algo pegado al techo de la caja, algo frío y metálico. Era una llave; podía decirlo por su forma.

Con otra mirada para asegurarse de que no lo estaban observando, retiró la llave. Sin mirarla, la metió en su bolsillo mientras cerraba silenciosamente la pequeña puerta del buzón.

Corrió de vuelta a su habitación y sacó la llave de su bolsillo. Estaba hecha de plata y cabía perfectamente en la palma de su mano, sin características excepto por el símbolo grabado en la parte superior: un pez estampado que era el emblema de Venos. Su mente inmediatamente se dirigió a la oficina de sus padres donde aún guardaban una pequeña representación del emblema de Venos discretamente enmarcada debajo de la bandera obligatoria del Imperio.

Su corazón latía con fuerza. Sus padres habían dejado este rastro para él, una búsqueda de algo que tenía que ser vital si lo habían preparado sabiendo que algún día serían llevados.

O asesinados.

No podía soportar la idea de que hubiera ocurrido lo peor. Necesitaba creer que regresarían. ¿Por qué no había oído nada de ellos? ¿De nadie? Pero Drey no ignoraba cómo operaba el Imperio. Había vivido una vida protegida, pero sus padres lo habían educado bien. Conocía la brutalidad del Imperio. Sabía que se llevaban a la gente todo el tiempo, que era peligroso hablar mal contra Xyletia.

La realidad finalmente comenzó a golpearlo y sintió que el pánico recorría su cuerpo, pero luchó por controlarse, obligándose a no derrumbarse ahora. Agarró la llave en su mano y salió de su dormitorio, cruzando el pasillo del ala privada que él y sus padres llamaban hogar. Llegó a la oficina de ellos y entró. Era una habitación en la que casi nunca entraba sin su permiso y se sentía extraño entrar solo, pero el aroma que impregnaba el aire era el de ellos y lo reconfortaba. Encendió las luces, revelando los dos escritorios en el extremo lejano de la habitación. La pared de la derecha estaba forrada de estanterías llenas de volúmenes de libros, revistas y baratijas. La pared de la izquierda tenía archivadores que almacenaban registros del hotel y otros documentos. Detrás de los escritorios estaba el emblema de Venos enmarcado.

Se acercó y, con mano temblorosa, apartó el marco.

El corazón de Drey dio un salto. Efectivamente, oculta detrás del marco había una puerta de metal equipada con una cerradura en el centro. Tragó el nudo en su garganta y empujó la llave dentro. Los mecanismos encajaron en su lugar, alineándose perfectamente con los contornos de la llave. Giró su muñeca y el cerrojo se deslizó, permitiéndole acceso al compartimento oculto.

Podía oír el latido acelerado de la sangre mientras su pulso alcanzaba nuevos extremos. Abrió la puerta y miró dentro del espacio, que no era más grande que el buzón donde se había guardado la llave.

Una pequeña caja estaba dentro, hecha de metal gris y asegurada con un pestillo. Drey la colocó sobre el escritorio y examinó su superficie. No había nada escrito en ella, ninguna marca de ningún tipo. Abrió el pestillo y la abrió, revelando un papel doblado y una llave plateada.

Drey se sorprendió al ver la letra de su padre en el papel con su nombre escrito pulcramente en la parte superior, y sintió una oleada de dolor por sus padres. Mientras leía la nota, su tristeza

fue superada por una total incredulidad.

Encontrar este mensaje significa que tu Papá te entrenó bien, y sospecho que no fue problema para ti descifrar el significado de las pistas. Si estás leyendo esto, entonces solo puede significar una cosa: tu Papá y yo hemos sido descubiertos y nos han llevado o matado, dejándote solo. Debes tener muchas preguntas, y espero que esto pueda responder algunas de ellas.

Los ojos de Drey escanearon las palabras, leyéndolas y releýéndolas una y otra vez.

—Tu Papá y yo somos agentes de la antigua Corona de Venos, y lo hemos sido desde antes de tu nacimiento. Estamos luchando para dismantelar el mal que es el Imperio Xyletiano, ayudando a las fuerzas aliadas para eventualmente recuperar el hogar que nos fue robado hace casi cincuenta años. Conoces la historia, Drey.

—Si hemos sido comprometidos, entonces el Hotel Delfín ya no es un lugar seguro para ti. No confíes en nadie. Lleva la llave que acompaña este mensaje a la torre azul. Hay un paquete allí con todo lo que necesitarás para continuar. Actúa rápidamente. La vida que has conocido se ha ido ahora, y solo puedo esperar que te hayamos preparado lo suficiente para lo que viene.

La parte inferior estaba firmada por sus padres junto con instrucciones para quemar el mensaje. Dejó el papel sobre el escritorio, con la mente acelerada. Los recuerdos comenzaron a formar conexiones: había tantas pequeñas cosas que había notado que habían sido benignas en su momento y ahora lo hacían todo tan obvio. Recordó haber presenciado reuniones clandestinas con personas extrañas en medio de la noche, saludos militares y el intercambio de documentos y hojas de imágenes. Recordó haber visto a su padre escabullirse en el hotel tarde en la noche a través de la entrada trasera secreta en su forma de lobo, llevando un arnés de equipo alrededor de su cuerpo. Apenas había visto a su padre usar su forma de lobo antes, y fue por esa razón, no por el hecho de que estuviera equipado con equipo inusual, que Drey había guardado esa escena de hace mucho tiempo en su memoria.

Su visión se nubló. No parecía posible, pero ahí estaba la evidencia en su propia mente. Sus padres *eran* espías. Ahora no podía evitar que el pánico se apoderara de él. Abrumado, Drey llevó la nota a la chimenea y arrojó el papel arrugado sobre el montón de brasas cenicientas. *El Hotel Dolphin ya no es un lugar seguro. ¿Vendrían los soldados a por él? Se guardó la llave de plata en el bolsillo y lanzó una cerilla encendida a la chimenea, prendiendo fuego a la nota. La torre azul... era una palabra clave que su papá usaba en sus juegos de caza, refiriéndose a una oficina de correos ubicada en el extremo norte de la ciudad donde un faro azul vigilaba el puerto.*

Todo esto era demasiado para él.

Observó cómo las llamas consumían el trozo de papel, deseando que las cosas pudieran volver a ser como antes. ¿Por qué sus padres habían hecho lo que hicieron? Tenía miedo. Solo quería esconderse, cerrar los ojos y quedarse dormido para despertar y descubrir que todo esto era solo una horrible pesadilla. Así que eso fue lo que hizo. Cerró el compartimento secreto y lo cubrió de nuevo, luego corrió a su habitación y se encerró dentro.

Solo quería que las cosas volvieran a la normalidad. No quería abandonar el hotel, su hogar. No quería encontrar lo que le esperaba al final de este rastro de migas de pan que sus padres habían dejado atrás. Los quería de vuelta.

Mientras se cubría con las sábanas de su cama, Drey finalmente sintió que las compuertas se abrían. Su cuerpo se sacudió con violentos sollozos mientras hundía su rostro en la almohada. Nunca se había sentido tan solo y tan asustado. ¿Qué haría?

Tenía que irse, como decía la nota. Pero no podía reunir el valor para hacerlo. Este era su hogar. ¿Cómo podría irse? ¿Dónde viviría?

Mañana, decidió. Dormiría sobre ello y al día siguiente decidiría cómo marcharse.

Dos

Drey despertó a la mañana siguiente por un golpe en su puerta. Había estado soñando con sus padres y, con la desesperada esperanza de que hubieran regresado, voló de la cama para abrir. Se decepcionó al encontrar a Miguel de pie allí, pasándose una mano por su cabello ralo.

—Le pido disculpas por despertarlo, pero necesitamos hablar. Es sobre sus padres.

El corazón de Drey dio un vuelco. —¿Ha averiguado algo? ¿Hay alguna noticia sobre lo que ha pasado?

—Sí —dijo, con aspecto preocupado—. Es mejor hablar en privado. ¿Puedo pasar?

Miguel cerró la puerta tras de sí y echó un vistazo rápido a la habitación. A pesar de estar cerca de la familia durante tanto tiempo, él y el resto del personal del hotel no solían entrar en el ala residencial, por lo que a Drey le resultó un poco extraño verlo de pie dentro de su dormitorio.

—Uno de mis contactos pudo averiguar sobre sus padres.

—¿Y? ¿Están bien? —Sentía como si un puño le apretara los pulmones, exprimiendo el aire mientras esperaba la respuesta de Miguel.

—Hasta donde sé, siguen con vida.

El alivio lo invadió y no pudo evitar que las lágrimas humedecieran sus ojos. —¿Dónde están? —preguntó con urgencia.

Miguel negó con la cabeza. —No lo sé. Todo lo que sé es que son prisioneros, pero están vivos en algún lugar. Podrían estar fuera del país, llevados al otro lado de la frontera con Xyletia, o tal vez en un campo de prisioneros en el continente occidental.

—Debe haber alguna manera de sacarlos.

—Drey, sus padres eran espías de una fuerza de oposición radical. ¿Sabía usted esto?

—No. —No iba a contarle a nadie sobre lo que había encontrado, ni siquiera a Miguel.

—Esta no fue una acusación falsa. Mi contacto lo confirmó. —Suspiró—. Esto nos pone a todos en peligro, ¿entiende? El hotel estará bajo investigación, pero sobre todo, *usted* estará en peligro. Podrían llevárselo también. Solo por ser su hijo.

Las palabras de la nota de su padre llenaron su mente de nuevo, y Drey volvió a sentir esa abrumadora oleada de pánico, como un niño perdido cuyo único deseo era estar a salvo otra vez. Todos los pensamientos de huir se habían desvanecido, reemplazados por ese miedo que lo consumía todo. Deseaba ser más fuerte.

—¿Qué debo hacer?

—Hay una forma en la que puedo protegerlo —dijo—. Pero debe hacer todo lo que le diga.

—De acuerdo —dijo Drey con vacilación.

—¿No ha tenido nada que ver con las actividades de sus padres?

—Nada —afirmó. Todavía le resultaba difícil creer que fuera cierto.

—Entonces será absuelto sin nada de qué preocuparse. Pero eso no lo protege de ser un Omega sin tutor. Si tuviera una pareja, estaría a salvo. El Imperio no podría reclamarlo.

Los ojos de Drey se abrieron en un momento de incredulidad. Miguel no podía estar sugiriendo *eso*, ¿verdad?

Miguel, un Alfa de casi cuarenta años, había trabajado para la familia Dredesere desde que era joven. Había sido parte de la vida de Drey desde que nació. Nunca había tomado pareja en ese tiempo. Drey nunca había pensado mucho en ello; el hombre estaba dedicado a su trabajo, y así era como lo veía: un amigo de la familia, pero sobre todo un empleado leal de sus padres. Básicamente, un tío.

La idea de emparejarse con él —o con cualquier otra persona, en realidad— ataba un peso al corazón ya pesado de Drey. Pero entendía el razonamiento detrás de ello. Tenía sentido, pero ¿realmente podría llevarlo a cabo?

—¿Emparejarme? —dijo Drey—. ¿Con usted?

—Solo será para ayudarlo —dijo Miguel—. Le aseguro que haré todo lo que esté en mi poder para averiguar dónde están sus padres. Usaré todos los contactos que tengo para trabajar en liberarlos. Si eso sucede, anularé el vínculo de pareja. Solo será para protegerlo, se lo prometo.

Drey miró al Alfa. Sentía que podía confiar en él. O tal vez estaba desesperado por confiar en él, por tener a alguien que pudiera cuidar de él. Lo haría. Tenía que hacerlo, porque simplemente no se sentía capaz de huir. De cierta manera, se sentía aliviado. Había una posibilidad de que pudiera ver a sus padres de nuevo y todo esto se arreglaría. Miguel iba a ayudarlo.

Miguel ya tenía el papeleo listo y esperando en su oficina abajo, y apresuró a Drey para que lo completara. El Omega hizo lo que le dijeron, poniendo tanto su firma como su huella de pata en el documento, y Miguel hizo lo mismo antes de colocarlo en un sobre sin sellar. Drey se sentía atrapado en un torbellino sin forma de volver a tomar el control. Miró fijamente el sobre que contenía los papeles de emparejamiento. Él y Miguel estaban *emparejados*. Pero al menos estaría a salvo.

—Bien —dijo Miguel—. Entonces está hecho. Ahora somos compañeros. —Puso su mano sobre el hombro de Drey—. Me disculpo por mi urgencia, pero el tiempo es crucial. Podrían venir en cualquier momento e intentar llevarte. Pero ahora está bien. Estarás a salvo. Mientras sigas mis órdenes, todo estará bien. Encontraremos a tus padres juntos. —Miguel guardó el sobre en el bolsillo de su pecho—. Lo siguiente que debo hacer para garantizar tu seguridad es trasladar mi residencia al hotel. Me haré cargo de las tareas de gestión, temporalmente, por supuesto, hasta que todo esto se resuelva.

—¿Vas a vivir aquí?

—No tendría sentido no vivir bajo el mismo techo que mi compañero. Habría preguntas. De todos modos, como nuevo propietario del hotel, tendré que asumir todas las responsabilidades anteriores de tus padres.

—¿Nuevo propietario? —repitió Drey.

—Bueno, temporal. —Miguel sonrió—. Confía en mí, todo va a estar bien. Lo tengo todo planeado.

No sabía qué lo causó, pero un escalofrío recorrió la espalda de Drey. Algo se sentía extraño, pero simplemente no podía decir qué, así que ignoró la sensación y la empujó al fondo de su mente. En una situación como esta, ¿qué no se sentía extraño?

Más tarde ese día, soldados xyletianos liderados por el mismo oficial de cabello plateado llegaron al hotel. Miguel le dijo a Drey que no hiciera nada y que se mantuviera callado, luego saludó al hombre.

—Recogeremos evidencia —dijo el oficial—. No interfieran.

—No, señor —dijo Miguel, inclinándose obsequiosamente—. Cooperaremos plenamente con el Imperio para asegurar que su investigación se desarrolle sin problemas. Soy Miguel Livere, el gerente interino del Dolphin. Por favor, acuda a mí para cualquier cosa que necesite.

El oficial lo miró por encima de la nariz. —Bien. Entonces me presentará a... —Se aclaró la garganta y sacó un pliego de documentos de su bolsillo—. Drey Dredesere, dieciséis años, Omega. Hijo de los traidores.

Ante esas palabras, Drey sintió que todo miedo y pasividad desaparecían repentinamente, y fue invadido por una rabia aún más intensa que la que había sentido cuando se llevaron a sus padres. Salió furioso de donde se había estado escondiendo. —¿Dónde están? —exigió—. ¿Dónde los tienen?

Los soldados apuntaron sus armas, sorprendidos por la repentina aparición del Omega. Miguel agitó sus manos frenéticamente, tratando de hacer que Drey se callara.

El oficial sonrió e hizo un gesto para que sus hombres bajaran las armas. —Vendrás conmigo, joven Omega.

—No he hecho nada.

—Quizás no. Pero eso no importa. Ahora eres propiedad del Imperio. Aprehéndanlo.

Drey se mantuvo erguido, el destello de rabia encendiendo una chispa de valentía en él. En ese breve momento, todas las cosas a las que temía ya no importaban.

—¡Esperen! —Era Miguel—. No pueden.

La mirada del oficial era paralizante, y Miguel se apresuró a sacar los documentos de apareamiento que acababan de completar. —No es un Omega sin reclamar. Es mi compañero. Aquí. —Ofreció los papeles y el oficial los arrebató, examinándolos con ojo crítico. Luego gruñó y arrojó los papeles a Miguel. Estos revolotearon hasta el suelo.

—Dejen al Omega —ladró—. Ocúpense de todo lo demás.

Los soldados irrumpieron en el piso superior, abriéndose paso hacia el ala residencial. Drey se movió para seguirlos. Miguel lo retuvo apretando sus brazos alrededor de él.

—Suéltame —se quejó.

—No hagas nada estúpido. Nos matarás a ambos.

—Solo suéltame. —Se liberó de su agarre, temblando de ira mientras veía a los soldados sacando montones de pertenencias de sus padres en carros metálicos. Era como ver cómo se llevaban a sus padres por segunda vez. Sin respeto por su manejo, se llevaban pertenencias descuidadamente metidas en contenedores de evidencia. Reliquias familiares, ropa, documentos, absolutamente todo.

—¡Oigan! ¡Esas son mías! —Los soldados ahora habían comenzado a saquear su habitación y estaban arrojando sus cosas a los carros.

—Drey —siseó Miguel—. Haz lo que te digo y cállate. Te advertí que harían esto.

Les tomó solo una hora despejar el ala residencial, con Drey de pie en el vestíbulo observando el flujo constante de efectos personales pasando, como si toda su vida estuviera saliendo por la puerta. Estaban borrando por completo la existencia de sus padres. Habría sido *su* existencia también, si Miguel no lo hubiera rescatado.

—Nos mantendremos en contacto —dijo el oficial con una expresión sombría en su rostro delgado—. Sepan que si algo está fuera de lugar, cualquier cosa, vendremos por ustedes.

Drey sintió el peso de la llave plateada dentro de su bolsillo. Podían quitarle todo lo demás, pero no esto. La mantendría escondida y segura. Drey no tenía intención de buscar qué mensaje

final podría revelar la llave. Había algo reconfortante en saber que siempre estaría ahí fuera. Pero más que eso, tenía miedo de lo que descubriría.

El oficial de cabello plateado miró a Drey con desdén mientras salía del hotel, y el joven Omega se juró a sí mismo que nunca olvidaría la cara del hombre. Ni perdonaría jamás al Imperio Xyletiano por lo que habían hecho.

Cuando el último soldado se había ido y el polvo se había asentado, el hotel se volvió extrañamente silencioso y desprovisto de vida. Muchos de los huéspedes habían cancelado sus reservas y los que permanecían se mantenían ocultos en sus habitaciones. El personal que no había renunciado estaba ocupado en algún lugar en las partes más remotas del hotel.

Drey subió apresuradamente las escaleras y pasó por encima de los restos destrozados de la puerta que daba al ala de residencias. Las paredes estaban arañadas y marcadas por el movimiento de los muebles. El despacho de sus padres había sido prácticamente despojado de todo, salvo por una silla de madera tumbada de lado y un sillón de cuero que había sido acuchillado, con el relleno arrancado y esparcido por el suelo. La bandera xyletiana aún colgaba en la pared, pero el emblema venosiano había sido retirado y la caja fuerte detrás de él había sido abierta con un pequeño explosivo que había dejado la pared chamuscada.

Su propia habitación no estaba en mejores condiciones. La cama permanecía, pero el colchón había sido rasgado por el centro y arrojado contra la pared. Sus estanterías habían sido vaciadas y derribadas. Todos los pequeños adornos que su papá había usado como premios para sus juegos de caza habían desaparecido.

La mano de Miguel en su hombro le hizo dar un respingo. El Alfa se había acercado por detrás y estaba examinando los daños.

—Terrible —dijo en voz baja—. Verdaderamente terrible lo que han hecho.

Drey estaba entumecido, su corazón devastado. Ni siquiera podía llorar. La mano de Miguel se deslizó desde su hombro y trazó un círculo en su espalda alta. No era reconfortante en absoluto. Se sentía extraño, pero no lo detuvo. Estaba demasiado consumido por su ira y tristeza para hacer algo.

—Empezaremos de nuevo —dijo Miguel—. Limpiaremos todo para que nada pueda recordarte lo que ha pasado. Haré que alguien venga a limpiar y traiga nuevos muebles, y...

—¡No! —Odiaba la idea de empezar de nuevo, no ahora, aún no. Necesitaba algo de tiempo para procesar todo esto. ¿Por qué Miguel tenía tanta prisa?

—Será lo mejor, Drey. Además, me mudaré aquí. Usaremos la suite de tus padres, por supuesto.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Drey, horrorizado.

—No te preocupes. Ya me he encargado de todo. Los de la mudanza llegarán pronto con mis cosas.

—¿A qué te refieres con *nosotros*?

—Creo que es bastante obvio. Ya no te quedarás en tu antigua habitación. Ya no eres un niño, Drey. Eres un hombre joven. Y eres mi pareja. Compartirás mi cama, y por supuesto me ofrecerás todas las cosas que una pareja debe proporcionar a su Alfa.

—No soy tu pareja —protestó Drey mientras una oleada de repulsión y frío temor lo invadía—. Es decir, no realmente. Solo me estás ayudando. Eso es todo lo que se supone que debe ser.

Miguel no esperaba nada más, ¿verdad?

Sacó los documentos, que habían sido pisoteados por los soldados y estaban marcados con huellas de botas negras.

—Estamos unidos. Pero para completar el pacto hay un acto final que debe realizarse. Y si no se hace, no puedo ayudarte. No puedo protegerte. Y ciertamente no podré hacer nada para encontrar a tus padres. Entonces, Drey... ¿Vas a dejar que te ayude?

Drey se estremeció, sintiendo que estaba a punto de vomitar. Era un tonto. Su padre había intentado advertirle. ¿Por qué no se había ido simplemente? ¿Por qué tenía que ser tan miedoso? ¿Tan débil? ¿Tan impotente para hacer algo?

No había nada que pudiera hacer. Ya estaba atrapado.

Agachó la cabeza en señal de derrota, y una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de Miguel.

—Bien. Confía en mí. No sé cuánto tiempo pueda llevar, podrían ser años, pero te ayudaré a

encontrar a tus padres.

Entonces Miguel extendió la mano con un perezoso empujón y cerró la puerta del dormitorio.

TRES

Después de dos años bajo el cuidado de Miguel, el Hotel Dolphin había experimentado un cambio completo, transformándose para servir como un alojamiento no oficial y punto de encuentro para los militares xyletianos. Drey observó la transformación desde los confines del ala residencial, la cual nunca abandonaba debido al miedo a ser arrestado que el Alfa le había inculcado. Cada vez más huéspedes vestían uniformes; se celebraban mítines en el auditorio y ceremonias militares en el comedor. Banderas xyletianas colgaban de los balcones del atrio.

El ala residencial también había sido transformada. Compartía cama con Miguel en lo que solía ser la suite de sus padres, pero el Alfa insistía en restaurar su antigua habitación a su apariencia original para usarla como "cuarto de juegos". Era el lugar favorito de Miguel para llevarlo; boca abajo entre las almohadas mientras el hombre se hundía en él con todo su peso, el bulto de su vientre sudorosa aplastándose contra la parte baja de la espalda de Drey mientras le susurraba al oído cuánto lo amaba y cuánto lo había deseado siempre.

Si había una bendición, era que Miguel siempre usaba un preservativo. No estaba interesado en tener hijos, y parecía que todo lo que le importaba era usar el cuerpo de Drey.

El corazón de Drey se había vuelto como una piedra y la luz había abandonado sus ojos, pero aún se aferraba a la promesa de volver a ver a sus padres. Las garantías de Miguel siempre llegaban en el momento perfecto para mantenerlo enganchado: el descubrimiento de un documento que llevaba los nombres de sus padres y estaba cubierto de redacciones en negro. Algún indicio de una ubicación. Diciéndole que estaba tan cerca de encontrarlos, que seguiría buscando porque haría cualquier cosa por él.

Drey odiaba sus declaraciones de afecto. Le repugnaban y hacían que las agresiones nocturnas fueran aún peores. No sentía más que desprecio por Miguel, y lo resentía casi tanto como a los hombres que se habían llevado a sus padres. Pero el mayor odio que Drey albergaba era hacia sí mismo. Demasiado ingenuo, demasiado incapaz, demasiado asustado. Si hubiera

escuchado la advertencia de sus padres, nada de esto habría sucedido. Había sido un tonto por confiar en Miguel, y lo peor era que aún se aferraba a la esperanza de que el hombre iba a encontrar a sus padres. Simplemente no podía dejarla ir.

Era la esperanza y el odio lo que mantenía a Drey en pie. Todo lo demás se había desecado.

Jugaba distraídamente con la llave plateada en su palma, dándole vueltas una y otra vez. Su superficie estaba nublada y algo deslustrada por este ritual diario, cuando la sacaba de su escondite detrás de un enchufe eléctrico dentro de la habitación de sus padres.

Técnicamente era su habitación ahora, pero se negaba a pensar en ella de esa manera. Era difícil incluso pensar en ella como perteneciente a sus padres; ahora era una habitación completamente diferente, parte de una horrible prisión. Todo el hotel era un manicomio lleno de cosas que solo servían para recordarle su odio por el Imperio.

Miraba por la ventana hacia la ciudad. A lo lejos, el sol brillaba sobre la superficie del mar azul y los barcos pesqueros se arrastraban a lo largo de la costa regresando con su captura diaria. Las banderas azules del Imperio ondeaban al viento desde lo alto de los edificios. Era la misma ciudad que había explorado de niño, el mismo lugar que siempre había sido, pero para Drey se había vuelto oscura y vil.

El sonido de la puerta principal del ala residencial abriéndose le indicó que Miguel llegaba, y Drey rápidamente guardó la llave en su lugar seguro antes de que entrara a la oficina buscándolo.

—¿Por qué te quedas mirando por esa ventana? —le preguntó Miguel. Llevaba una carpeta de papeles bajo el brazo y la arrojó sobre el escritorio antes de acercarse a Drey junto a la ventana. No se apartó cuando el Alfa deslizó su mano y le apretó el trasero antes de rodearlo por la cintura. No le dio ninguna reacción en absoluto—. Te quedas dentro todo el día y me preocupa. Puedo hacer que un servicio de acompañantes te lleve a la ciudad.

Drey negó con la cabeza. —No.

Miguel lo apretó con más fuerza y hundió su rostro en el cuello de Drey, besándolo. Se estremeció pero permitió que el hombre continuara, ocultando la mueca que cruzó su rostro por un breve momento.

—Sabes cuánto me encanta tenerte conmigo. Pero actúas como si fueras un prisionero. No deberías.

Miguel tomó la mano de Drey y la empujó bajo sus pantalones para obligarlo a jugar con su pene. Drey mecánicamente envolvió sus dedos alrededor del duro nudo de carne y lo acarició. Con ojos vidriosos, observó una bandada de gaviotas blancas revoloteando por el cielo azul. Miguel continuó besando su cuello con sus labios húmedos, gimiendo suavemente. Cuando se dio cuenta de que Drey estaba distraído, se apartó enojado.

—¿Por qué actúas así?

—No sé a qué te refieres.

—Pon algo de cuidado en lo que estás haciendo. Soy tu Alfa.

Finalmente, Drey se volvió para mirarlo, con los ojos brillando desafiantes. —Lo único que me importa es lo que tu red descubra.

La red de conserjes era un terminal especial que Miguel usaba para pedir todo tipo de favores necesarios para los huéspedes del hotel, como reservas, boletos de viaje y otras solicitudes especiales, y era a través de estos contactos especiales que obtenía información sobre los padres de Drey. Cada día, Drey esperaba noticias de la base de datos, pero Miguel se lo restregaba, a veces afirmando que no había tenido la oportunidad de buscar, o que nada había llegado.

Miguel agarró a Drey por los hombros y lo empujó bruscamente contra la pared. —No olvides que soy la razón por la que aún estás aquí. Soy lo único que te mantiene a salvo. No lo olvides, Drey. Deberías estar agradecido.

La repentina violencia lo conmovió, y el cambio en la expresión de su rostro pareció complacer al viejo Alfa. Había logrado obtener una reacción de él.

La ira desapareció lentamente del rostro de Miguel. —Ese sobre en la mesa tiene información sobre tus padres —dijo.

La lucha en él se desvaneció rápidamente, y con voz pequeña preguntó: —¿Qué información? —Ahí estaba de nuevo esa esperanza imposible, como una locura que suplantaba por completo todo lo demás.

Miguel sonrió. —Creo que sé dónde los tienen retenidos.

El corazón de Drey dio un salto. ¡Una ubicación! Ninguna de la otra información que Miguel había encontrado mencionaba una ubicación clara. —Por favor, muéstramela.

—Lo haré. Después de que me muestres cuán agradecido estás.

Sin dudarlo, Drey se dejó caer de rodillas y torpemente abrió los pantalones de Miguel, una respuesta automatizada para terminar el acto lo más rápido posible. Incluso el odio ardiente desapareció en el fondo de su mente por un breve momento; todo lo que le importaba era ver lo que había en esos papeles.

Se atragantó con el miembro de Miguel, haciendo lo mínimo necesario para que el hombre alcanzara el clímax. No tomó mucho. Siempre estaba luchando por mantener la erección o combatiendo un final prematuro. Esta vez fue lo último. Solo pasó alrededor de un minuto antes de que un gruñido señalara el inminente orgasmo de Miguel. Drey dejó de chuparlo y se alejó para evitar su semen, que salió a chorros y goteó patéticamente en el suelo.

—Limpia eso —dijo Miguel. Se subió los pantalones, se secó el sudor de la frente con un pañuelo de su bolsillo, y luego se sentó detrás del escritorio y comenzó a hojear algunos papeles del hotel.

Después de limpiar el semen con una toalla, Drey se acercó al escritorio y dijo: —Muéstrame lo que has encontrado.

—¿Hm?

—Mis padres. —Su voz se volvió cada vez más desesperada—. Los papeles. ¿Qué dicen? ¿Dónde los tienen retenidos?

—No estoy seguro de que me hayas convencido, Drey. No me estás tratando como debería hacerlo una buena pareja.

Drey temblaba de ira. —¿Qué quieres que haga?

Miguel pareció no escucharlo y estaba garabateando su firma en una pila de papeles. Las manos de Drey se habían apretado en puños mientras luchaba por contener su frustración, pero el rasgueo repetitivo de la pluma y el pasar de las hojas le estaba crispando los nervios. —¿Qué quieres que haga? —repitió.

—Ya deberías saber la respuesta a esa pregunta —respondió sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

Él sabía lo que Miguel quería y le repugnaba aún más que permitirle usar su cuerpo. Fingir afecto cuando no había absolutamente ninguno era tortuoso, y nunca había sido capaz de hacerlo incluso en situaciones en las que sabía que probablemente haría su propia vida más fácil. Algo cambió en la mente de Drey en ese momento, como si se hubiera activado un interruptor, y decidió que podía —no, que debía— superar sus propios límites y barreras para obtener lo que necesitaba.

No podía continuar de esta manera, siendo propiedad del Alfa y suplicando por migajas. Finalmente necesitaba tomar el asunto en sus propias manos. Jugaría el juego de Miguel por ahora, y eventualmente encontraría una manera de no depender más de él.

—Lo siento, Miguel —dijo. El Alfa levantó la mirada con una expresión de asombro, y Drey sintió una oleada de confianza. Sí, podía hacer esto. Podía interpretar el papel que tenía que interpretar. *Él* tomaría el control sobre Miguel jugando su juego—. Sé que no he sido una buena pareja, especialmente después de todo lo que has hecho para ayudarme. —Las palabras sabían horrible, pero continuó con ellas, sorprendiéndose a sí mismo con la repentina facilidad con la que las hacía fluir. Caminó alrededor del escritorio hasta donde Miguel estaba sentado y lo rodeó con sus brazos—. Te prometo que todo eso cambiará. Seré un buen Omega para ti. Déjame demostrártelo.

Se puso de rodillas nuevamente. Miguel se vino aún más rápido esta vez, obviamente excitado y complacido por este cambio de energía. Drey reprimió el asco y tragó la carga del hombre por primera vez, pero se sintió poderoso al ver al Alfa respondiendo exactamente como él quería.

—¿Me puedes mostrar lo que has encontrado? —preguntó dulcemente.

Los ojos de Miguel estaban muy abiertos, y asintió tontamente. —Sí, sí, por supuesto. Sabía que finalmente te haría entrar en razón. Esto me hace muy feliz. Ven, siéntate en mi regazo.

Drey obedeció, interpretando el papel del Omega obediente. Miguel aprovechó al máximo, presionando su rostro contra la nuca de Drey e inhalando profundamente. Drey no se permitió sentirse perturbado. Encontró sorprendentemente fácil seguirle el juego, poniendo justo la resistencia suficiente para mantener al Alfa enganchado.

Miguel finalmente abrió el sobre de papeles y sacó una sola hoja, que estaba casi completamente tachada en negro. "Dredesere" estaba impreso en la parte superior en letras de molde, seguido de una cadena de números. —Justo aquí —dijo, señalando los números—. Creo que estos podrían ser posiblemente coordenadas. Tal vez de donde los tienen retenidos.

Drey miró fijamente los números, con el corazón latiendo con fuerza. —¿Coordenadas de dónde?

—Bueno, no lo sé. Dije posiblemente coordenadas. Pero te prometo que seguiré investigando.

La anticipación emocionada se convirtió en amarga decepción. Había visto muchas coordenadas en sus juegos de caza y sabía que estas no eran nada parecido. Los números no significaban absolutamente nada. Miguel lo estaba engañando, y él había estado demasiado ciego para darse cuenta.

Se levantó del regazo de Miguel. —Está bien. Gracias —dijo.

—Estas son buenas noticias —dijo Miguel, ahora de buen humor—. Nos estamos acercando.

—Tienes razón —dijo Drey, inclinándose para besar a Miguel en la mejilla, casi en los labios—. Gracias por buscar. ¿Seguirás investigando?

—Si te lo mereces, te recompensaré. Lo prometo.

Por la sonrisa que cruzó el rostro de Miguel, Drey tuvo la sensación de que el hombre pensaba que él era quien tenía el control. *Bien*, pensó. *No tiene idea*.

Mantendría el engaño. Si pudiera manipular a Miguel, tal vez por fin podría llegar al fondo de esto y averiguar qué les pasó a sus padres.

El temblor de los cristales despertó a Drey de su sueño, haciéndole incorporarse de repente en la cama. El reloj marcaba la medianoche y todas las luces de la habitación estaban encendidas. Un rumor lejano hizo temblar las ventanas, y cuando miró a su alrededor se dio cuenta de que

Miguel no estaba allí. Su primera suposición fue un terremoto, hasta que una serie de estallidos sordos y apagados le hizo cambiar de opinión. Reconoció el sonido de los disparos y rápidamente se quitó las sábanas de encima. Estaba desnudo —exigencia de Miguel— y después de vestirse se dirigió a las ventanas que iban del suelo al techo, cubiertas por cortinas opacas. Miguel irrumpió en la suite, vestido solo con un albornoz de algodón y con una mirada desencajada en el rostro. Estaba sudando profusamente.

—Está pasando algo. Un ataque. No abras las...

Drey abrió las cortinas de un tirón. Desde su elevado punto de vista tenían una vista clara de la ciudad hasta la costa, y en la oscuridad de la noche la luz de los incendios era claramente visible. El humo se elevaba desde varios puntos de la ciudad, incluido un gran incendio en el edificio gubernamental del norte. Una espesa humareda se elevaba, resplandeciente por las llamas. Se oyó el eco de un aullido estridente: era una llamada de lobo que el ejército utilizaba para reunir a las tropas. Luego más disparos y el sordo retumbar de una explosión.

—Todos estos incendios —murmuró Drey al darse cuenta—. Esa de allí es la residencia del primer ministro. Y allá, los barracones xyletianos. ¿Qué está pasando? —Se volvió hacia Miguel, que tenía el rostro pálido.

—Algo sobre una rebelión —respondió débilmente—. La línea de comunicación se cortó antes de que pudiera enterarme de todo. —Empezó a vestirse—. Voy a bajar a recepción. Quédate aquí.

Drey se volvió hacia la ventana justo cuando una bola de fuego se elevaba en el aire a lo lejos. Un momento después, el edificio tembló ruidosamente y las ventanas se combaron bajo la presión de la onda expansiva. Retrocedió tambaleándose, temiendo que se rompieran. *¿Una rebelión contra Xyletia? ¿De quién?* Inmediatamente pensó en sus padres. El Imperio era tan enorme y poderoso que parecía inconcebible que alguna fuerza pudiera enfrentarse a él.

Las ventanas de toda la ciudad se iluminaron cuando los ciudadanos se despertaron por el alboroto. Drey podía ver el creciente caos en las calles. Una caravana de vehículos de transporte militar pasó a toda velocidad por una calle lejana en dirección al edificio del gobierno. Se produjeron más explosiones y pronto todo el centro de la ciudad se convirtió en un muro de llamas. Lo que fuera que estuviera ocurriendo en el norte se extendía lentamente hacia el Hotel Dolphin. El ejército empezó a aparecer en las calles más cercanas al hotel, fácilmente visible desde el mirador de la suite residencial. Drey observó cómo se intercambiaban disparos con una fuerza invisible. Una manada de soldados en forma de lobo se lanzó al ataque, utilizando sus

sentidos mejorados para evadir el ataque entrante, esquivando balas y desapareciendo de la vista.

De repente, dos camiones pasaron a toda velocidad por la calle transversal, flanqueando el bloqueo xyletiano. Ondeaban dos grandes banderas, una de las cuales Drey no reconoció —dos montañas bajo una luna creciente— y otra que le hizo dar un vuelco al corazón. El pez a cuadros de Venos. Apretó las manos contra la ventana intentando obtener una mejor vista, olvidando cualquier peligro potencial. Hombres y lobos de civil salieron en tropel de la parte trasera de los camiones e inmediatamente se enfrentaron a la sorprendida fuerza de soldados xyletianos.

Drey se quedó paralizado, viendo cómo los soldados xyletianos eran rápidamente abatidos. Debería haberse horrorizado por la masacre, pero en su lugar sintió una especie de satisfacción sombría. Había placer en la retribución.

Ellos habían sido responsables de su sufrimiento. Le habían arrebatado a sus padres.

Estuvo absorto en la ventana durante un tiempo mientras las escaramuzas se desarrollaban en las calles, y no fue hasta que una hilera de vehículos militares xyletianos rugió hasta la entrada del hotel que Drey volvió en sí. *Aquel* hombre salió de uno de los vehículos, el oficial de pelo blanco que Drey había sabido que se llamaba Killik. Ensangrentado por el combate, Killik condujo a un gran grupo de soldados y varios hombres y mujeres de civil al interior del hotel.

Drey se puso algo de ropa y salió furioso de la residencia, asomándose por el balcón del atrio para ver el vestíbulo. Miguel se apresuró a recibirlos, inclinándose servilmente. Killik ordenó a sus tropas que establecieran una línea defensiva en la entrada. Drey bajó corriendo las escaleras, furioso.

—Estamos requisando este hotel —anunció Killik—. Esta será nuestra nueva base de operaciones.

—¡No lo harán!

Killik se volvió, desconcertado, mientras Drey cruzaba el vestíbulo. —¿Perdón?

Drey ignoró los intentos de Miguel por hacerle callar, apartándole de un empujón cuando intentó taponarle la boca. —Fuera de aquí.

—Me temo que no tengo ni idea de quién es usted. —Hizo un gesto con la mano a Miguel—. Saca a este Omega de mi vista o los mataré a los dos.

—Este es *mi* hotel —gritó Drey.

Su mente retrocedió al momento en que le arrebataron a sus padres, aún tan vívido en sus recuerdos. Que Killik no le reconociera era un insulto que le llevó al borde de la ira ciega.

—Sigo sin recordarle. —Killik sacó su pistola reglamentaria y la apretó contra la frente de Drey—. En realidad no deseo desperdiciar una bala en usted, pero lo haré si es necesario. No se lo voy a repetir.

Miguel se quedó a un lado, con las manos en alto. —Drey —murmuró—. Para ya. ¿Qué estás haciendo?

Drey recobró el sentido y retrocedió lentamente, sin apartar los ojos de él. Killik hizo una señal a sus hombres, que empezaron a volcar las mesas para levantar barricadas en la entrada principal, destrozando todo lo que había encima. Utilizaron las culatas de sus rifles para romper las ventanas y las puertas de cristal, colocando montones de sacos de arena como protección. Drey no pudo hacer nada más que observar cómo destruían el hotel. Un déjà vu.

El ataque llegó rápidamente, una lluvia de balas y explosivos que obligó a los civiles a buscar refugio en el sótano. Miguel se aisló del resto, acurrucándose y murmurando nerviosamente cada vez que el techo temblaba. Drey se encargó de trabajar con el personal del hotel para atender a los huéspedes que estaban atrapados allí con ellos. El asedio del hotel continuó hasta la mañana y se prolongó hasta la tarde sin señales de detenerse.

Había un grupo de hombres y mujeres que habían llegado al hotel en la caravana y que Drey se enteró eran funcionarios xyletianos. Exigieron hablar con el dueño del hotel, ante lo cual Miguel finalmente se presentó con una atención servil. Querían usar su sistema de comunicación, y Drey observó cómo Miguel los guiaba escaleras arriba. Después de esperar un momento, los siguió, asegurándose de mantenerse fuera de vista.

El vestíbulo era apenas reconocible. El suelo de mármol estaba agrietado y cubierto por una capa de escombros, y había un enorme agujero donde las puertas de entrada habían sido voladas. La pared lateral estaba acribillada de agujeros de bala por los que se filtraba la luz polvorienta del sol. Los soldados xyletianos, ensangrentados y maltrechos, continuaban manteniendo la línea.

Se oyó un fuerte estruendo cuando uno de los funcionarios golpeó el disco de comunicación

contra el receptor.

—¡Esta maldita cosa no funciona! —le gritó a Miguel en la cara.

—La red ha sido cortada, señor —respondió tímidamente. El funcionario lo empujó a un lado y se dirigió furioso hacia Killik, quien observaba el exterior del edificio con unos prismáticos.

—Comandante Killik, ¡exijo un informe! ¿Qué está pasando ahí fuera? ¿Por qué seguimos atrapados aquí? ¿*Por qué* sus hombres no los han detenido?

—Es solo cuestión de tiempo. No tienen forma de entrar. Con francotiradores en cada nivel y los centinelas lobo listos, tenemos la ventaja. Este hotel es el lugar más seguro de la ciudad ahora mismo, Ministro. No pueden acercarse más, y hay refuerzos en camino desde el sur. Siéntase libre de salir, Ministro. Tal vez pueda negociar usted mismo con los rebeldes.

Drey no podía ver a las fuerzas opositoras desde donde estaba agachado, pero la imagen de la bandera venosiana aún ardía con fuerza en su mente. Estos rebeldes eran liberadores, se dio cuenta. Sus padres habrían estado de su lado. Después de todo, habían sido espías para el antiguo reino.

Tenía que ayudarlos. Si pudiera permitirles el acceso al hotel, matarían a Killik y a los otros soldados. Hombres que, a los ojos de Drey, eran los únicos responsables de haberle arrebatado a sus padres. Los xyletianos eran sus enemigos. Todos ellos.

Se dio cuenta de que había una forma de hacerlos entrar. El Hotel Dolphin había sido su patio de juegos de la infancia y lo conocía de arriba a abajo. Había una entrada secreta, un túnel de servicio que iba desde una habitación sin marcar en el sótano cerca de donde todos se estaban escondiendo. Pero, ¿cómo llegaría allí sin ser visto?

De repente, estalló un tiroteo de nuevo, llenando el vestíbulo con un estruendo ensordecedor. Drey se apresuró a volver al sótano y los demás lo siguieron poco después, maldiciendo y tapándose los oídos. Miguel caminaba de un lado a otro por la habitación, murmurando para sí mismo. Drey pensó que parecía trastornado.

—Saldré de esta —le oyó decir—. El ejército está viniendo, todo estará bien. —El hombre parecía estar sufriendo algún tipo de crisis nerviosa.

Drey se alejó y se movió a un rincón apartado de la habitación, sin querer estar cerca de él,

pero Miguel finalmente lo encontró e intentó arrastrarlo del brazo.

—¿Qué estás haciendo? —Drey se apartó—. Suéltame.

—No seré un prisionero de guerra, ¿entiendes? —Tenía los ojos desorbitados y no tenía sentido lo que decía—. Te entregaré si es necesario. Saldré vivo de esta.

Miguel se alejó y desapareció de la vista, dejando a Drey con una sensación de inquietud en el estómago.

El edificio se sacudió, haciendo vibrar las tuberías que corrían por el techo. El grupo de huéspedes del hotel gritó y se apretujó aún más al fondo de la habitación, acobardados como perros azotados. Drey vio en sus rostros expresiones similares a las de Miguel, la expresión de gente común que no estaba acostumbrada a temer por su vida, y se dio cuenta de que él no tenía miedo como ellos. Este repentino giro de los acontecimientos se sentía como un día más en el flujo de la vida de Drey, y apenas se inmutaba por el caos. Cada día ya era una locura y se había vuelto indiferente, guiado solo por su deseo de justicia y respuestas.

Esa noche, él y el personal del hotel instalaron catres con mantas en el sótano para que todos durmieran. Apenas se podía contar con Miguel para hacer algo y solo parecía estar preocupado por su propia seguridad. Los combates en el piso de arriba continuaron incluso durante la noche y Drey estaba preocupado de que no hubiera oportunidad de escabullirse sin ser notado, pero en el constante estrés de la situación nadie le prestaba realmente atención. Aun así, decidió que esperaría hasta que hubiera una larga pausa en los ataques para hacer su movimiento hacia el túnel de servicio oculto.

Pasaron unas horas, y el crepitar de los disparos comenzó a sonar rítmico y casi hipnótico. La gente empezó a quedarse dormida. Drey permaneció despierto, escuchando sus ronquidos.

El ruido de botas bajando por las escaleras de servicio y entrando en el pasillo le hizo asomarse por encima de su manta. Se dio la vuelta y fingió estar dormido cuando una luz recorrió la habitación y se posó sobre su catre. Se apagó, y el extraño cruzó la habitación. Drey permaneció en silencio, escuchando. Entonces, para su sorpresa, sintió una mano agarrando su hombro y volteándolo sobre su espalda. Otra mano le tapó la boca, silenciando su jadeo.

Incluso en la oscuridad podía ver quién era: Killik. El oficial de pelo blanco lo miraba fijamente, con una mirada salvaje en los ojos.

—No hagas ningún ruido o te cortaré el miembro —gruñó, y lentamente retiró su mano. Olía fuertemente a sudor, sangre y tierra. Cuando empezó a desabrocharse el cinturón, Drey abrió la boca para protestar, pero se detuvo cuando Killik sacó un cuchillo de su bota y se lo presionó contra la garganta.

Se bajó los pantalones, revelando la forma oscura de su erección, luego volteó a Drey boca abajo y le bajó los pantalones hasta los tobillos. Drey mordió la almohada para evitar gritar mientras el hombre lo penetraba.

—Tu patética excusa de compañero te vendió para salvar su propio pellejo —gruñó Killik en su oído—. Justo como traicionó a tus padres. Por supuesto que me acuerdo de ti y de tus padres traidores.

Los ojos de Drey destellaron con dolor y confusión. Se aferró a los bordes del catre, retorciéndose bajo el peso del Alfa mientras este lo embestía profundamente, violándolo hasta su núcleo.

—¿No lo sabías? —dijo Killik, viendo la pregunta en los ojos de Drey—. Él fue quien nos informó sobre las actividades de tus padres. Y ahora tiene miedo de ser castigado por ello, así que te entregó a mí para sacarlo de aquí. El maldito cobarde cree que vamos a perder.

Miguel fue quien los traicionó.

Fue Miguel.

Por supuesto que fue Miguel.

Drey solo sentía furia. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y no emitió sonido alguno mientras el Alfa continuaba atacándolo. No había nada que pudiera hacer para defenderse, y sabía que nadie lo ayudaría. Se concentró en su rabia ardiente y la usó para forjar su determinación: iba a sobrevivir a esto, iba a escapar y, de alguna manera, se vengaría de todos ellos. Nunca se detendría, nunca se rendiría, hasta lograrlo.

El hombre le levantó la camisa a Drey cuando se corrió, sacándosela y derramando su semen en la espalda de Drey. —No te vayas a ninguna parte —gruñó—. Tengo algunos hombres que necesitan desahogarse. —Después de subirse los pantalones, salió de la habitación.

Drey permaneció allí un minuto, procesando todo lo que pasaba por su mente. Más que nada quería encontrar a Miguel y destruirlo, pero este había dejado el sótano y probablemente estaba acobardado en algún lugar bajo la protección de los soldados en el piso de arriba.

Haciendo una mueca de dolor, se levantó del catre y encontró un trapo para limpiarse. La habitación había quedado en silencio. Nadie roncaba.

Ya no importaba ser sigiloso. No iba a quedarse allí esperando a que los otros soldados bajaran y tuvieran su turno con él. Iba a *hacer algo*.

Tropezó en la oscuridad fuera de la habitación y entró en el corredor que lo llevaba al pasadizo secreto, iluminado por el tenue resplandor rojo de las luces de emergencia. Las lágrimas volvieron a mojar su rostro y todo lo que quería hacer era gritar, pero se dijo a sí mismo que necesitaba mantener esa ira cerca si quería tener éxito en su misión. Sería el fuego en su motor para impulsarlo hacia adelante y permitirle hacer cosas que nunca antes hubiera imaginado posibles. Primero, encontraría a esos rebeldes.

El pasadizo estaba intacto y sin descubrir desde la última vez que lo había atravesado. No había energía aquí, así que se transformó en su forma de lobo para usar su sentido del olfato y la audición mejorados para encontrar su camino a través de la oscuridad hasta el nivel de la calle.

Abrió lentamente con el hocico la puerta de servicio y asomó la cabeza para echar un vistazo alrededor. El pasaje salía a un callejón estrecho a poca distancia del edificio principal del hotel, y cuidadosamente se abrió paso a través de él hasta la calle transversal. Asomándose por la esquina, Drey pudo ver la destrucción cerca de la entrada, a una manzana de distancia. Los vehículos en los que habían llegado los soldados xyletianos estaban acribillados a balazos, y uno había sido completamente destrozado por un explosivo. Mirando más allá de ellos, calle arriba, Drey vislumbró la posición de los soldados rebeldes. Habían tomado un restaurante como base, y apenas podía distinguir su movimiento a través del gran ventanal delantero, que había sido destrozado por una silla.

Miró dubitativamente hacia arriba los diez pisos del hotel que se elevaban sobre él. Sabía que había francotiradores apostados dentro de las ventanas, así que ¿cómo llegaría hasta el restaurante? Un camino directo era obviamente imposible, y cualquier ruta lateral normal estaría cubierta por los centinelas de arriba. Lo pensó detenidamente y dio con una solución.

De todos los juegos de caza, Drey había desarrollado un gran conocimiento de caminos

secretos y atajos para moverse por la ciudad. Habían pasado dos años desde que tuvo que usar sus habilidades y esperaba que la ruta que tenía en mente aún fuera accesible. Volviendo al callejón, se transformó en forma humana y subió por una escalera de acceso que conducía a la azotea del edificio detrás del hotel. Podría cruzar el techo, alejándose más del hotel y colocándose en una posición más segura para moverse al otro lado de la calle, donde podría avanzar más fácilmente por la manzana hasta el restaurante sin ser detectado.

Se izó sobre el borde de la azotea y tuvo que tomarse un momento para recuperar el aliento. Había estado encerrado en el hotel durante tanto tiempo que había olvidado lo que era sudar. Moviéndose agachado, llegó a la puerta de acceso a la azotea del edificio y empujó.

Estaba cerrada con llave.

Sacudió el pomo y la embistió con el hombro, pero no cedió. Tendría que entrar por una de las ventanas exteriores.

Drey se bajó a una estrecha franja de hormigón que sobresalía a lo largo del perímetro del edificio, con el cuerpo aplastado contra el muro de hormigón. No se atrevió a mirar hacia abajo. Se deslizó por el saliente, sintiendo que la más mínima ráfaga de viento lo derribaría de su precaria posición en el tercer piso. La ventana más cercana estaba cerca, solo a unos pocos pasos más...

La ventana, para su sorpresa y alivio, estaba abierta. Rápidamente saltó dentro.

Drey soltó un grito de sorpresa al encontrarse cara a cara con un Alfa alto que apuntaba un rifle largo por la siguiente ventana, y un lobo de pelaje gris tumbado en el suelo contra la pared opuesta.

—¡Mierda! —gritó el francotirador, e intentó girar su rifle pero falló cuando el cañón golpeó contra el marco interior de la ventana. Drey corrió y saltó sobre el hombre, actuando completamente por instinto. Logró derribarlo al suelo, pero fue rápidamente sometido cuando el lobo se transformó en forma humana y lo inmovilizó entre él y el francotirador.

—¡Joder! —dijo el hombre, presionando el rostro de Drey contra el pecho del francotirador mientras le ataba las muñecas.

—¿De dónde coño ha salido? —exigió el francotirador—. Hendricks, ¿no lo detectaste? Se suponía que estabas de centinela.

Drey luchó contra ellos pero fue inútil. Lo sostenían tan apretado contra el cuerpo del hombre que apenas podía respirar.

—No lo oí —dijo el hombre, Hendricks, con un toque de vergüenza en su voz—. Mierda, creo que me quedé dormido. Lo siento, Paz.

—*Sabuesos del infierno...*

Hendricks levantó a Drey y lo lanzó contra la pared. Tosió y jadeó en busca de aire mientras miraba a los dos Alfas. El francotirador, Paz, era treinta centímetros más alto que él, con cabello castaño y una barba corta. Hendricks era unos centímetros más bajo que Paz y tenía el pelo rubio muy corto. Sus cinturas estaban repletas de armas y equipo, pero ninguno llevaba uniforme.

—¿Quién demonios eres? —exigió Paz, apuntando su rifle a Drey.

—Ustedes dos no son xyletianos —dijo Drey, con los ojos iluminándose—. Deben ser de los rebeldes.

—Bien, ¿y quién demonios eres tú? —repitió Paz.

—El Hotel Dolphin pertenece a mi familia. Sé cómo hacerlos entrar.

Los dos Alfas se miraron entre sí. —¿Cómo? —preguntó Hendricks. Drey explicó rápidamente el pasadizo secreto.

—Comunícate —ordenó Paz—. Dile al comandante que hemos encontrado nuestra entrada. Entraremos ahí y armaremos un alboroto. Les daremos la oportunidad de romper su línea.

—Entendido —dijo Hendricks, sacando un comunicador.

—Más te vale no estar mintiéndome —le dijo Paz a Drey, levantándolo del suelo—. Si hay algo que odio, son los mentirosos.

—No soy un mentiroso. ¿Qué hacían ustedes dos aquí?

Paz sonrió con suficiencia. —Buscando una forma de entrar. Parece que estábamos destinados a encontrarnos. Mi nombre es Paz Waterford. Él es mi compañero, Hendricks Ortena.

—Drey Dredesere.

—Luce dio luz verde —dijo Hendricks—. Bengala verde para la señal.

Paz asintió y giró a Drey, dándole un pequeño empujón en la espalda con el codo. —Muy bien, Drey. Es hora de que nos muestres el camino.

—Desaten mis muñecas. Hay una escalera.

—No me voy a arrepentir de esto, ¿verdad? Porque odiaría tener que dispararte por hacer algo estúpido.

Drey resopló. —Estoy tratando de ayudarlos. ¿Podrían darse prisa y desatarme, por favor?

Sintió el agarre del hombre en su brazo mientras Paz lo acercaba, luego el frío acero en su piel cuando una cuchilla tocó su muñeca. Con un chasquido, las ataduras se liberaron. Drey se frotó las muñecas. Nunca antes lo habían atado así, y no quería que volviera a suceder.

—Sígueme —dijo, y guió a los dos soldados hacia el techo.

CUATRO

Drey abrió la puerta oculta y guió a los hombres al interior. —Este pasaje llega hasta el sótano del hotel —susurró—. Está lleno de civiles. Huéspedes del hotel.

—Tendremos cuidado —dijo Paz.

—¿Por quién luchan ustedes, de todos modos? —preguntó—. Vi sus vehículos llegar al hotel. La bandera con el símbolo de la luna sobre las montañas... no la reconocí.

Hendricks respondió la pregunta. —Nuestro mando es el Nuevo Imperio de Adosh, una coalición de antiguos líderes militares, funcionarios y realeza xiletiana descendientes de personas conquistadas por el Imperio hace medio siglo.

—Phoenix y Griffin Greer —dijo Paz con un toque de reverencia en su voz—. Eran comandantes xiletianos. Son las mentes maestras detrás de toda esta operación. En este mismo momento, en todo el mundo, nuestros agentes se están alzando para eliminar objetivos clave y derrocar al Emperador.

—¿Esto está sucediendo en todas partes? —preguntó Drey, conmovido.

—Si todo sale según lo planeado, recuperaremos nuestro país. Lo recuperaremos todo.

—Venos es nuestro hogar —dijo Hendricks—. Paz y yo nacimos en Amenios. Es un pequeño pueblo en la frontera con Xiletia.

—Lo conozco —dijo Drey. En sus lecciones en casa, sus padres le habían inculcado la geografía de Venos en su memoria.

—¿En serio? Me sorprende que lo conozcas. Apenas aparece en el mapa.

—Mucho ha cambiado —añadió Paz con amargura—. Está tan cerca de Xiletia que ya casi no se puede llamar un pueblo venosiano.

Continuaron el resto del camino en silencio, y cuando salieron del pasadizo hacia el sótano, el corazón de Drey comenzó a latir con emoción. *Esto es por mis padres*, pensó mientras los guiaba hacia la habitación donde todos dormían. Pero al doblar el pasillo, se sorprendió al ver a un lobo xiletiano de pie en el corredor, olfateando el aire. El lobo vio a Drey y soltó un aullido antes de volver a su forma humana.

—¡Está aquí! —gritó el soldado—. ¡Lo encontré!

Otros dos soldados entraron en el pasillo sosteniendo armas y lámparas que iluminaban las paredes. —¿Dónde te estabas escondiendo, Omega? No hagas esto más difícil de lo que tiene que ser.

Empezaron a acercarse a él, pero se detuvieron en seco cuando Paz y Hendricks aparecieron detrás de Drey.

—¿Qué...?

Tres rápidos disparos abrieron agujeros en sus cabezas, y los soldados se desplomaron en el suelo. Paz y Hendricks se pararon a ambos lados de Drey, con sus pistolas humeantes en las manos.

Paz hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta y Hendricks asintió. Su comportamiento se había vuelto sombrío, y rápidamente se adelantaron a Drey, sin prestarle más atención. Él los siguió, deseando poder hacer algo más para ayudar. Deteniéndose sobre el cuerpo de uno de los soldados caídos, miró las armas del hombre muerto y, después de un momento de consideración, le quitó la pistola enfundada y el cuchillo de combate. Nunca había usado un arma antes, pero era bastante bueno con un cuchillo. Se ató las armas a la cintura y se apresuró a seguirlos.

Paz y Hendricks se movían por la habitación donde los civiles se acurrucaban buscando refugio en la oscuridad. Paz se detuvo para revisar a la gente mientras Hendricks lo cubría.

—¿Son todos estos de los que hablabas? —preguntó Paz a Drey.

—Sí. Excepto esos tres. —Señaló a dos hombres y a la mujer, los funcionarios xiletianos que

habían venido con el ejército—. Son xiletianos. Gente del gobierno, o algo así.

De repente, uno de los hombres gritó a todo pulmón: —¡EL ENEMIGO ESTÁ...!

Drey vio la expresión fría de Paz iluminada en la oscuridad mientras su arma estallaba tres veces en rápida sucesión. No había habido vacilación. El resto del grupo gritó y se apresuró a alejarse de ellos, y Drey se quedó mirando los tres cuerpos sin vida en el suelo frente a él. La sensación de horror duró solo unos segundos antes de ser reemplazada por una oscura y excitante satisfacción. *¿A mis padres les dieron alguna oportunidad? No. Ustedes obtienen lo que merecen.*

Miró de nuevo a Paz, que ya se estaba moviendo hacia el nivel del vestíbulo con Hendricks. Drey sintió lo que solo podía describirse como admiración por los dos hombres. Quería su fuerza, su habilidad.

Sus disparos en el sótano habían alertado a los soldados en el vestíbulo y los Alfas fueron recibidos con balas cuando llegaron a la parte superior de las escaleras, obligándolos a lanzarse detrás de la pared en busca de cobertura. Drey cayó de culo, completamente expuesto al fuego, y se arrastró hacia atrás tratando de alejarse. Hendricks se lanzó, lo agarró por el tobillo y lo arrastró fuera de la línea de fuego.

—Probablemente deberías quedarte atrás —gritó con un guiño antes de asomarse por la esquina para disparar hacia el vestíbulo.

—Agradezco la advertencia, pero no voy a esconderme —Drey desenfundó su pistola y también disparó un par de veces desde la esquina. El arma casi se le escapó de las manos por el retroceso.

—Solo no me dispaes —gritó Paz—. ¡Vamos!

Paz y Hendricks avanzaron, moviéndose entre las coberturas mientras se adentraban en el vestíbulo. Sorprendidos por la emboscada inesperada, más soldados bajaron de los pisos superiores para unirse a la lucha.

Killik gritaba órdenes, señalando frenéticamente con el dedo en el aire mientras les disparaba con su pistola.

—¿De dónde diablos salieron!?

Miguel se acurrucó en una esquina, tapándose los oídos mientras los soldados a su alrededor desataban una lluvia de balas. Casquillos calientes caían de sus rifles sobre sus brazos. Drey lo vio desde el otro lado de la habitación y no sintió más que furia por el hombre que había arruinado su vida. Apuntó su pistola a la cabeza del hombre, con el dedo tocando el gatillo. Sus manos temblaban; el arma se sentía pesada y no estaba acostumbrado a usarla. Apretó el gatillo.

Un agujero estalló en el concreto justo encima de la cabeza de Miguel, fallando por solo unos centímetros. Gritó y cayó de bruces. Drey apuntó la pistola de nuevo, pero no tenía mucha confianza en acertar. La devolvió a su funda y sacó el cuchillo de combate. Era grande con una hoja de doble filo, muy parecido al cuchillo que su padre le había dado. Esta era una herramienta que sabía usar, y su peso familiar en su mano le brindó consuelo, así como una nueva comprensión de quiénes eran sus padres y por qué le habían enseñado las cosas que le enseñaron.

Las balas llovían a su alrededor, pero Drey estaba enfocado en una sola cosa y no prestó atención al peligro en el que se encontraba. A su izquierda, Paz sacó un pequeño cilindro metálico de su bolsa del cinturón, arrancó una lengüeta de metal de la parte superior y lo lanzó al centro de la habitación. Drey salió de su cobertura y Hendricks gritó alarmado que regresara. Miguel levantó la mirada y vio a Drey parado allí.

—¡Me disparaste! —exclamó—. ¿Qué estás...?

El brazo derecho de Drey se balanceó en un arco limpio, lanzando el cuchillo por el aire hasta que se enterró profundamente en el centro de la frente de Miguel, perforando su cráneo y penetrando su cerebro. El hombre moribundo miró el mango del cuchillo que sobresalía como un cuerno de su frente e intentó agarrarlo. Su mano se agitó en el aire como si estuviera espantando una mosca, sus ojos se cruzaron y se voltearon, y se desplomó en el suelo, muerto.

El cilindro metálico explotó, emitiendo una lluvia de chispas verdes cegadoras por un extremo. En ese mismo momento, Drey sintió una punzada de dolor en su hombro izquierdo y giró por la fuerza del disparo. Cayó al suelo, y Hendricks lo arrastró tras una cobertura.

—¡Te dije que te quedaras atrás! —le gritó al oído.

Killik le había disparado en el hombro desde el otro lado de la habitación. Bajó su pistola y gritó:

—¡Soldados, conmigo! ¡Nos movemos!

—¡Está huyendo! —Paz salió con su rifle y disparó justo cuando una explosión sacudió el frente del hotel, enviando a varios soldados volando por el aire. Luego, las principales fuerzas rebeldes cargaron contra el edificio, cortando la retirada de los xyletianos.

—¿Estás bien? —preguntó Hendricks.

Drey revisó su hombro y descubrió que la bala solo lo había rozado, dejando un corte sangriento en la parte superior del hombro. Asintió y se puso de pie.

—¡Mueve tu trasero aquí, Hendricks! —dijo Paz—. ¡No dejes que ese bastardo escape!

La fuerza en retirada había llegado a uno de los vehículos de transporte blindados que no habían sido dañados afuera e intercambiaban disparos con los rebeldes de New Adosh en la calle. Drey corrió hacia adelante, apenas escuchando los gritos de los dos Alfas para que se detuviera. No podía dejar que Killik escapara. Ese hombre podría decirle dónde estaban sus padres; estaba seguro de ello. Tenía que detenerlo. Tenía que castigarlo.

Un rastro de soldados muertos cubría el camino hacia el vehículo de transporte donde Killik se inclinaba sobre el capó e intercambiaba disparos con las tropas de New Adosh. El vehículo arrancó, expulsando humo negro por su tubo de escape. Killik abrió la puerta del pasajero de un tirón y estaba a punto de lanzarse dentro cuando Drey salió disparado.

—¡Alto! —gritó, sacando su pistola pero conteniéndose de disparar. A pesar de su poca precisión, no podía arriesgarse a matarlo. Pero el hombre estaba demasiado lejos, y no había nada que Drey pudiera hacer.

Killik miró a Drey, sonrió con suficiencia y luego se metió en el vehículo. Drey soltó un grito salvaje y desesperado mientras disparaba las balas restantes en un intento por detenerlo, pero fue en vano. El motor rugió, empujando el vehículo en un amplio giro chirriante, y salió disparado calle arriba desapareciendo en una esquina. Drey cayó de rodillas consternado.

—¡Maldita sea! —gritó, arrojando la pistola al suelo—. ¡Maldita sea!

Paz y Hendricks aparecieron a su lado mientras las tropas de New Adosh avanzaban cuidadosamente hacia la fachada del hotel, moviendo sus armas de un lado a otro en busca de más objetivos, pero las tropas xyletinas restantes habían escapado todas. Drey no había podido detener a Killik. Sentía como si estuviera cayendo en un gran pozo de desesperación mientras

todo lo acumulado en los últimos dos días lo alcanzaba. Había sido herido física y emocionalmente, y solo ahora lo sentía todo.

¿Cómo pudo dejarlo escapar?

—Necesitamos un sanador aquí —dijo Paz, haciendo señas—. Hombre herido.

Los soldados pasaron apresuradamente junto a ellos hacia el Hotel Dolphin, cargando armas y equipo. Uno de ellos se detuvo para revisar el hombro de Drey mientras Paz se agachaba a su lado.

—Nuestro comandante va a establecerse en tu hotel. Espero que no te importe.

Drey no dijo nada. Miraba al frente mientras el sanador le vendaba la herida, su párpado temblando ligeramente por el dolor. No estaba de humor para hablar, ni siquiera con los Alfas que tanto le habían interesado poco antes.

—Te deshaces de un huésped horrible y otro más se registra —bromeó Hendricks—. No te preocupes. El grueso del ejército llegará pronto. No pasará mucho tiempo hasta que toda esta ciudad haya sido purgada de las fuerzas xyletianas. Todo será diferente.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó Paz, inclinando la cabeza en dirección al cadáver de Miguel.

—Alguien a quien odiaba —respondió Drey secamente. Había matado y no sentía ningún remordimiento al respecto, solo un frío vacío.

Los rebeldes de New Adosh fortificaron el vestíbulo y lo convirtieron en un centro de mando, aumentando el número de soldados a medida que llegaban los refuerzos desde el sur, identificados por los collares rojos que llevaban alrededor del cuello y las banderas que ondeaban: la media luna sobre las montañas de Adosh o los símbolos de sus naciones de origen. Muchos de los huéspedes del hotel habían optado por evacuar una vez que los xyletianos fueron expulsados, por lo que el sótano estaba casi vacío. Drey se sentó en un catre y miró fijamente la pared. Todo lo que podía pensar era en su fracaso para detener a Killik, y estaba tan consumido

que no se dio cuenta de que Paz se acercaba en compañía de un hombre mayor, que probablemente tenía alrededor de cincuenta años.

—Waterford me dice que este hotel es tu establecimiento. ¿Fuiste tú el responsable de que él y Ortena entraran?

Drey levantó la vista hacia el hombre, parpadeando aturdido. —¿Quién es usted?

—Me llamo Luce. Soy el comandante de esta unidad. ¿Y bien? ¿Es cierto o no?

—Este hotel pertenecía a mi familia. Supongo que eso lo convierte en mío. Mi nombre es Drey Dredesere. —Ciertamente no se sentía así. El Hotel Dolphin que había conocido parecía haber desaparecido hace mucho tiempo, y no podía imaginar recuperarlo nunca.

—Bueno, entonces. Debes ser el hijo de Martin y Durk Dredesere —dijo el comandante, iluminándose su expresión.

El comentario fue suficiente para sacar a Drey del borde de la desesperanza. —¿Conoce a mis padres? —La mención de sus nombres lo golpeó como la cálida luz del sol después de una fría lluvia. Era la primera vez en dos años que alguien reconocía su existencia, y Drey había llegado a un punto en el que sentía que era la única persona que los recordaba.

—No personalmente, pero conozco su trabajo para la causa. ¿Estás al tanto de su papel en todo esto?

—No —dijo tristemente—. Mis padres fueron llevados por el Imperio hace dos años. No tenía idea de las cosas que hicieron.

—Fueron fundamentales para proporcionar la inteligencia necesaria para hacer realidad esta operación. Fueron activos invaluable para la causa. Lamento no haber tenido la oportunidad de conocerlos en persona.

—Con todo respeto, señor Luce, mis padres están vivos. Están siendo retenidos como prisioneros en algún lugar, tal vez en un campo de prisioneros secreto en el continente occidental, estoy seguro. Pero voy a encontrarlos.

—Esa es una misión admirable. Ojalá pudiera proporcionarte alguna información que te ayudara. Desafortunadamente, nunca he oído mencionar ningún campo de prisioneros, aunque es

posible que existan. Deberías actuar rápidamente. Las personas que pueden tener la información que necesitas ahora están muertas o no estarán por mucho tiempo más.

Drey asintió. —Entiendo.

—Hay mucho trabajo por hacer. La ciudad aún no está libre. Vamos a usar el hotel como una de nuestras bases de operaciones, así que me temo que tendrás que soportar alojar a otro grupo de cabezas huecas.

—Bueno, no puede ser peor que el último —dijo Drey con una sonrisa tenue—. El Hotel Dolphin estará a su disposición.

Ya sabía que no se iba a quedar. El hotel ya no le importaba; necesitaba ir tras Killik.

Después de un sueño tenue plagado de pesadillas, Drey comenzó sus preparativos para partir. Robó la llave de acceso de conserje de Miguel, que le proporcionaría acceso a la red de información desde cualquier terminal de conserje. La llave plateada de sus padres aún estaba en su bolsillo, y la tocó para sentirse seguro. La torre azul estaba a un día de viaje a pie o en patas, tiempo que no quería perder. Se dijo a sí mismo que no necesitaba encontrar lo que le esperaba allí. Encontraría a sus padres, y ellos podrían decírselo.

En su mente, encontrar lo que la llave desbloqueaba era como rendirse con ellos. Simplemente no estaba listo para hacer eso. No podía hacerlo.

Drey sacó los créditos de la caja fuerte del hotel y los guardó en una mochila con otros artículos esenciales. Recuperó sus armas y limpió el cuchillo en el fregadero del sótano. Se quedó mirando, fijamente, el agua ensangrentada que se arremolinaba por el desagüe, y sintió dedos helados apretando su corazón. Mataría de nuevo. Mataría tantas veces como fuera necesario para recuperar a sus padres. Haría lo que fuera necesario.

—Waterford.

—¿Sí, señor?

Drey escuchó las voces de Luce y Paz desde la habitación contigua y cerró el grifo para poder escuchar.

—Han llegado noticias del comando y la operación fue un éxito total. Los xyletianos se están

dispersando. Así que parece que se les cumplirá su deseo. Los estamos reasignando a ambos. Estarán en servicio de remanentes.

—¿Servicio de remanentes?

—Limpiar a los que se resisten antes de que tengan la oportunidad de desaparecer.

—Servicios de conserjería —dijo Paz, sonando complacido.

—Tenía el presentimiento de que les gustaría. Es para lo que ustedes dos son buenos, después de todo. Por supuesto, saben quién es su primer objetivo. *Ese hombre*. El Capitán Gendo Killik.

—Sí, señor. Gracias, señor.

El grifo goteaba con un ritmo constante en el lavabo vacío. Drey miraba fijamente el desagüe mientras su mente daba vueltas. Le habían dicho a Paz que encontrara a Killik. Drey podría usar esto. Por mucho que no quisiera admitirlo, estaba perdido sin saber por dónde empezar. No tenía dirección, ni idea de a dónde ir, pero si seguía a Paz y Hendricks, tal vez tendría una oportunidad.

Drey pasó un cordón de cuero por el agujero del aro de la llave plateada y se deslizó el collar improvisado por la cabeza. Se tomó un momento para mirar el Hotel Dolphin una vez más. Apenas parecía el mismo lugar en el que había crecido, y no solo por la destrucción que había sufrido en los últimos días. Lo que una vez había sido su hogar, santuario y recordatorio de la familia ahora era solo un edificio. Todo lo que había sido bueno y tierno al respecto había sido arrancado, manchado por dos años de sufrimiento.

Afuera, Paz y Hendricks estaban cargando equipo en un transporte. Paz levantó la vista cuando Drey bajó las escaleras de la entrada del hotel hacia la acera, alzando una ceja curiosa.

—Parece que estás planeando ir a algún lado.

—Llévenme con ustedes —dijo Drey, dejando caer su mochila en el suelo junto a su pila de suministros.

—Ni hablar —dijo Paz.

Hendricks rodeó el vehículo y agarró otra caja de municiones y la metió en la parte trasera. —¿Qué está pasando?

—El Omega quiere que lo llevemos con nosotros. Esta es una operación militar, chico. No hay lugar para un civil en esto, y mucho menos para un Omega.

—No me llames "chico". No eres mucho mayor que yo.

Paz se encogió de hombros. —Eso no cambia el hecho de que eres un civil. Aprecio lo que hiciste por nosotros, pero nos retrasarás.

—Bueno, no es inútil —dijo Hendricks—. Es bastante bueno con ese cuchillo.

—Conozco esta ciudad como la palma de mi mano —dijo Drey—. Sé cómo rastrear cosas. Puedo ayudar a encontrar a Killik. Necesito hacerlo. Es la única manera en que puedo encontrar a mis padres. Por favor. —Estaba listo para caer de rodillas para suplicarles por desesperación.

Después de un momento de consideración, Paz suspiró y levantó la mochila de Drey. —¿Qué tienes aquí?

—Algo de comida enlatada del hotel. Agua, una manta.

—No necesitarás nada de eso. Solo tus armas. —Arrojó la mochila al suelo—. Nos vamos en cinco minutos.

CINCO

Las calles estaban en un estado caótico. Lo peor de los combates se concentraba en el centro de la ciudad, donde se ubicaban los edificios gubernamentales. Había llegado la noticia por comunicador de que muchos de los miembros principales del gobierno y el ejército xyletiano habían sido derrocados en el levantamiento. Sin liderazgo, cada vez más soldados se estaban rindiendo, pero aún quedaban suficientes como para que la ciudad siguiera siendo una zona de guerra activa.

Paz maldijo, pisando los frenos al girar por una calle con una barricada de soldados xyletianos al final, quienes empezaron a dispararles. Se dio la vuelta para mirar por la ventana trasera mientras ponía la camioneta en reversa y los lanzaba de vuelta por donde habían venido.

—Muy bien, chico. ¡Veamos esas habilidades de navegación de las que hablaste! Sácanos de aquí.

Se dirigían hacia la ruta oriental de salida de la ciudad, la dirección que Killik probablemente habría tomado si quisiera cruzar el país y huir hacia Xyletia. Drey se exprimió el cerebro; estaba acostumbrado a navegar a pie, no en un vehículo.

—Toma esta derecha —gritó—. ¡Y deja de llamarme "chico"!

Paz giró el volante y envió la camioneta dando vueltas alrededor de la esquina.

—La segunda a la izquierda más adelante. Eso nos llevará a la carretera.

Tomaron la izquierda, pero terminaron frente a otra barricada.

—Mierda —dijo Hendricks—. ¡Tenemos tipos acercándose por detrás!

Un transporte xyletiano se había aproximado por detrás, acorralándolos.

—Vamos a atravesar esto —dijo Paz—. Agárrense.

La camioneta salió disparada hacia adelante, lanzando a Drey contra el asiento. Las balas rebotaban en su blindaje mientras los soldados detrás de la barricada les disparaban. ¡No había forma de pasar! Drey apretó los dientes pero no pudo evitar gritar. ¡Paz estaba loco! Iba a estrellarse directamente contra la barricada de sacos de arena.

—Hendricks —dijo Paz con calma.

—Sí.

Hendricks se dio la vuelta.

—Pásame eso, ¿quieres? Rápido.

Señaló un tubo cilíndrico guardado detrás del asiento de Drey. Drey lo agarró y se lo pasó, y él abrió la escotilla del techo y se puso de pie. Humo y llamas brotaron de un extremo del tubo, enviando una bola de fuego brillante que estalló en el aire frente a ellos. Explotó al impactar contra la barricada, despejando el camino justo cuando rugieron a través de ella.

El transporte xyletiano aún los perseguía, con soldados disparándoles desde las ventanas.

—Sigue por este camino —gritó Drey.

—Necesitamos quitarnos a estos tipos de encima —gritó Paz en respuesta.

—¡Sigue adelante, sólo sigue adelante!

Esta carretera los llevaría a un bloque gubernamental donde Drey sabía que habría fuerzas de New Adosh, y efectivamente, comenzaron a pasar junto a transportes amigos que alejaron a los xyletianos que los seguían con una intensa lluvia de disparos.

—La carretera está justo adelante —dijo Drey con alivio—. Estamos a salvo.

—Por ahora —dijo Paz.

Encontraron varios enfrentamientos más y luego una gran barricada a lo largo de la carretera donde las fuerzas de New Adosh habían establecido un punto de control para revisar el tráfico saliente. Se detuvieron allí para hablar con sus hombres en busca de información sobre su objetivo, y confirmaron que iban por el camino correcto: un convoy de transportes xyletianos había atravesado la línea varias horas antes, antes de que tuvieran la oportunidad de establecer adecuadamente la barricada.

Drey se quedó a un lado mientras Paz y Hendricks hablaban con los soldados, observando a los dos Alfas y preguntándose cómo podían tener una edad tan cercana a la suya y, sin embargo, estar en un nivel tan diferente. Con su barba desaliñada y su constitución poderosa, Paz tenía una intensidad que automáticamente inspiraba respeto en quienes lo rodeaban. Era inmensamente confiado, y todo lo que hacía destilaba seguridad en sí mismo, hasta el punto de resultar intimidante.

Hendricks, igualmente confiado, tenía una energía mucho más relajada que su compañero. Su comportamiento complementaba el de Paz, y los dos parecían ser capaces de entenderse perfectamente sin siquiera hablar. Era obvio por qué los dos hombres trabajaban juntos.

Ambos poseían habilidades y fuerza que él deseaba para sí mismo, y que encontraba increíblemente atractivas en los demás. Sin mencionar que Drey nunca había conocido a nadie como ellos antes. Al menos, no realmente. Había interactuado con hombres similares que se habían alojado en el Dolphin, pero eso fue hace muchos años, cuando era solo un niño. Debido a su vida aislada, no tenía la experiencia para entender la forma en que se sentía acerca de los Alfas, y los traumas que había sufrido solo le impedían aún más conocer sus verdaderas emociones.

—Es hora de irnos —dijo Hendricks.

—¿Qué está pasando? —preguntó Drey mientras caminaban de vuelta al camión.

—Hicimos contacto con algunos de nuestros hombres en el este. Parece que vieron pasar el convoy por la provincia de Tiber.

—Eso está a más de trescientos kilómetros de distancia.

—Exactamente, así que necesitamos movernos —dijo Paz—. Probablemente se detendrán allí para repostar.

El camino a Tiber no era más que un tramo de carretera abierta, atravesando verdes tierras de cultivo, campos de girasoles silvestres y praderas que se extendían por kilómetros hasta los pies de montañas nevadas. Drey intentó mantener la compostura, pero no pudo evitar quedarse boquiabierto ante los paisajes que pasaban. Hendricks se dio la vuelta para hablarle y se rio al ver su cara.

—Pareces como si nunca hubieras visto un campo de flores antes.

Paz ajustó el espejo para ver la cara de Drey. —¿Primera vez fuera de la granja, chico?

Drey había empezado a aceptar que no podía hacer mucho respecto al irritante apodo de Paz. —Nunca he salido de Tetros antes.

—Mierda. Entonces probablemente no nos serás de mucha utilidad. Pensé que conocías el lugar como la palma de tu mano.

—¿Qué vas a hacer? ¿Dejarme tirado al lado de la carretera?

—Podría hacerlo.

—A Paz le gusta fingir que lo sabe todo —interrumpió Hendricks—. En realidad, solo hace cuatro años que salimos de Amenios. Y dos de esos años los pasamos en una base xiletiana en medio de la nada...

—¿Estuvieron en el ejército del Imperio? —preguntó Drey, sorprendido.

—Por supuesto —dijo Paz—. No hay otro ejército. Estuvimos —corrigió—. La gran mayoría de la operación de New Adosh está formada por desertores. Debe ser el secreto mejor guardado de la historia.

—Un milagro que haya tenido éxito —coincidió Hendricks—. Paz y yo salimos de Amenios cuando teníamos dieciocho años. No es exagerado decir que no sabíamos en lo que nos estábamos metiendo.

—¿Son parientes?

—Por amistad, no por sangre. Amenios ya no era un lugar para ninguno de los dos, así que nos fuimos juntos.

Esto despertó la curiosidad de Drey y quería saber más, pero la voz de Hendricks había adquirido un tono extraño. Paz tampoco parecía complacido.

—No sé cómo es tener hermanos —dijo Drey—. O hermanas. Supongo que siempre he estado solo.

—Debes haber tenido algunos buenos amigos, al menos, ¿no? —preguntó Hendricks.

—Mis padres me educaron en casa. Nunca tuve muchas oportunidades de hacer amigos. Siempre había invitados que iban y venían. Estaba el personal del hotel, pero... —Su rostro se contraía al pensar en Miguel—. No, no tenía amigos. Solo mis padres.

Era de noche cuando llegaron a Tiber, una pequeña ciudad al noreste de Tetros. Pasaron por un puesto de control y entraron en la ciudad, dirigiéndose al improvisado centro de mando de New Adosh que se había erigido en sus fronteras, que no era más que un grupo de tiendas y vehículos en varios acres de terreno fangoso.

—Ustedes deben ser Waterford y Ortena. —Un lobo enorme se acercó pesadamente, con el pelaje cubierto de barro. Llevaba un collar rojo con una insignia dorada prendida, y tanto Paz como Hendricks le hicieron un rápido saludo.

—Sí, señor —dijeron.

—Bien. Soy el Comandante Halliday. Los hemos estado esperando. Tengo algunas noticias. ¿Quién es el Omega?

Paz miró a Drey, aparentemente irritado por tener que explicar su presencia al oficial superior. —Ah, es un agente civil. Drey Dredesere.

—¿Dredesere? ¿Eres pariente de Martin y Durk Dredesere?

—Son mis padres —respondió Drey, sintiendo una oleada de orgullo.

El lobo inclinó la cabeza. —Entonces es un placer conocerte. Fueron agentes fantásticos. Vengan conmigo. Les recomiendo que se transformen. Este barro es una mierda para caminar con dos piernas...

Paz y Hendricks se transformaron y los tres Alfas se alejaron caminando, dejando a Drey allí parado. *Son agentes fantásticos*, pensó. *Son. Están ahí fuera, vivos.* ¿Por qué estos hombres los habían dado por muertos? Eran camaradas, ¿no? Si respetaban tanto a sus padres, ¿cómo podían simplemente rendirse con ellos?

Se transformó y corrió para alcanzarlos, con las patas chapoteando en el espeso barro.

—Ahí estás —dijo Hendricks cuando Drey se puso a su lado.

—Lo siento —dijo Drey secamente.

—El transporte de Killik atravesó el puesto de control hace varias horas —le informó Hendricks—. Parece que lograron unirse a otros. El último informe dice que todavía están dentro de Tiber.

—Tenemos hombres en todas las rutas que salen de la ciudad —dijo Halliday—. No podrán salir. Es demasiado peligroso para nosotros enviar tropas ahora mismo, no tenemos suficientes hombres. Tendrán que entrar por su cuenta, pero les recomiendo que lo hagan a pie. Atraerán menos atención. Y necesitarán una coartada, en caso de que los detengan.

—No hay problema —dijo Paz—. Diremos que somos un trío emparejado. Fácil.

—¿Qué? —Drey no podía creer lo que acababa de oír.

—¿Dos Alfas caminando con un Omega? Es la explicación más sencilla. Y la más segura. Evita preguntas. —Le guiñó un ojo a Drey—. ¿O prefieres que te dejemos atrás?

—No. Está bien.

Los tres dejaron todo su equipo en el camión, excepto por dos pequeñas pistolas que Hendricks guardó en una mochila. Cruzaron la base y pasaron otro punto de control, donde volvieron a su forma humana. Las calles estaban vacías y silenciosas, libres del caos que había tomado Tetros. Tiber era más un pueblo que una ciudad. Tenía una calle principal que la atravesaba, flanqueada a ambos lados por edificios residenciales y varias fábricas antiguas. En el

centro de Tiber estaba el ayuntamiento, un edificio más pequeño que el Hotel Dolphin, y era allí donde se había informado que el convoy de Killik se había detenido.

—¿No podríamos haber tomado un coche? —preguntó Drey nerviosamente mientras caminaban por la oscura calle principal. Paz estaba a su izquierda y Hendricks a su derecha, lo que le hacía sentir un poco más seguro.

—Atrae demasiada atención —dijo Paz—. Nos marcarían, seguro.

—¿Marcarían?

—Los xyletianos todavía tienen el control aquí. Seguro que hay un bloqueo o un punto de control o algo así.

Justo cuando dijo esto, unos faros brillaron a la vuelta de la esquina. En un rápido movimiento, Hendricks agarró a Drey y lo abrazó por detrás, rodeando sus hombros. Paz se acercó y puso su palma contra la mejilla de Drey, inclinándose como si estuviera a punto de besarlo. Drey tomó aire para gritar una protesta, pero fue detenido por los labios de Paz.

—Mmff...

El vehículo pasó lentamente junto a ellos; era un camión de la policía de Tiber con dos soldados xyletianos uniformados manejando una ametralladora montada en la parte trasera. Drey los observó pasar con ojos abiertos y palmas sudorosas. Los soldados redujeron la velocidad para examinarlos por un momento antes de continuar. Paz se apartó y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Suéltame —gruñó Drey, y se liberó de los brazos de Hendricks—. ¿Por qué hicieron eso?

—Porque se supone que todos somos pareja —dijo Paz, inocentemente—. Además, tuve que callarte antes de que hicieras algún ruido. La próxima vez, simplemente quédate callado y ninguno de nosotros tendrá que sufrir eso de nuevo. Vamos. Salgamos de la calle principal.

Drey estaba ligeramente enojado por lo que acababa de suceder, y la reacción inicial de su cuerpo había sido de repulsión. Era una respuesta condicionada. A medida que su ritmo cardíaco volvía a la normalidad y el malestar se desvanecía, se encontró sintiendo algo muy diferente al respecto. Entendió la razón por la que había sucedido, que Paz y Hendricks no estaban tratando de aprovecharse de él. Se dio cuenta de que en realidad lo había disfrutado, o al menos la

capacidad de disfrutarlo estaba ahí.

Su mente lo repetía una y otra vez, examinando los detalles en un intento de darle sentido. Claro, si iba a besar a alguien, Paz no era una mala elección. Tampoco lo era Hendricks. Paz tenía buenos labios, aunque su barba le hacía cosquillas. Y se sentía extrañamente reconfortante ser abrazado así por Hendricks, con su amplio pecho y sus brazos musculosos. Era la primera vez que un Alfa que encontraba profundamente atractivo lo abrazaba así. Le hacía querer más.

Además, olían bien.

Basta, se dijo a sí mismo. Estos pensamientos no tenían sentido y no debería tenerlos.

Se movieron rápidamente por callejones y calles laterales hacia el centro de la ciudad, y la presencia militar se hizo más prominente.

—Tal vez deberíamos haberte dejado —dijo Paz, deteniéndolos para examinar la situación—. Hay más presión de la que pensaba.

Había barricadas instaladas y grupos de patrulla custodiando el edificio del ayuntamiento, y Drey pudo ver una fila de vehículos de transporte estacionados enfrente. Uno de ellos estaba lleno de agujeros de bala, y lo reconoció como el de Killik.

—Demasiado tarde para eso —dijo Hendricks.

—Estaré bien —dijo Drey—. Puedo moverme sin ser detectado. No los retrasaré.

Por la forma en que Paz lo miró, Drey no estaba seguro si parecía preocupado o si era solo su imaginación.

—Te creo. He visto lo que puedes hacer. —Paz sacó un cuchillo de combate de la mochila y se lo dio a Drey—. Toma. No dudes en usarlo. —Sacó las dos pistolas enfundadas y le pasó una a Hendricks, y se las ajustaron al cuerpo—. Vamos.

Treparon por los tejados y se escabulleron pasando patrullas, con Drey moviéndose tan bien como los Alfas. Correr por los tejados de Tetros durante sus cacerías le había dado habilidades y confianza para atravesar terrenos urbanos sin llamar la atención, y era obvio que los dos hombres estaban sorprendidos. Paz especialmente parecía relajarse. Eso complació a Drey, que estaba ansioso por demostrar su valía.

En comparación con la fuerza de New Adosh que se estaba reuniendo fuera de la ciudad, el reducto xyletiano resultó ser patéticamente pequeño, y parecía que estaban luchando por mantener el orden y la disciplina. Los tres observaron desde un tejado cómo un grupo de soldados desarmados eran sacados del ayuntamiento y fusilados en el acto.

—Se están desmoronando —dijo Hendricks gravemente—. Intentan restaurar el control a través del miedo. Con el Emperador muerto junto con gran parte de la cúpula, la cadena de mando ha empezado a romperse. Esto probablemente está sucediendo en todos los territorios xyletianos.

—Todo según el plan —dijo Paz—. Los Greer son unos genios.

—Esperen. Reconozco a esos hombres —dijo Drey, señalando a dos oficiales que habían participado en el pelotón de fusilamiento.

—¿El calvo? —preguntó Paz.

—Y el otro. El que tiene cara de comadreja. Los conozco. Estuvieron allí el día que se llevaron a mis padres. —Habló con amargura al recordar ese día, su mente descendiendo a un lugar oscuro y lleno de ira. Quería verlos destruidos. Quería quemarlos hasta los cimientos.

Hendricks tocó el hombro de Drey. —¿Estarás bien? —Sonrió cálidamente—. Te necesitamos aquí.

—Sí —dijo Drey, sorprendido de que el gesto del Alfa fuera suficiente para evitar que sus pensamientos siguieran en espiral.

Llegaron a la azotea del ayuntamiento y encontraron una puerta de acceso que los llevó a un gran almacén lleno de archivadores con viejos registros de la ciudad. Paz levantó la mano, indicándoles en silencio que se detuvieran. Señaló sus ojos y luego levantó un dedo. Hendricks asintió, y ambos desenfundaron sus pistolas. Drey se dio cuenta rápidamente de que Paz había visto a alguien dentro. Desenvainó su cuchillo y los siguió de cerca mientras se adentraban sigilosamente.

Paz hizo otra señal con la mano a Hendricks, quien inmediatamente se separó de ellos. Paz agarró la muñeca de Drey y le indicó que lo siguiera. Se movieron por el pasillo paralelo a Hendricks para que quien estuviera dentro de la habitación no tuviera oportunidad de escapar.

Veinte pies más adelante, un cuerpo cruzó entre los pasillos en un intento de huir. Paz levantó su pistola y se abalanzó hacia adelante con Hendricks moviéndose sincronizadamente por el otro lado. Se oyó un grito y un golpe seco cuando Hendricks la derribó con su cuerpo. Paz y Drey doblaron la esquina y lo encontraron inmovilizando a una mujer en el suelo, con una mano apretando sus muñecas detrás de la espalda y la otra cubriéndole la boca.

—No hagas ni un ruido —advirtió Paz mientras se acercaba—. Te mataremos si te atreves siquiera a delatarnos.

Ella negó vigorosamente con la cabeza. Paz asintió a Hendricks, y este la soltó.

—No eres del ejército. ¿Qué haces escondida aquí arriba?

De repente, ella comenzó a llorar.

—Lo siento. Por favor, no me hagan daño.

—No vamos a hacerte daño —dijo Drey—. Somos del ejército de New Adosh. Estamos aquí para sacar a los xyletianos de aquí.

Después de unos minutos, se calmó y explicó que era una de las archivistas que trabajaban en el ayuntamiento, y que había logrado esconderse cuando el ejército se apoderó del edificio. Habían matado a la mayoría de los que estaban allí, y ella era una de las pocas supervivientes.

—Necesitamos bajar sin ser vistos —dijo Paz—. ¿Puedes mostrarnos un camino?

La mujer dijo que conocía una forma secreta de llegar a las cámaras donde estaban los oficiales, un pasadizo oculto de cuando el edificio fue construido hace cinco siglos, usado para espiar reuniones oficiales e invitados. Abrió uno de los gabinetes y encontró un viejo plano del ayuntamiento, con el cual les mostró cómo acceder al pasadizo secreto.

—Mantente oculta —le dijo Paz—. No salgas de aquí. Nuestro ejército estará en la ciudad pronto, y estarás a salvo.

El pasadizo era extremadamente estrecho, habiendo sido construido y utilizado durante una época en la que el uso de la forma de lobo era mucho más común en la vida diaria.

Los tres se transformaron y se arrastraron por él, nariz con cola, con Hendricks al frente y Paz en la retaguardia. No podían arriesgarse a usar luces, así que la única iluminación provenía de las estrechas ranuras cortadas en las paredes para espiar las habitaciones de abajo. Drey mantenía los ojos en el suelo, en parte para evitar que su nariz fuera golpeada por la cola de Hendricks, pero sobre todo porque no quería ver nada indecente.

Drey podía oír un alboroto proveniente de abajo, y a través de una de las ranuras pudo ver a un grupo de soldados gritando y discutiendo entre sí. La pelea se volvió cada vez más acalorada hasta que los hombres comenzaron a transformarse en sus formas de lobo. Los gritos se convirtieron en gruñidos viciosos, y los afilados colmillos se hundieron en la carne y arrancaron el pelaje de la piel. Paz tenía razón; se estaban desmoronando.

Doblaron una esquina, alejándose del violento espectáculo y entrando en otra habitación. El sonido de disparos amortiguados sobresaltó a Drey y le hizo golpearse la cabeza contra el trasero de Hendricks. Hizo una mueca y se dijo a sí mismo que se calmara, pero por alguna razón esto le hizo fijarse en que Paz estaba justo detrás de él, y lo hizo sentirse cohibido.

De repente, Hendricks dejó de arrastrarse. Drey chocó contra él de nuevo, y luego sintió el hocico de Paz golpear su propio trasero. Apenas logró contener un grito de sorpresa, pero no pudo evitar dar una patada con su pata trasera y golpear a Paz directamente en la cara. El Alfa dejó escapar un gruñido bajo pero por lo demás se mantuvo en silencio. El cuerpo de Drey ardía de vergüenza, y metió la cola entre las patas.

Mirando la habitación de abajo, Drey vio por qué Hendricks se había detenido. Los dos oficiales estaban allí solos. Habían cerrado con llave y barricado la puerta de la habitación contigua donde se estaba produciendo la pelea y parecían estar teniendo su propia discusión. El Alfa con cara de comadreja gesticulaba salvajemente hacia el hombre calvo, que estaba apoyado contra un escritorio. Entonces, para asombro de Drey, los dos hombres se besaron. Fue un beso apasionado, como si hubieran querido hacerlo desde siempre pero lo hubieran contenido hasta ahora. Luego el Alfa calvo se bajó los pantalones y se inclinó sobre el escritorio, permitiendo que

su amante lo penetrara por detrás.

Hendricks aprovechó esta oportunidad para emboscar a los hombres, derribando la puerta oculta del pasadizo y dando un salto de quince pies hasta el suelo. Drey maldijo y lo siguió, con el corazón latiendo furiosamente. Paz aterrizó a su lado, y los tres se transformaron y apuntaron sus armas hacia los amantes sorprendidos. El Alfa con cara de comadreja tropezó hacia atrás y cayó sobre sus propios pantalones.

—¡Quédense quietos! —gritó Paz—. ¡No se muevan!

Drey ayudó a Hendricks a atarlos, y los empujaron contra una pared donde se sentaron con las manos atadas a la espalda y los pantalones alrededor de los tobillos.

—¿Aprovechando un poco antes del fin del mundo, eh? —preguntó Paz mientras arrastraba una silla frente a ellos. Pasando la pierna sobre el asiento, se montó al revés, apoyando los brazos sobre el respaldo—. Es una buena idea. Mejor no vivir con arrepentimientos, ¿verdad? Escuchad, tenemos preguntas que necesitan respuestas ahora. Cuanto más rápido contestéis, más posibilidades hay de que decida no mataros.

—Que te jodan —dijo el Alpha con cara de comadreja.

Paz miró por encima del hombro a Drey y Hendricks y se rio.

—Quiere follarnos. ¿Algún voluntario? ¿Alguien interesado?

Hendricks no respondió, ni mostró señal de diversión. Paz tenía una mirada violenta en los ojos que intimidaba ligeramente a Drey, pero también lo emocionaba. *Ellos* tenían el control. Eran poderosos. Y él estaba con ellos.

Paz hizo un gesto para que se acercara a su lado, y así lo hizo.

—Este es mi amigo —dijo, colocando su mano en la parte baja de la espalda de Drey—. ¿Ves el cuchillo que tiene? Es realmente bueno con ese cuchillo. Quirúrgico, incluso. Quiero que me digas dónde está Gendo Killik. Dímelo, y vivirás.

El Alpha con cara de comadreja escupió en el zapato de Paz. Luego miró a Drey y dijo:

—Te conozco. Te recuerdo. Eres el Omega del hotel. El de los padres traidores. Era de esperar. De tal palo, tal astilla. Deberíamos haberte llevado a ti también. Me habría gustado tenerte como mío.

Paz suspiró.

—¿Drey? ¿Te importaría golpearlo donde le duele?

La furia de Drey se encendió y se convirtió en un deseo de venganza contra los hombres cuyos rostros estaban grabados en su memoria. Lo haría con gusto. Haría cualquier cosa para devolverles aunque fuera una fracción del dolor que le habían causado. Sacó el cuchillo y, con puntería perfecta, lo lanzó directamente a la entrepierna del hombre. Los ojos del Alpha se le salieron de las órbitas mientras soltaba un chillido agudo. Las lágrimas corrían por su rostro mientras se retorció contra las ataduras en un reflejo desesperado por arrancarse el cuchillo, pero sus brazos estaban bien sujetos.

—Tu turno —dijo Paz—. Date prisa. ¿Dónde está Gendo Killik?

El rostro del hombre calvo estaba empapado de sudor.

—No está aquí —balbuceó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hendricks.

—Se separó de nosotros. No está en Tiber. ¡Es la verdad. ¡Lo juro, es la verdad!

Paz los miró con los ojos muy abiertos. Hendricks, en un repentino y sorprendente arrebató de ira, soltó un grito de frustración y pateó una silla cercana.

—¡Mierda!

—¿Dónde está, entonces? —exigió Paz, agachándose frente a los dos prisioneros. Arrancó el cuchillo de la entrepierna del otro hombre y lo sostuvo contra la garganta del calvo, gruñendo—. Dímelo, o los remataré a los dos.

—Espera —dijo Drey, agarrando el brazo de Paz—. No lo hagas.

Había un nuevo tipo de furia en los ojos de Paz y Hendricks, y le hizo pensar que podría haber más en esta misión de lo que había creído.

—Se nos acaba el tiempo, Drey —dijo—. ¿Lo entiendes?

Drey rodeó el brazo de Paz con ambas manos y lo bajó suavemente, quitándole el cuchillo.

—Necesito preguntarle algo.

—Pregunta lo que quieras. Pero date prisa. —Se alejó con Hendricks, dejando a Drey con los dos prisioneros. La cabeza del hombre con cara de comadreja colgaba, y parecía estar inconsciente o muerto.

—Mis padres —dijo Drey—. ¿Dónde los tienen retenidos?

El hombre calvo lo miró, confundido.

—¿Qué?

—¿Cuál es el nombre del campo de prisioneros donde los tienen?

El hombre pensó en la pregunta, como si fuera lo más extraño que hubiera oído jamás. Luego negó con la cabeza y se rio.

—No hay ningún campo de prisioneros. No para ellos.

—Sí, por supuesto que lo hay —dijo Paz—. En el continente occidental. Un campo de prisioneros secreto.

—No sé de dónde habéis sacado esa idea. Pero no es cierto. Yo sabría estas cosas. Soy un Árbitro. Sé con detalle lo que les pasa a los enemigos del Imperio, y sé que tus padres traidores están muertos como una piedra.

Las palabras resonaron en la cabeza de Drey. Las palabras que había estado temiendo y evitando y negándose a escuchar.

Tus padres están muertos.

Evocaron todos los otros momentos y señales que Drey había elegido ignorar, y los enviaron surgiendo a su conciencia.

Su mente pareció quedarse en blanco, y su visión giró y se sacudió como si hubiera sido arrastrado por un tornado. Un momento desapareció por completo, y lo siguiente que supo fue que estaba gritando a todo pulmón, con Paz y Hendricks arrastrándolo hacia atrás, tratando de contenerlo. Estaba aullando.

—¡No! ¡No, no es cierto!

Cuando miró hacia abajo, vio que sus manos estaban cubiertas de sangre. En su momento de angustia y furia en blanco, había clavado su cuchillo en el cuello del hombre, matándolo.

Sollozando, Drey se aferró a Hendricks y Paz. Apenas era consciente de lo que estaba haciendo. Los dos Alphas lo sostenían, y Hendricks le agarró la cara y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—¡Drey! —gritó—. Te necesitamos aquí, Drey. ¡Te necesitamos!

La realidad volvió lentamente a enfocarse y Drey oyó los golpes y el aporreo contra la puerta cerrada que los separaba de la habitación de los soldados. Miró el rostro de Hendricks, luego a Paz, que tenía su arma apuntando a la puerta y gritaba:

—¡Vamos, chico! ¡Es hora de irnos!

Hendricks lo sostenía por la cintura, apoyándolo bajo la axila. Drey se apartó.

—No —dijo, logrando recuperar el aliento—. Estoy bien.

Paz abrió de una patada la puerta de salida en el extremo opuesto de la habitación justo cuando los soldados dispararon a través de la entrada cerrada. Los tres corrieron por el pasillo y entraron en el vestíbulo del edificio, donde algunos soldados estaban emborrachándose. No se detuvieron, y los soldados simplemente se quedaron boquiabiertos mientras salían del edificio. No fue hasta que el resto de los hombres que los perseguían irrumpieron en el vestíbulo, gritando y señalándolos, que los soldados ebrios se unieron a la persecución. Pero para entonces, Drey y los Alfas ya habían saltado a uno de los vehículos de transporte vacíos y estaban acelerando por

la carretera hacia las afueras de la ciudad.

SEIS

—Eran un señuelo, señor —dijo Paz al comandante Halliday.

Drey estaba sentado en una camilla dentro de la tienda médica, que estaba vacía excepto por ellos. Afuera, la luz del sol asomaba en el horizonte y filas de vehículos de transporte que llevaban a las tropas de New Adosh comenzaban a entrar en la ciudad.

—¿Alguna idea de dónde está el objetivo, Waterford? —preguntó Halliday.

Paz miró a Drey de reojo con severidad. —Desafortunadamente, no pude completar mi interrogatorio al prisionero antes de que fuera eliminado.

—Entendido. En ese caso, Killik ya no es de interés primordial.

—Señor, con todo respeto, no puedo simplemente abandonar la búsqueda. Lanzaremos una red amplia, tendremos agentes buscándolo y...

—Gendo Killik ya no es una prioridad, Waterford. Hay mucha otra basura que limpiar. Fin de la historia. Te envío de vuelta a Tetros. Recibirás más órdenes del comandante Luce. Retirado.

Paz y Hendricks saludaron a Halliday, quien luego abandonó la tienda. Paz se quedó unos momentos antes de desaparecer también, dejando a Drey a solas con Hendricks, quien se sentó a su lado en la camilla.

—Lo siento, Drey —dijo Hendricks, colocando suavemente su mano en su espalda.

Una sensación cálida se extendió por su cuerpo desde el toque de Hendricks. Drey se estremeció mientras luchaba por controlar las lágrimas, y se encontró inclinándose hacia el

cuerpo de Hendricks, desesperado por encontrar consuelo ante este intenso dolor.

—Se han ido —dijo con voz pequeña—. Todo este tiempo me he estado diciendo a mí mismo que mis padres estaban vivos, pero sabía que se habían ido.

—No lo sabes con certeza. Podría haber estado mintiendo.

Drey negó con la cabeza. —Me convencí a mí mismo de que estaban vivos porque tenía que creerlo. Si no lo hubiera hecho, nunca habría sobrevivido los últimos dos años. Nunca podría haber soportado lo que tuve que pasar. No, no estaba mintiendo.

Hendricks deslizó su brazo alrededor del hombro de Drey y lo abrazó. —Esto no es el final del camino. Seguirás adelante.

Extrañamente, Drey sintió como si una parte de sí mismo hubiera sido despojada, como si hubiera sido liberado de un ancla que lo mantenía bajo la superficie. Fue liberado de una carga que no se había dado cuenta de que llevaba, y con el alivio que llegó, también hubo culpa.

Había aguantado durante tanto tiempo. Era doloroso y difícil dejar ir esa realidad por una nueva.

—Tienes razón —dijo—. No puedo detenerme todavía, no mientras ese hombre siga ahí fuera.

Killik no podría darle ninguna respuesta, lo sabía. Pero aún había algo más que podía obtener de él, algo que sabía que necesitaba para encontrar paz en esta locura.

Ya había matado a dos de los hombres responsables de su sufrimiento. El tercero había sido eliminado por Paz. Drey no iba a detenerse hasta que Killik estuviera muerto. Decidió que esa sería su fuerza motriz, su única misión.

—Bien —dijo Hendricks—. Nosotros tampoco nos detendremos. Parece que pasaremos más tiempo juntos, ya que aún tenemos el mismo objetivo.

—La he fastidiado. Paz me odia, y no lo culpo. Yo... ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Maté a ese tipo.

Hendricks se levantó y se estiró. —Está enojado, pero lo superará. Al igual que tú, esto no lo

detendrá. Esto también es personal para nosotros.

—¿Qué pasó?

A Hendricks le tomó mucho tiempo responder. Se paró junto a una de las solapas de salida de la tienda, abriéndola lo suficiente para dejar que un rayo de la fresca luz solar de la mañana atravesara la oscuridad y brillara sobre las filas de camillas vacías que sin duda estarían llenas de heridos al mediodía.

—Hace nueve años, un grupo de soldados xyletianos pasó por nuestro pueblo para reclutar a la fuerza a hombres capaces para el ejército. El hermano mayor de Paz, Luke, fue reclutado. Su padre había muerto cuando él era un bebé y su hermano se estaba haciendo cargo de su madre y del resto de la familia. Luke fue enviado a Ekdol y murió en la guerra. En cuanto a mí, intentaron llevarse a mi padre, pero él se negó. Entonces le dispararon a mi hermana pequeña en la cabeza y amenazaron con matarme a mí después. Killik era el capitán de ese grupo de hombres. Él fue quien apretó el gatillo. Paz y yo teníamos trece años en ese momento. Juramos que nos uniríamos tan pronto como alcanzáramos la mayoría de edad. Entonces lo mataríamos.

Hendricks se sentó en la camilla frente a Drey y lo miró a los ojos. —Nadie puede detenernos. Ni Halliday, ni Luce, y ciertamente no él. Vamos a por él. No importa dónde se esconda, dónde vaya. Tú, yo y Paz lo encontraremos.

Un torbellino de emociones se agolpó en el pecho de Drey. Estaba horrorizado por la historia y profundamente entristecido, pero también sentía emoción y esperanza junto con algo más que no sabía cómo identificar. Su mundo se había abierto para aceptar verdaderamente a estos dos hombres por primera vez, y sentía una atracción magnética hacia ambos que le dejaba el estómago revoloteando. Aunque acababa de conocerlos, todo lo que habían pasado en ese corto tiempo los había endulzado fuertemente para él. Se preocupaba por ellos, más de lo que se había dado cuenta que podía preocuparse por dos personas que no fueran sus padres. Había vivido en un mundo de aislamiento durante tanto tiempo, y Paz y Hendricks eran su primera exposición a un nuevo mundo con el que no tenía experiencia.

Le dijo a Hendricks que iba a buscar a Paz, y lo vio afuera donde estaban estacionados todos los vehículos, tumbado en el capó de su camión de transporte y mirando al cielo con las manos detrás de la cabeza. Drey se arrastró por el barro para llegar hasta él, sin inmutarse por el leve sonido de disparos distantes provenientes de la ciudad. Ya estaba acostumbrado a los estragos de la guerra.

—Eh, ¿te importaría si me uno a ti? —preguntó Drey cuando llegó al camión.

—Adelante.

Se subió al capó y se acostó junto al Alfa, quien se movió a un lado para hacerle espacio. Se quedaron allí en silencio. Drey miró al cielo pálido y los jirones de nubes que lo atravesaban lentamente. Pensó en lo que Hendricks le había contado, sobre la razón por la que los tres estaban aquí. Pensó en sus padres, sintió el dolor que eso conllevaba y se permitió llorar en silencio por ellos.

—¿Está bien tu hombro? —preguntó Paz, tan repentina e inesperadamente que sorprendió a Drey.

—¿Eh?

—Tu hombro, donde te dispararon ayer. ¿O fue hace dos días? Estoy jodidamente agotado.

—Oh —dijo Drey. Se rio suavemente y se limpió las lágrimas de la cara—. Eso fue ayer. Está bien. Sanando rápidamente, gracias.

—Bien. —Paz tomó una larga bocanada de aire—. Oye, lamento lo de tus padres. Es una información difícil de recibir. No te culpo por lo que hiciste. Yo habría hecho lo mismo.

—Pero no debería haberlo hecho. Era nuestra oportunidad de llegar a Killik. Entiendo por qué estás enojado.

Paz suspiró. —¿Qué te contó Hendricks?

—Todo, creo.

—Ha sido un largo camino. Es lo más cerca que hemos estado de ese bastardo. Estaré bien. Si Hendricks te lo contó todo, entonces sabes que esto no nos va a detener. Y te llevaremos con nosotros.

—No tengo ningún otro lugar adonde ir —dijo Drey, dándose cuenta en ese momento.

Entonces Paz extendió la mano y la deslizó debajo del cuello de Drey y alrededor de su hombro. —No te preocupes, chico. Cuidaremos de ti.

—No me llames "chico" —replicó, fingiendo enojo que se convirtió en risa—. Imbécil.

—Sabes, nunca he conocido a un Omega como tú. Eres mucho más duro de lo que creo que te das cuenta. Tus padres debieron haber sido algo especial. Puedo ver por qué son tan respetados.

—Lo eran —dijo—. Realmente lo eran.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —gritó Hendricks mientras caminaba hacia ellos. Paz retiró su brazo del hombro de Drey y se sentó.

—De vuelta a Tetros. Pero primero, vamos a dormir un poco, joder.

Dejaron Tiber varias horas después, renovados con una comida y un sueño decente. Drey se sentía como una persona nueva cuando despertó, y no solo porque estaba descansado. Estaba lleno de un enfoque y determinación que antes habían estado ausentes en él.

Los tres hablaron de estrategia, y los Alfas le dieron orientación sobre cómo agudizar sus habilidades de rastreo de personas. Usando un mapa de Venos, calcularon un radio potencial que Killik podría haber recorrido dado el tiempo que llevaba en la carretera.

—La pregunta es si realmente está viajando —señaló Drey—. Podría estar escondido en Tetros.

—Es posible —dijo Paz—. Tienes un buen punto, chico.

Drey sonrió, complacido por el reconocimiento. Sus sentimientos hacia Paz y Hendricks se fortalecían con cada minuto en su presencia, y todo lo que hacían le impresionaba. Y tampoco podía evitar admirar su físico. Los dos hombres parecían emitir una energía que lo dejaba todo revuelto y excitado. Había un hambre creciendo dentro de él, y ellos eran completamente responsables de ello. Cada mirada, cada ráfaga de su aroma, cada toque, todo servía para avivar este sentimiento de deseo.

Drey estaba absolutamente seguro de que era el único que lo sentía. ¿Cómo podrían ellos sentir algo así por alguien como él? Después de todo, él era solo un "chico" para ellos, aunque solo fueran cuatro años mayores que él. No sabía qué hacer con estos sentimientos; eran tan nuevos y desconocidos.

Pero a pesar de estos nuevos sentimientos, un vacío todavía llenaba su corazón, y se había ampliado desde que se dio cuenta del destino de sus padres. No creía que algo pudiera curar el dolor que sentía al saber que se habían ido.

—El problema es que sin órdenes no podemos ir oficialmente tras Killik —dijo Hendricks—. Estaremos en apuros si el comandante Luce nos reasigna a un nuevo objetivo.

—Luce lo entiende —dijo Paz—. Siempre lo mantendrá como un objetivo abierto para nosotros, incluso si nos dicen que cacemos a otros. —Golpeó el mapa con el dedo—. El problema es que no tenemos los recursos para buscar en esta área. Sin una pista, esto es imposible para tres personas. Y Killik estará más allá de este radio en un par de días.

Drey sabía que una vez que eso sucediera, encontrarlo sería prácticamente imposible incluso para un grupo de trabajo. Killik podría estar en cualquier parte en ese momento, incluso en un barco hacia el Continente Occidental y las colonias aisladas allí.

—Entonces creo que la mejor opción es guiarnos por nuestra intuición. —Hendricks tomó el mapa de Paz y trazó con su dedo alrededor—. Estas son las principales ciudades dentro del posible radio de búsqueda. La pregunta es, ¿a cuál iría? ¿Dónde se escondería si no está tratando de escapar a Xyletia?

—Pero ni siquiera Xyletia sería segura para él, ¿verdad? —dijo Drey—. Está bajo control de New Adosh.

—Sería más peligroso para él —coincidió Paz—. El bastardo se está escondiendo en Venos, esperando a que las cosas se calmen.

—Creo que sé cómo podemos buscarlo —dijo Drey, recordando de repente que tenía las credenciales de conserje de Dolphin—. Tengo acceso a una red especial de hoteles diseñada para ayudar a los conserjes a cumplir las peticiones especiales de los huéspedes. Fue establecida por mi familia incluso antes del Imperio Xyletiano y tiene conexiones a través y más allá de Venos. Podríamos extender un boletín de búsqueda a todos los hoteles y muchos negocios en todo el país. Si alguno de esos contactos lo avista, nos enteraremos.

Paz lo miró a través del espejo retrovisor. —Sabuesos del Infierno.

Hendricks se dio la vuelta en su asiento. —¿De verdad tienes algo así?

—Sí.

Sacudió la cabeza asombrado. —Tu familia es algo especial.

Llegaron a Tetros al anochecer y encontraron la ciudad significativamente cambiada desde que la habían dejado el día anterior. Se había erigido un campamento militar como el que estaba fuera de Tiber en las afueras de la ciudad, junto con importantes bloqueos y puntos de control. Se habían colocado carteles detallando recompensas por militares xyletianos a lo largo de las carreteras y en los edificios. Banderas de New Adosh y Venos ondeaban por todas partes. Condujeron hacia el Hotel Dolphin, sorteando los escombros esparcidos por la carretera. Drey miró por la ventana mientras pasaban junto a una fila de soldados xyletianos arrodillados en la acera con las manos sobre la cabeza, vigilados por lobos guardianes y soldados de New Adosh.

Todo podía cambiar en un instante, se dio cuenta. Nada era permanente, especialmente en este mundo loco.

Para sorpresa de Drey, el personal restante del hotel se había hecho cargo de las operaciones y estaba dirigiendo el hotel. Todos los huéspedes se habían ido, pero ahora atendían a los militares de New Adosh que lo habían ocupado.

Estaba avergonzado por haberse ido sin decir una palabra, pero ninguno del personal lo culpaba. Muchos de ellos habían estado trabajando para el hotel durante años y sentían que tenían una deuda con él y su familia. Drey asignó oficialmente una nueva gerente, una empleada de mucho tiempo llamada Vivian que anteriormente había sido supervisora del turno de noche, y le dijo que la operación del hotel estaba ahora completamente en sus manos.

—Lo cuidaré por usted —dijo ella—. Hasta que decida volver para hacerse cargo.

Cuando tuvo un momento a solas, subió al ala de residencias y se quedó en la puerta del

antiguo dormitorio de sus padres. Todo este lugar había sido retorcido y envenenado con recuerdos de pesadilla. Drey seguía sin tener deseos de quedarse en el hotel. Estaba empezando a darse cuenta de que toda su crianza había girado en torno a entrenarlo para sobrevivir a este mismo conflicto, del cual sus padres debían haber sabido que ocurriría.

Tocó su pecho y sintió el peso frío de la llave colgando bajo su camisa, y le dio un pequeño consuelo. Mientras el tesoro que esta llave abría siguiera existiendo en el mundo, mantendría viva una pequeña parte de sus padres.

La red de conserjes estaba activa, y Drey envió un comunicado a todas las terminales solicitando respuesta inmediata si se veía a Killik. Incluyó una imagen del hombre proporcionada por Paz, junto con un perfil que Hendricks había hecho que incluía otra información detallada sobre él, como su altura e incluso sus preferencias alimentarias.

El comandante Luce dio órdenes a los dos Alfas de continuar su deber de limpieza de remanentes dentro de Tetros. —Llévenlo con ustedes —dijo, asintiendo hacia Drey—. Parece que les será útil.

Se quedaron en el hotel esa noche para descansar y recuperarse. Para los dos Alfas, fue su primera noche verdadera de descanso en varios días. Ellos y el resto de su unidad celebraron con bebidas del bar del hotel, y encendieron un fuego en la enorme chimenea del vestíbulo y se reunieron a su alrededor, cantando y animándose. Drey rondaba por los alrededores, bebiendo una cerveza a sorbos. Observó a Paz y Hendricks riendo con los otros hombres, entreteniéndolos con historias y chistes.

No podía unirse a ellos, no porque se sintiera tímido o incómodo, sino porque sus pensamientos estaban ocupados por la misión. Deseaba que pudieran estar de nuevo en la carretera, solo los tres, en plena cacería. No tenía muchas ganas de celebrar, aunque entendía por qué querían hacerlo. Habían capturado una ciudad y ayudado a derrocar un imperio. Él había perdido a sus padres.

Se disculpó en silencio y subió al trío de habitaciones conectadas que había abierto para los tres. Se sentó en la cama, pensando cuán extraño se sentía estar alojado en una de las habitaciones de huéspedes del hotel. Solo lo había hecho un par de veces por diversión cuando era muy pequeño y quería fingir que era un huésped del hotel. Recordó cómo su papá le había traído el desayuno a la habitación fingiendo ser uno de los empleados del servicio de habitaciones.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió las lágrimas calientes goteando por su barbilla. Se sentó en silencio, inmóvil, las lágrimas provocadas por los tiernos recuerdos.

Limpiándose los ojos con la palma de la mano, Drey se levantó y fue hacia la ventana. En la oscuridad, era difícil decir que la ciudad era diferente. Los incendios habían sido extinguidos y ya no había grandes batallas. El Imperio había conquistado el mundo durante cincuenta años y se había desmoronado en menos de un día. Nada era permanente.

La puerta divisoria se abrió y Paz entró en la habitación, seguido por Hendricks. Drey se dio la vuelta, sorprendido.

—Estás aquí —dijo Paz—. Te estábamos buscando.

—Lo siento. Necesitaba estar solo.

—¿Quieres que te dejemos solo? —preguntó Hendricks.

—No —dijo Drey, quizás demasiado rápido. Quería estar con ellos, pero solo con ellos—. ¿Se quedan arriba?

Paz se quitó las botas de una patada y saltó sobre la cama, extendiendo los brazos. —Ahh. Se siente como si hubieran pasado siglos desde que estuve en un colchón de verdad.

Hendricks se rio y saltó sobre él, fingiendo que iba a aplastarlo con todo su cuerpo, pero torció su cuerpo en el último segundo y aterrizó junto a él en la cama. Paz agarró el brazo de Hendricks y luchó con él, sonriendo.

A Drey le parecía que se veían como un par de chiquillos revoltosos y se encontró riendo. Recordó que los dos eran amigos de la infancia y se dio cuenta de que *eran* solo un par de chiquillos revoltosos. Este era el lado de ellos que no muchos otros —tal vez nadie más— llegaban a ver.

—Ay, ay —gimió Paz mientras Hendricks le sujetaba el brazo detrás de la espalda—. ¡Mierda!

—¿Te rindes?

—Solo porque estás a punto de romperme el maldito brazo.

Hendricks lo soltó y los dos se recostaron en la cama, en paz. Hendricks inclinó la cabeza para mirar por encima del pecho de Paz hacia Drey.

—Lo sé, estás pensando en la misión. Créeme, a menos que aprendas a desconectar de vez en cuando, te volverás loco por el estrés de todo esto.

Drey se acercó a la cama y, después de un momento de consideración, se lanzó sobre ella entre los dos Alfas. Sus cuerpos presionaban contra ambos brazos de Drey, rodeándolo con su presencia. Miró fijamente al techo, demasiado nervioso para girar la cabeza y mirar a cualquiera de ellos a la cara. Estaban tan cerca. Estaba emocionado, su corazón latía rápido, y realmente no pensaba en el porqué. Solo sabía que quería estar más cerca de ellos.

—Eso es —dijo Hendricks alentadoramente.

—Increíble... Así que, ¿creciste en este hotel, eh? —preguntó Paz.

—Así es.

—Ni siquiera puedo imaginarlo. De donde Hendricks y yo venimos, no tenemos nada parecido a esto. Tenemos una posada. Creo que no supe lo que era un hotel hasta que me uní al ejército. ¿Cómo era?

—Ah... —Drey lo pensó—. Siempre estuve rodeado de gente interesante mientras crecía. El Dolphin albergaba a muchas personas importantes de todo el mundo. Hay mucho espacio para correr, y siempre estaba descubriendo secretos. El hotel fue construido hace mucho tiempo por mis antepasados, así que era divertido tratar de encontrar cosas que dejaron atrás, cosas que nadie más conocía excepto yo.

Paz se giró de lado para mirarlo, apoyando la cabeza en la palma de su mano. Drey lo miró, y su corazón dio un vuelco al ver su rostro tan cerca del suyo.

—Eso suena fantástico —dijo Hendricks—. Estar rodeado de todo esto. Debe haber sido una gran infancia.

Se volvió para mirar a Hendricks. Su corazón seguía acelerado, pero se sentía un poco más cómodo con su proximidad. Miró a los ojos de Hendricks: eran de un azul grisáceo que parecía reflejar un naranja ardiente desde lo más profundo, dependiendo del ángulo de la luz. Tomó una

respiración larga y profunda para tratar de calmarse, y captó algo del aroma de Hendricks. Volvió la cabeza hacia el techo, tratando de ignorar las extrañas sensaciones embriagadoras que recorrían su cuerpo.

Realmente le agradaban. Quería más de ellos.

Drey cerró los ojos, ya no podía detener sus pensamientos errantes. Quería sentir sus manos en su cuerpo, saber cómo sería sentir su piel contra la suya. Que lo reconfortaran, lo abrazaran, lo hicieran sentir bien de maneras que nunca había experimentado. Quería que le dieran cosas que no conocía. Que reescribieran sus recuerdos manchados.

Los dos Alfas continuaron hablando, recordando su infancia, pero Drey se encontró atrapado en su propia cabeza debatiendo si estaba loco o no por sentirse así con ellos. Quería extender la mano y agarrar la mano de Paz. Quería que lo tocaran como lo habían hecho la noche anterior, cuando lo habían consolado. No podía dejar de pensar en ello, no podía dejar de sentirlo.

Paz se incorporó.

—Voy a disfrutar de esta cama. Tú también deberías. Duerme todo lo que puedas, porque nunca sabes cuándo tendrás otra oportunidad.

¡No! pensó Drey. ¡Esperen! Quiero que ambos se queden.

Pero Hendricks ya estaba rodando fuera de la cama y Paz estaba a punto de irse a la habitación contigua.

Drey se levantó rápidamente y dijo:

—Oye, eh... —y los Alfas se detuvieron y se dieron la vuelta—. Gracias por venir a ver cómo estaba. Buenas noches.

Incapaz de expresar lo que realmente pensaba en ese momento, Drey no supo qué más decir.

—No hay problema, chico —dijo Paz con una sonrisa—. Buenas noches.

—Buenas noches, Drey —dijo Hendricks, y cerró la puerta contigua.

Drey miró fijamente la puerta por un momento antes de volver a recostarse en la cama con un

suspiro. Su pulso volvió gradualmente a la normalidad, pero esos intensos sentimientos permanecieron. Su cuerpo hormigueaba con calidez y sentía lo que solo podía describirse como un zumbido silencioso, emanando de algún lugar profundo en su núcleo. Se extendió hasta su ingle, donde se concentró y pulsó suaves ondas de deseo. Se había vuelto extremadamente sensible, hasta el punto en que incluso el más ligero toque contra su miembro lo hacía estremecerse de placer.

¿Qué era esto? Nunca le había pasado esto antes.

Cerró los ojos. Concentrándose en la sensación, Drey sintió el zumbido resonante extenderse por el resto de su cuerpo. Se había excitado y estaba adolorido, y se bajó los pantalones para dejar que su miembro se irguiera libremente. Quería liberación. Su cuerpo lo ansiaba intensamente, y envolvió sus dedos alrededor de sí mismo y comenzó a bombear su mano lentamente de arriba a abajo. Sin poder evitarlo, gimió con fuerza. El autoplacer nunca se había sentido tan bien. ¿Qué le estaba pasando?

Se retorció, asombrado de lo increíble que se sentía cada caricia, y no pudo evitar preguntarse cómo sería si alguien más se lo hiciera. Si fueran Paz y Hendricks.

Imaginó sus fuertes manos en su miembro mientras lo sostenían en un abrazo. La cálida seguridad de sus brazos. Sus labios sobre los suyos. Trató de imaginar sus sexos y cómo sería complacerlos con su boca. Se imaginó de rodillas entre ellos, llenándose de su sabor y su aroma. ¿Cómo sería hacer esas cosas con alguien con quien quisiera hacerlas? ¿Cómo se sentiría ser tomado por ellos?

Drey se volteó sobre sus rodillas y antebrazo, arqueando su trasero en el aire mientras continuaba masturbándose, las vívidas fantasías ardiendo en su mente.

—Fóllenme —susurró contra las sábanas, probando las palabras—. Fóllame, Paz. Fóllame Hendricks. Oh, joder...

Drey se tensó cuando todo llegó a un clímax, electrificando su cuerpo con un orgasmo que le hizo dar vueltas la cabeza. Un ruido le hizo abrir los ojos y mirar hacia arriba, y gritó alarmado cuando vio que Paz estaba de pie en la puerta, con los ojos muy abiertos.

—Eh... yo solo... olvidé mis zapatos —Se escabulló en la habitación y rápidamente los agarró del suelo, y luego se marchó sin decir una palabra más, cerrando la puerta tras de sí.

Paralizado por la conmoción, Drey no pudo hacer nada más que mirar fijamente la puerta. Su miembro palpitaba en su mano, y lentamente se desplomó en la cama con un gemido horrorizado.

SIETE

Un fuerte golpeteo en su puerta hizo que Drey se apresurara a coger el cuchillo de la mesita. El reloj indicaba que era temprano por la mañana.

—¿Sí? —llamó, con cierta vacilación.

—¿Estás despierto? Vamos de caza. Reúnete abajo en cinco minutos —era Hendricks.

Drey se frotó los ojos y se deslizó fuera de la cama. Abrió las cortinas y miró a través de los tejados tenuemente iluminados por una luz azulada, oscurecidos por una brumosa capa marina. A lo lejos, la lámpara del faro de la torre azul giraba en la niebla.

De repente, recordó lo que había sucedido la noche anterior y se estremeció. No sabía cómo iba a mirar a Paz a los ojos. No tenía idea de cuánto había quedado expuesto; si solo había echado un vistazo rápido o si lo había visto todo, incluyendo sus silenciosos gemidos pidiéndoles que lo follaran.

De cualquier manera, era malo.

Cuando bajó, los dos Alfas estaban en el vestíbulo clasificando algunos equipos. Drey se acercó a ellos, luchando contra el impulso de esconderse por la vergüenza.

Hendricks se volvió y lo vio.

—Toma una de estas —dijo, lanzándole una pistola enfundada.

Paz estaba jugueteando con un rifle, que se colgó a la espalda. Luego cogió una taza de hojalata con café y se la bebió de un trago.

—Vamos, en marcha —dijo, haciendo un gesto con la cabeza.

Se amontonaron en el camión de transporte que estaba afuera, y Drey finalmente encontró su voz y preguntó:

—¿Qué está pasando? ¿Adónde vamos?

—Tenemos remanentes que cazar —dijo Hendricks—. Así que vamos a enseñarte a disparar.

Paz condujo el camión a través de la ciudad hasta el puerto, donde el ejército de New Adosh había establecido una operación para controlar y revisar los barcos que entraban y salían de los muelles. Caminaron hasta un área llena de equipos de pesca desechados e incrustados de percebes, que se había convertido en un campo de tiro improvisado para los soldados. Paz colocó dos contenedores metálicos llenos de municiones sobre la mesa, junto con su rifle y pistola. Hendricks puso su arma sobre la mesa, y Drey hizo lo mismo.

Le enseñaron los fundamentos de las armas: cómo desmontarlas y limpiarlas, cómo sostenerlas de forma segura, cómo cargarlas y, finalmente, cómo apuntar. Drey apuntó su pistola hacia el campo de tiro a una boya oxidada que habían colocado como objetivo, entrecerrando los ojos para alinear las miras en la parte superior del arma. Paz estaba de pie junto a él, observando su esfuerzo.

—Bien, ahora aprieta el gatillo. Más fuerte. *Más fuerte*. Tan fuerte como lo estabas anoche.

El arma se disparó y casi saltó de las manos de Drey. Había fallado el objetivo por mucho. Miró furioso a Paz, con la cara roja de vergüenza y enojo. Hendricks estaba sonriendo y luchando por no reírse, y Drey estaba horrorizado. Se dio cuenta de que Paz debía haberle contado todo.

Consideró lanzarse al mar.

—Por favor, olviden todo lo que vieron —suplicó—. Por favor.

—Imposible —dijo Paz—. No creo que quiera olvidar eso.

Drey apretó los dientes, levantó la pistola y disparó tres tiros que impactaron de lleno en el objetivo. Dejó caer el arma sobre la mesa con fuerza.

—¿Qué tal? ¿Hemos terminado aquí?

Paz le tendió el rifle.

—Se veía bien —dijo, con una sonrisa burlona—. Pero deberías probar algo un poco más grande.

Frunciendo el ceño, tomó el rifle de sus manos y lo levantó hasta su hombro. A través de la vergüenza, Drey sintió una oleada de emoción.

—¿Me permites? —preguntó Hendricks, extendiendo sus brazos en una oferta para ayudar a corregir la postura de Drey. Drey asintió y permitió que el Alfa se colocara detrás de él. Hendricks puso sus manos en las caderas de Drey y las reposicionó. Su toque envió un escalofrío por su cuerpo que esperaba que Hendricks no hubiera notado. Esa extraña sensación había vuelto, como el zumbido de una corriente eléctrica que solo él podía percibir. Se dijo a sí mismo que se concentrara, pero estaba preocupado de que hubiera algo mal en él.

Hendricks empujó suavemente la mano de Drey hacia adelante a lo largo de la delantera y ajustó la culata para que quedara segura contra su hombro. El cuerpo de Drey se calentó, y estaba perdiendo la batalla por evitar excitarse. Exhaló y bajó el rifle.

—Es pesado —dijo, aunque realmente no lo era.

Divertido, Paz se dio la vuelta y cogió una pistola de la mesa para disparar a su objetivo. Hendricks retrocedió, dándole algo de espacio a Drey. Después de unas cuantas respiraciones profundas, logró controlarse y volvió a levantar el rifle hasta su hombro. Retrocedió con fuerza cuando disparó, enviando una bala directamente al centro del objetivo.

—Vaya —dijo Hendricks—. Aprendes rápido.

Estaba asombrado de no haber fallado, dado el extraño estado en el que se encontraban su mente y su cuerpo.

Los tres se alinearon y dispararon más rondas a los blancos. Drey pudo concentrarse en la

tarea y despejar su mente, lo que detuvo temporalmente el calor distractor que ardía en su interior. Disparar le resultaba algo natural y fácil.

—Para que quede claro —dijo Drey—, lo que viste fue solo un error. Nunca había bebido antes, así que debí... nunca había hecho eso antes. —Estaba divagando.

—Si quieres, podemos seguir fingiendo ser pareja —dijo Paz con una sonrisa pícar—. Te enseñaré todo tipo de cosas nuevas.

El rostro de Drey se acaloró de nuevo. —Está bien —murmuró—. No, gracias.

Un soldado se acercó y saludó. —Mensaje para el agente Waterford. Hay una llamada esperándole en la tienda de comunicaciones.

—La primera captura del día —dijo Paz—. Volveré enseguida.

Se fue con el soldado, dejando a Hendricks y Drey en el campo de tiro. Paz recargó el rifle como le habían enseñado y continuó disparando al blanco. A pesar de su vergüenza, Drey disfrutaba del coqueteo de Paz, y le agradaba que Hendricks también siguiera el juego. Como no sabía muy bien cómo corresponder, se encontró fingiendo irritación y estaba seguro de que ambos Alfas podían ver a través de ello.

Le emocionaba. Era algo que nunca había experimentado antes, al igual que las extrañas e intoxicantes sensaciones que habían comenzado a surgir dentro de él.

Más. Todavía quería más.

—Me alegro de que estés con nosotros —dijo Hendricks entre disparos.

—¿Eh? —Drey no estaba seguro de haberle oído correctamente.

—Dije que me alegro de que estés con nosotros. Tenemos la oportunidad de encontrar a Killik gracias a ti. Pero no solo eso. Quiero decir, me alegro de que nos hayamos conocido. Las cosas parecen un poco más fáciles contigo aquí.

Sorprendido, Drey no supo cómo responder. —¿Lo son? Gracias. No estoy seguro de qué estoy haciendo para facilitarlo.

—Paz y yo hemos estado enfocados en este objetivo durante tanto tiempo. A veces podemos perder de vista quiénes somos. Desde que apareciste, las cosas se volvieron mucho más claras para mí. Sé que es lo mismo para Paz, aunque no lo admita.

Drey lo miró, tratando de descifrar lo que intentaba decir.

—Ahora estoy haciendo esto por algo más que por mí mismo —dijo Hendricks—. Me hace sentir menos solo.

En ese momento, una barrera se derritió en la mente de Drey, y sintió que realmente entendía a Paz y a Hendricks. Aunque todavía admiraba a los dos Alfas, ya no los veía en el pedestal en el que los había puesto. Estaban en el mismo camino que él, aunque llevaban mucho más tiempo en él. Eran un par de chicos que habían sufrido el infierno, igual que él. Estaban juntos en esto, unidos y vinculados a través de su misión compartida.

Paz regresó unos minutos más tarde con un pliego de papel y una pequeña caja metálica. —Nuestras órdenes —anunció. El papel mostraba detalles de un destacado oficial xyletiano que coincidía con el perfil de un hombre avistado por un granjero, dirigiéndose hacia el noroeste a través de zonas rurales y apartadas. Lo más probable es que estuviera intentando llegar a uno de los pueblos portuarios de la península de Vebros, donde podría escapar en barco.

—Aquí tienes la oportunidad de poner a prueba tus nuevas habilidades. Oh, y además... —Le entregó a Drey la caja metálica, que era del tamaño de una baraja de cartas—. Esto es para ti.

Drey abrió la tapa. Sobre un lecho de terciopelo rojo yacía un medallón de plata con forma de perfil de cabeza de lobo, con el símbolo de New Adosh grabado en el centro.

—¿Qué es? —preguntó.

—Tu licencia para matar. Según el Imperio de New Adosh, al menos. Felicidades. Ahora eres un agente.

La luz del sol brilló en el medallón pulido mientras inclinaba la caja en su mano. Lo sacó y lo enganchó a la correa de cuero alrededor de su cuello, donde colgaba junto a la llave. Se preguntó si sus padres también habían tenido medallones como este, y se dio cuenta de que era un agente como ellos. Sonrió radiante, y los dos Alfas le devolvieron la sonrisa con orgullo.

Hendricks extendió la mano y le dio un golpecito en el hombro con el puño, asintiendo. *Me*

alegro de que estés con nosotros.

—Gracias —dijo Drey, haciendo lo posible por no dejar que sus emociones se notaran.

El camión se sacudía y se balanceaba sobre el camino de tierra irregular que atravesaba hectáreas y hectáreas de tierras de cultivo cubiertas de niebla. Una casa de campo de aspecto cansado apareció entre la bruma, y Paz detuvo el camión frente a ella, donde fueron recibidos por una anciana con un delantal sucio, seguida de un lobo decrepito con un ojo ciego. Su nombre era Elena, y el lobo era su esposo James, quien en su senilidad había olvidado cómo volver a su forma humana.

—¿Dónde vio a este hombre? —preguntó Hendricks, y Elena señaló hacia el norte en la niebla.

—Lo vi moviéndose por el campo anoche. No lo seguí. Si James fuera más joven, quizás hubiéramos podido ver adónde se dirigían.

—¿Quién es? —preguntó James, rascándose la oreja.

—Nada, querido.

—No, este hombre podría ser peligroso —dijo Paz—. Hizo lo correcto.

Los tres se equiparon en el camión y partieron hacia el campo en sus formas de lobo. Caminaban a cinco pies de distancia entre sí, abriéndose paso entre los gruesos tallos de cebada mientras olfateaban el suelo en busca de un rastro. Drey estaba en el centro de los dos y se sentía completamente en casa. Este era el tipo de rastreo que había hecho innumerables veces, y fue él quien captó el rastro primero.

Un olor anormal se aferraba a un parche de cebada y se destacaba claramente para él, como si estuviera iluminado por luz. Notó cómo los tallos se habían doblado en un ángulo, apenas perceptible para ojos poco perspicaces, y cuando exploró más de cerca, su nariz lo llevó a un mechón de cabello atrapado en una de las hojas. Alertó a los otros dos, que se acercaron a inspeccionar el hallazgo.

Sus sentidos mejorados les permitieron detectar y memorizar cada faceta del aroma que se aferraba al cabello, que era una colonia de sándalo bastante penetrante mezclada con el olor natural del dueño. Esto pintó una imagen de su objetivo en sus mentes. Ahora el olor podía seguirse tan fácilmente como se podría seguir un rastro de huellas en un camino embarrado.

Continuaron hasta llegar a donde el campo lindaba con una arboleda de naranjos, separada por una cerca de alambre de púas. Un trozo del pantalón de un hombre estaba enganchado y rasgado en el alambre.

—Se transformó —observó Hendricks—. Trepó la cerca y corrió hacia los árboles en forma de lobo.

Drey apenas podía distinguir un conjunto de huellas de patas en la tierra que se desvanecían bajo los detritos caídos. Pasaron la cerca y exploraron el área en busca de pistas, pero encontraron que el rastro del olor se había enfriado.

La niebla descendió sobre la arboleda de naranjos, oscureciendo todo más allá de veinte pies. Drey olfateó el aire húmedo y se adentró en los árboles.

—Separémonos y peinemos el área —dijo Paz—. Aullad si encontráis algo.

Manteniendo la nariz pegada al suelo, Drey estaba decidido a redescubrir el olor. Era otra oportunidad para mostrar a los Alfas de lo que era capaz, sin mencionar que sentía que tenía más que demostrar ahora que le habían dado estatus oficial. Necesitaba hacer honor a sus padres y a todo lo que le habían enseñado.

El suelo estaba salpicado de naranjas podridas, lo que dificultaba discernir otros olores. Estaba buscando un nuevo olor, algo que contrastara con el telón de fondo de todo lo demás.

Caminó a lo largo de las perfectas hileras de árboles, sin prestar mucha atención a nada más. Cuando miró hacia arriba, estaba solo. La niebla era tan espesa que no podía ver a Paz o Hendricks, que no podían estar muy lejos. Escuchó atentamente. Ahí: podía oírlos moviéndose entre las hojas a unos treinta pies a cada lado de él. Continuó adelante, y su nariz captó un olor. ¡Había encontrado un rastro! Emocionado, trotó rápidamente para seguirlo y se encontró de pie en la cerca al otro lado de la arboleda. Apilada en el suelo había una chaqueta, una chaqueta de oficial xyletiano.

—Mierda —murmuró. El rastro terminaba allí. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Era esto un señuelo? Miró más allá de la cerca hacia la extensión infinita de niebla al otro lado.

Un aullido tenue cortó el aire. Drey se volvió en la dirección del sonido, sorprendido de lo distante que era. ¿Cuánto se había alejado de ellos en ese corto tiempo?

Luego, para su alarma, siguió el estallido de un disparo. Drey salió corriendo hacia el sonido, aunque no podía estar seguro de exactamente de dónde había venido. Soltó un aullido, esperando que alguien respondiera la llamada, y obtuvo una respuesta un segundo después. Era Hendricks, y ajustó su curso hacia su voz.

Tanto él como Paz llegaron a él al mismo tiempo. Hendricks estaba en su forma humana, su antebrazo sangrando. Su rifle yacía en el suelo.

—¿Qué pasó? —preguntó Drey—. ¿Estás bien?

—El bastardo me emboscó. Me mordió el brazo y huyó. Intenté dispararle, pero esta maldita niebla.

—¡Vamos! —dijo Paz—. ¡No podemos dejar que escape!

Hendricks se transformó de vuelta a su forma de lobo y corrió junto a ellos en persecución de su objetivo. Moviéndose en una formación de caza en manada con Paz a la cabeza, Drey sintió una nueva conexión con los dos alfas que corría más profunda que cualquier cosa que hubiera conocido antes. Estaba haciendo exactamente lo que estaba destinado a hacer. Nunca había habido tanto propósito en su vida antes, y estaba cargado tanto de adrenalina como de excitación. Se sentía extraordinariamente cercano a Paz y Hendricks. Haría cualquier cosa por ellos.

Creo que estoy enamorado de ellos, pensó, y su reconocimiento de la idea hizo que floreciera y se extendiera aún más por su corazón.

Drey nunca había experimentado el celo antes. Se había sentido atraído por Alfas y había tenido enamoramientos de adolescente, pero esos no eran nada comparados con la intensidad que todo lo consume y dobla la mente de las cosas que sentía por Paz y Hendricks. Se sentía atado a ellos, en cierto modo. Le habían salvado la vida.

Corrían a toda velocidad, sus patas martillando el suelo, el aire brumoso arrastrando gotas de rocío a través de su pelo erizado. Drey captó el olor de su objetivo, como una luz que aparecía

vagamente en la niebla y lentamente se hacía más brillante. Lo estaban alcanzando.

Un destello de boca de fuego iluminó la niebla delante y Paz se lanzó hacia un lado, apenas esquivando la bala que pasaba. Drey la oyó silbar a su lado, y se dejó caer sobre su vientre cuando el hombre les disparó de nuevo. Los tres rodaron para cubrirse detrás de los naranjos.

Paz se volvió hacia Drey. —Tú harás los disparos. Hendricks, hazlo salir.

—¿Yo? —preguntó Drey, inseguro—. No puedo ver en esta niebla.

—Yo seré tus ojos. Rápido, transfórmate.

Drey volvió a su forma humana y desató el rifle de su espalda, colocándolo contra su hombro en posición prona. Paz, aún en su forma de lobo, se acostó a su lado. Drey miró a través de la mira del rifle, luchando por percibir algo en la lechosa niebla.

—Está corriendo de nuevo —dijo Paz—. Hendricks lo tiene corriendo en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto a nuestra posición. Mueve tu puntería unos sesenta centímetros a tu derecha, y baja el cañón unos ocho centímetros. Un poco más. Bien.

Drey se sentía sorprendentemente tranquilo. Por muy inseguro que estuviera de sus propias habilidades de tiro, confiaba plenamente en Paz.

—Espera... Cuando te diga que dispires, aprieta ese gatillo.

—De acuerdo.

Una suave brisa agitó los árboles, y luego hubo silencio.

—Fuego.

El rifle retrocedió contra su hombro, cubriendo su mano de pólvora. A lo lejos escuchó un golpe sordo y un grito.

Paz se puso de pie de un salto.

—¡Vamos! —Se transformó en humano mientras corría, con Drey justo detrás de él.

Hendricks ya tenía al hombre esposado en el suelo y estaba apoyado contra un árbol pelando una naranja.

—Buen tiro —dijo—. Dudo que vuelva a caminar bien.

El hombre se retorció de dolor, con un agujero atravesando su rótula.

—¡Hijos de puta! ¡Oh, joder, mi pierna! ¡Mi pierna!

Paz sonrió y le dio una palmada en la espalda a Drey.

—Excelente trabajo.

Drey sonrió, sintiendo que su rostro se calentaba. No podía recordar la última vez que había estado tan feliz.

—Traidores, pagarán por esto —gimió el hombre.

—Deberías estar agradecido —dijo Paz, agachándose junto a él—. El Nuevo Imperio decidió dar juicios justos a sus prisioneros de guerra. Eso es mucho más de lo que mereces. Mucho más de lo que Xyletia hizo jamás por sus enemigos. Si fuera por mí, tus sesos estarían esparcidos por la tierra. —Recogió una naranja caída y arrancó la cáscara con los dientes. Era perfecta y jugosa por dentro, y le pasó la mitad a Drey—. Llevemos a este imbécil de vuelta a la ciudad.

OCHO

Los tres estaban ansiosos por continuar su trabajo, y pasaron la siguiente semana viajando por Venos, cazando a los xyletianos de alto nivel que quedaban. Su sincronía se hizo más fuerte, hasta el punto de que los soldados que les asistían suponían que los tres habían estado trabajando juntos durante años.

A pesar de sentirse más libre que nunca en su vida, Drey aún sentía una mancha negra en su alma, un vacío que no desaparecía. Todavía tenía asuntos pendientes, y sabía que los otros sentían lo mismo. Revisaba la red en cada oportunidad que tenía, pero no había habido respuestas a su solicitud. Tampoco había llegado nada a través de la inteligencia militar. Killik era un fantasma.

Terminaron con una misión que los llevó a la costa sur de Venos, cerca de la frontera con Zyn, donde montaron un campamento nocturno con su camión en un acantilado con vista al océano. Los barcos pesqueros flotaban mar adentro con sus hileras de luces atrayendo calamares que brillaban en la oscuridad. Los tres se sentaron alrededor de una fogata, observando sus llamas danzar en la brisa salada.

El estado de ánimo de Drey se volvió sombrío, como solía suceder antes de acostarse. En la quietud de la noche, no podía evitar enfrentarse a todas las cosas que acechaban en las partes oscuras de su mente.

—¿Quieres beber? —preguntó Paz, ofreciéndole una petaca—. Podría ayudarte a despejar la mente.

—¿Despejarla de qué? —preguntó Drey, fingiendo no saber de qué hablaba.

—De lo que sea que te tenga cavilando.

Drey bebió un trago del áspero líquido e hizo una mueca.

—Nada.

Esta noche, Paz y Hendricks estaban en el centro de sus pensamientos. Se había esforzado mucho por reprimir lo que sentía por ellos, pero cada día y cada misión solo lo hacían deseárselos más. No había pasado nada desde el vergonzoso incidente en el hotel, para su decepción. Casi deseaba que lo molestaran por ello, aunque solo fuera para saber que estaban pensando en él. Sabía que era ridículo, y se sentía extraño al tener esos pensamientos, pero los tenía. Era ese maldito zumbido, ese calor pulsante que sentía cada vez que sus miradas se demoraban más de lo normal, o si captaba su aroma cuando se acercaban, o lo tocaban de cierta manera, o por un millón de otras cosas.

—Mierda —dijo Paz—. Algo te está molestando, y es obvio. —Miró a Hendricks—. ¿Verdad?

Se encogió de hombros.

—Sí. Estás pensando en Killik.

—Esa es una cosa —murmuró Drey, tomando otro trago antes de pasar la petaca a Hendricks—. Pero no *la* cosa.

—Bien, ¿qué es? —preguntó Paz—. Si vamos a funcionar bien, no puedes guardarte cosas. Así es como ocurren los errores y la gente muere.

—Realmente no es nada —dijo Drey, odiándose por tener estos sentimientos. No quería ser el eslabón más débil.

Paz lo miró fijamente y luego, de la nada, agarró la muñeca de Drey y lo acercó. Entonces, se inclinó y lo besó. Drey se quedó paralizado. Hendricks los miró, alarmado. Finalmente, Drey levantó la mano y empujó a Paz. Se llevó una mano a la boca como si le hubieran abofeteado y logró decir en voz baja:

—¿Qué demonios?

—Paz... —dijo Hendricks, frunciendo el ceño.

—Lo sabía —dijo Paz—. Estás en celo.

—Eres un imbécil —dijo Drey, poniéndose de pie. Pero cuando se dio cuenta de que su erección formaba una tienda de campaña en sus pantalones, rápidamente volvió a sentarse. El zumbido había regresado, reverberando fuertemente por todo su cuerpo, y junto con él, un calor creciente que comenzaba en su pene y se extendía por su entrada y profundamente en su vientre. Sus labios hormigueaban donde habían estado los de Paz y su cabeza comenzó a dar vueltas con una sensación mareada y suelta. Se sentía casi como si estuviera borracho, excepto que no había bebido lo suficiente para que fuera por el alcohol.

Los dos Alfas lo miraban fijamente, y todo lo que quería era lanzarse sobre ellos. Tenía hambre de ellos. *Más*. Quería mucho más. Sentía que estaba en peligro de perder el control sobre sí mismo, y simplemente no podía dejar que eso sucediera.

—¿Por qué hiciste eso? —susurró, luchando contra el doloroso apretón de deseo que se cerraba alrededor de su corazón. Paz era un idiota por hacer algo así de manera tan despreocupada, como si no tuviera ningún significado.

—Porque —dijo Paz con una mirada seria en sus ojos—, siento lo mismo.

—¿Qué?

—Creo que hablo por los dos cuando digo que hemos notado tu celo. Y te deseamos.

Drey negó con la cabeza. Estaba tan caliente que sentía que podría desmayarse. ¿Qué estaba diciendo Paz? ¿Lo deseaban? ¿Cómo podía ser posible? ¿Por qué querrían a alguien como él, alguien que estaba dañado y roto y no valía nada? ¿No estaba destinado a estar siempre solo?

—No lo entiendo —dijo—. Nunca me había pasado esto antes.

Paz y Hendricks intercambiaron una mirada.

—A nosotros tampoco —admitió Hendricks—. Es normal, sin embargo. Creo...

—Es obvio que nos sentimos atraídos el uno por el otro por una razón —dijo Paz—. Y los mejores agentes son compañeros. Trabajan perfectamente sincronizados, y creo que está claro que tenemos ese vínculo.

—¿Compañeros?! —exclamó Drey, con una risa sorprendida—. No puedes hablar en serio. Tú no me ves de esa manera.

—¿Por qué no?

—Porque, no sé. Por favor, Paz. No juegues conmigo.

—Me encantaría jugar contigo.

Drey le dio una patada en la bota. —Hablo en serio.

—¿Es tan difícil creer lo que sentimos por ti? —preguntó Hendricks.

—Sí —dijo Drey enfáticamente—. ¡No sé de qué están hablando!

Paz apoyó los codos en sus piernas y el mentón en la palma de su mano mientras le sonreía a Drey. —Los Alfas pueden poner a los Omegas en celo. Los Alfas saben cuándo un Omega está en celo. Y estos dos Alfas te desean. Eres un Omega increíble. Es obvio que estamos destinados el uno para el otro. Simple. ¿Me equivoco? ¿No es eso lo que está pasando?

Drey simplemente nunca había aprendido sobre el celo; nadie se lo había enseñado, y nunca había experimentado un sentimiento tan intenso antes. Tenía sentido, pero lo que aún lo desconcertaba era la idea de que estos dos sintieran eso por él. No podía dejar de sentir que lo estaban engañando.

—Dinos claramente —dijo Hendricks—. ¿Es verdad? ¿Nos deseas?

Lentamente, Drey asintió. —Sí. —Lo dijo como si estuviera avergonzado de sí mismo, como si estuviera admitiendo haberles hecho algo malo de alguna manera.

Hendricks se acercó a él y lo rodeó con sus brazos, abrazándolo fuertemente. La sorpresa de Drey se convirtió en felicidad mientras aceptaba el abrazo del Alfa y la sinceridad de su confesión. A medida que la duda se desvanecía, también lo hacía parte de la dura capa protectora que había envuelto densamente su corazón, y lloró silenciosamente contra el pecho de Hendricks.

Paz deslizó sus brazos alrededor de ambos, y Drey quedó completamente envuelto en su calor. Cerró los ojos e inhaló profundamente su aroma, y se sintió seguro y reconfortado. Era

pura felicidad.

—Lo siento —les dijo, sorbiendo por la nariz.

—No te disculpes —dijo Paz—. Esto también es nuevo para nosotros.

Se separaron del abrazo, y Drey tomó sus manos entre las suyas. Sintió las características ásperas y callosas de sus palmas y dedos, deleitándose en su nueva realidad. Ciertamente no se sentía real.

—Pero ustedes han estado con otros Omegas. ¿O Betas?

—No —dijo Paz.

Hendricks asintió en solidaridad. —Nunca tuvimos la oportunidad. Paz y yo solo nos hemos tenido el uno al otro.

—¿Ustedes dos... Eh... Entre ustedes...?

—¡No! —dijo Paz—. ¿Qué? ¿Con él? ¿Un Alfa?

Drey se encogió de hombros. —¿Por qué no?

Hendricks se acarició la barbilla. —Hubo una vez, cuando Paz y yo nos emborrachamos mucho.

—Oye. Prometimos nunca hablar de eso.

—Oh, me gustaría escuchar sobre esto —dijo Drey.

—A veces solo necesitas echarte una mano el uno al otro —dijo Hendricks—. Lo dejaré ahí.

Paz gimió y hundió su cara en su palma. —Voy a acostarme.

Desenrolló su saco de dormir frente al fuego y se estiró sobre él. Drey y Hendricks hicieron lo mismo, y Drey se acostó entre los dos. Tomó sus manos de nuevo, amando cómo se sentían. Luego, después de unos momentos, les pidió que se acercaran más. Lo hicieron, rodeándolo cómodamente por ambos lados. Su cuerpo vibraba de calor y su cabeza nadaba por la

maravillosa exaltación de su presencia omnipresente. Aunque estaba excitado, ninguno de ellos hizo nada más que abrazarlo. Estaba bien con eso, completamente feliz de disfrutar de su físico sin necesitar nada más. Esto era suficiente, por ahora. Era mucho más de lo que alguna vez hubiera esperado o soñado.

No recibieron nuevas órdenes y eran libres de hacer lo que quisieran por el momento, así que decidieron mantener su campamento en el acantilado de la costa hasta que se les asignara un nuevo objetivo. Una brisa fresca soplaba desde el mar, barriendo las nubes y dejando nada más que cielo despejado y sol cálido. Los Alfas corrieron por un sendero hacia la playa, se quitaron la ropa quedándose en ropa interior y saltaron a las olas. Drey se sentó en una roca en el acantilado, observando y riendo mientras los dos le hacían señas y lo llamaban para que se uniera a ellos. Les devolvió el saludo, fingiendo no entender. No era muy buen nadador, y además, disfrutaba verlos.

Sostuvo la llave que colgaba alrededor de su cuello y trazó los contornos del metal con las yemas de sus dedos, todavía disfrutando del resplandor de sus nuevas circunstancias.

Paz vino corriendo por la arena hacia él. —¿Qué estás haciendo? Vamos, ¿cuándo más vamos a tener la oportunidad de hacer esto?

—Estoy bien aquí. Cálido, seco, y... ¡Paz! ¡Espera, detente! ¡Detente!

El Alfa lo tenía sobre su hombro en un instante, y lo llevó al agua, gritando y agitándose. Paz se adentró en el oleaje y lo arrojó completamente vestido. ¡El desgraciado! Drey balbuceó y se puso de pie empapado mientras Paz y Hendricks reían cariñosamente. Se lanzó contra Paz y lo derribó hacia atrás en el agua, luchando con él hasta que las olas terminaron empujándolos hacia la orilla. Hendricks corrió y agarró a Paz por debajo de las axilas.

—¡Agarra sus pies! —gritó, y él y Drey lo levantaron y lo arrojaron a la siguiente ola que rompía.

Al final, todos terminaron en la arena, completamente sin aliento y sin poder hacer nada más que mirar al cielo mientras recuperaban el aire. Paz se giró sobre su codo para inclinarse sobre Drey, mirándolo a los ojos antes de besarlo. Drey suspiró de felicidad y rodeó con su mano la

nuca de Paz para mantenerlo cerca. Extendió su otra mano hacia Hendricks, quien la agarró y se arrodilló a su lado para besarla después de Paz.

Su pulso se aceleró por todo el esfuerzo, y la sangre le subió a la cabeza. El calor creció desde su centro, atravesando el frío que se había instalado en su cuerpo, y se quitó la camisa y los pantalones mojados, arrojándolos a un lado. Sus dientes castañeteaban y su cuerpo se erizó de piel de gallina, tanto por la brisa fresca como por una anticipación nerviosa. Podía sentir la excitación de los Alfas aumentando tan rápidamente como la suya propia, y vio el hambre en sus ojos por su cuerpo. Su miembro se había endurecido y presionaba dolorosamente contra la tela pesada y empapada de su ropa interior, y su entrada palpitaba de calor y su propia humedad.

—Estás temblando —dijo Hendricks—. Vamos a calentarte.

Ayudaron a Drey a ponerse de rodillas y lo abrazaron entre sus cuerpos, con Hendricks frente a él y Paz detrás. Podía sentir la punta de la erección de Paz presionando contra su trasero. Plantó besos a lo largo de la clavícula y el cuello de Hendricks mientras, al mismo tiempo, alcanzaba detrás de su espalda y deslizaba su mano para tocar el miembro de Paz.

Paz respondió con un gemido parecido a un gruñido, y presionó sus labios contra la nuca de Drey, besándolo hasta los hombros. Su mano se movió por el pecho de Drey, sintiendo la curva de sus pectorales antes de explorar hacia el sur hasta su erección abultada. Lo masajeó a través de la tela mojada, y la respiración de Drey se aceleró por el extraordinario placer que su toque le proporcionaba. Lo volvía loco, y desesperadamente tanteó con su otra mano para tocar el miembro de Hendricks.

Se apartó de besar los labios de Hendricks para besar a Paz, y el Alfa bajó la ropa interior de Drey lo suficiente para liberar su erección. Hendricks hizo el resto, agarrando la cintura de la ropa interior de Drey y tirando de ella hacia abajo por sus muslos hasta sus rodillas dobladas. Drey se puso de pie para quitársela completamente, y jadeó cuando Hendricks aprovechó la oportunidad para agarrar su miembro expuesto y tomarlo en su boca.

Drey estaba de pie entre los dos, que aún estaban de rodillas. Paz usó ambas manos para acariciar el trasero de Drey, besando con avidez cada nalga y mordisqueando juguetonamente la carne con sus caninos. Luego, usó sus pulgares para separarlo y presionó su rostro en el hueco, pasando su lengua por su entrada. Drey nunca había experimentado un placer tan alucinante en su vida, y casi alcanzó el clímax por la repentina intensidad de ello. Se agarró de sus hombros para mantenerse en pie; sus piernas temblaban y se debilitaban, y apenas podía mantenerse compuesto con la forma en que las lenguas de los dos Alfas trabajaban al unísono en él. No

podía contener sus gritos extáticos, que rápidamente eran tragados por el rugido del oleaje.

El calor acumulado alcanzó un nuevo pico, y la presión se volvió insoportable. Necesitaba tenerlos dentro de él. Quería liberarse de este doloroso deseo que se había apoderado de él durante tanto tiempo, así que pidió —no, casi suplicó— que lo follaran.

Se puso a cuatro patas entre ellos. Hendricks, que aún estaba frente a él, se quitó los calzoncillos para revelar su prodigiosa tumescencia y la llevó a los labios de Drey. Tuvo que tomarse un momento para prepararse, porque nunca antes había visto un miembro tan grande, y ni siquiera estaba seguro de si podría tragarlo. Detrás de él, Paz acariciaba su trasero y empujaba contra él, y podía sentir que estaba tan bien dotado como Hendricks. Estaba nervioso y esperaba un dolor insoportable, pero cuando Paz entró en él, no sintió nada más que placer. La plenitud del miembro del Alfa era celestial, y cada centímetro lo hacía retorcerse de deleite.

Drey agarró a Hendricks por la base, empujando sus dedos a través de su vello púbico, asombrado de lo grueso que era, y de que ni siquiera podía tocar su pulgar con su dedo índice. Abrió la boca y lo tomó dentro, tragándolo mientras las embestidas y retiradas de Paz llegaban a un ritmo más rápido.

¿Cómo era posible que algo pudiera sentirse tan bien? Era como rascar una picazón profunda e imposible, tan intensa que su mente apenas tenía control. Eran solo ellos tres en una armonía perfecta, sus cuerpos unidos, con la energía resonante zumbando y fluyendo desde Drey envolviéndolos completamente. Y lo más maravilloso era que sabía con absoluta certeza que estaban con él. Lo sentían todo igual que él.

El miembro de Paz palpitó y se anudó profundamente dentro de él, y Drey pudo sentir cada pulso de su clímax y el calor de su semilla llenándolo. Lo aceptó todo con alegría, sin querer perder una sola gota del precioso semen del Alfa. Hendricks tomó su lugar, embistiendo profundamente en él mientras Paz se desplomaba a su lado en la arena, jadeando.

Drey sintió todas las diferencias en los miembros de los Alfas y en la forma en que lo tomaban. Lo que no esperaba era que Hendricks fuera mucho más agresivo que Paz: lo follaba con fuerza, embistiendo rápido y profundo, agarrándolo firmemente por la cintura y la nuca. Y cuando se corrió, Drey también lo hizo, desencadenado por la hinchazón del miembro de Hendricks contra su punto interno. Un placer blanco y ardiente atravesó todo su cuerpo, sacudiendo cada músculo con una dicha hormigueante y eléctrica. Su miembro continuó palpitando, pulsando gruesas líneas de semen sobre la arena en lo que fue su primer clímax que no había sido provocado por su propia mano.

Durante un largo rato, los tres no pudieron hacer nada más que yacer en los brazos del otro en la playa, disfrutando del embriagador resplandor posterior a su unión. Habían estado en silencio todo el tiempo, comunicándose solo con sus cuerpos, y ese silencio continuó hasta que la marea trajo el agua hasta sus pies. Se levantaron, recogieron su ropa dispersa y se dirigieron de vuelta al campamento.

Paz pescó desde un saliente rocoso más abajo en la playa y cocinó los peces ensartados de cola a boca sobre la fogata al aire libre. Drey se sentó con Hendricks en una manta extendida en el suelo junto al fuego y charlaron mientras miraban hacia el océano. El sol se ponía a su derecha sobre la tierra, creando un brillante degradado de colores sobre el mar que se desvanecía en un azul profundo y oscuro. Su ropa ondeaba en una cuerda tendida entre un palo alto clavado en el suelo y el marco de la ventana del camión. El sabroso aroma del pescado cocido se mezclaba agradablemente con el aire salado.

—Paz y yo solíamos hacer viajes de campamento en los bosques cerca de nuestro pueblo —dijo Hendricks—. Cuando mi hermana Emi tuvo edad suficiente, también venía con nosotros. Pescábamos en los arroyos y caminábamos todo el día. Era un lugar realmente hermoso. Luego, un día ya no se nos permitió entrar al bosque. Los xyletianos lo tomaron para convertirlo en un campo de pruebas militares. Lo talaron todo.

—Eso es terrible —dijo Drey.

—El comienzo del fin de la infancia. ¿Verdad, Paz?

—Xyletia ya no era algo de lo que fuéramos ignorantes, eso es seguro. Nos quitaron tanto. La mayoría de las cosas no las podemos recuperar jamás.

Un remolino de chispas brotó en el aire, y Paz giró los peces sobre las llamas. Su piel plateada goteaba jugos y había adquirido un apetitoso color dorado.

Drey tocó inconscientemente la llave alrededor de su cuello mientras pensaba en todas las cosas que no podría recuperar jamás. ¿Era la venganza lo único que tenían? ¿Era el único pago que podían recibir por todos los crímenes que el Imperio les había hecho?

—¿Cómo eran tus padres? —preguntó Hendricks.

—Mi padre era bastante estricto. Su tatarabuelo fundó el Hotel Dolphin. Realmente sabía cómo trabajar duro, y se aseguraba de que yo también lo hiciera. Mucha gente lo respetaba. Mi papá era algo opuesto en muchos aspectos. Podía llevarse bien con cualquiera. Era muy encantador. Y le encantaban los acertijos. Siempre me hacía acertijos, estas búsquedas del tesoro realmente alocadas que me enviaban por toda la ciudad para encontrar cosas. No había límites. Cuando tenía probablemente once años, me hizo seguir una serie de pistas para mi regalo de cumpleaños que terminó conmigo colándome en el baño de un extraño en medio de la noche, al otro lado de Tetros. Estaba escondido debajo de un lavabo. Ese es el extremo al que llegaba.

Hendricks se rio. —Vaya infancia.

—Para mí era bastante normal. Recientemente he empezado a darme cuenta de que no todo el mundo creció viviendo en un hotel.

—Además, no todo el mundo tenía un par de agentes de alto nivel como padres —dijo Paz, trayendo el pescado cocido y pasándoselo a Drey y Hendricks—. Obviamente te dejaron con todo lo que necesitabas para sobrevivir. —Arrancó un trozo de la carne blanca y jugosa del pescado con los dientes—. He querido preguntarte. ¿Para qué es esa llave? La que llevas alrededor del cuello.

—¿Esto? Oh, esto es... Supongo que es un último acertijo de mis padres. Me lo dejaron para que lo encontrara cuando se los llevaron.

—¿Qué abre? —preguntó Hendricks.

—No lo sé. Aún no he mirado.

—¿No lo has hecho? Pero ¿por qué no?

Drey consideró la pregunta por un momento.

—Si no la abro, entonces esa parte de ellos siempre estará ahí fuera. Y supongo que eso me resulta reconfortante. —Drey comió un bocado del pescado, que se deshizo en su boca y tenía un sabor maravilloso. Sonrió a Paz—. Esto está delicioso.

Paz le devolvió la sonrisa, orgulloso. —Gracias, chico.

—Hendricks, ¿cómo era tu hermana?

La reacción inmediata del Alfa a la pregunta fue reír. —Hilarante. Era tan divertida, ¿sabes? Ha pasado tanto tiempo, pero todavía recuerdo cómo me hacía reír.

—Era toda una bromista —asintió Paz—. Siempre haciendo bromas.

—Sí —dijo Hendricks, y luego añadió suavemente—, todavía la echo de menos.

Paz extendió la mano y palmeó la pierna de Hendricks. No dijo nada, solo continuó comiendo su pescado mientras miraba al mar. Drey lo miró y vio que sus ojos estaban húmedos de lágrimas, y su expresión era intensamente seria.

Después de terminar la comida, los tres se sentaron y vieron cómo se desvanecía la luz restante del sol. Bajaron a la playa y, bajo la pálida luz de la luna, estiraron las piernas transformándose en sus formas de lobo y corriendo juntos por la costa. Recorrieron varios kilómetros sin dirección ni objetivo más que correr hasta que se agotara su resistencia. A Drey le encantaba la sensación, como si estuvieran conectados en un nivel profundo y primario. Era la misma sensación que tenía durante sus misiones. Una sincronización perfecta y completa.

Lo tomaron de nuevo junto al fuego. Drey empujó a Paz sobre su espalda y montó su miembro mientras alcanzaba a Hendricks, que estaba de pie a su lado. Lo acarició y chupó mientras cabalgaba a Paz, moviendo sus caderas para tomar toda la longitud del Alfa en su interior. Y aunque su cuerpo aún vibraba de calor, ya no se sentía fuera de control.

Se movían juntos, sus cuerpos en perfecta sintonía. Drey extendió sus brazos hacia ellos, abrazándolos mientras se turnaban con él, llenándolo con todo lo que tenían. Anudaron dentro de él, y a Drey le encantaba la sensación de su espeso y cálido semen fluyendo profundamente en su cuerpo. No había ningún documento oficial que dijera que eran compañeros, ningún papel doblado firmado y sellado que dijera que estaban unidos de por vida, pero a él no le importaba. En su mente, eran compañeros. Los amaba. Y por primera vez, Drey comenzó a sentir que había un futuro más allá de toda la oscuridad.

NUEVE

Se movían en silencio, con Paz al frente guiando al grupo de soldados alrededor del exterior de la vieja casa. Se alinearon junto a las oxidadas puertas del sótano, con las armas desenfundadas y dos soldados esperando en forma de lobo, listos para atrapar a cualquier fugitivo. Drey se arrodilló e inspeccionó las puertas, confirmando que estaban cerradas, y luego colocó una pequeña carga explosiva justo en el centro. Se movió a un lado junto a Hendricks, esperando la señal de Paz.

Habían recibido un soplo de que allí se ocultaban resistentes xyletianos, en un pequeño pueblo al este de Tetros. En los cinco meses transcurridos desde el levantamiento, el negocio seguía floreciendo para los tres reconocidos cazadores.

Paz inició la cuenta regresiva con los dedos. Tres... Dos...

Drey activó el detonador y las puertas se abrieron de golpe con una explosión de llamas y humo. Se dieron la vuelta y entraron en fila al sótano detrás de Paz, moviéndose rápidamente para despejar cada habitación. Luego empujaron una puerta y fueron recibidos por una repentina lluvia de balas desde el interior. Drey lanzó una granada aturdidora a la habitación, cegando momentáneamente a los atacantes para que él y los demás pudieran someterlos sin usar fuerza letal.

—¡Adelante! —gritó Paz.

Se precipitaron dentro y derribaron a los hombres al suelo. Uno intentó transformarse, pero Paz lo detuvo clavándole una vara anti-transformación en la espalda, enviándolo al suelo retorciéndose con arcos de electricidad púrpura recorriendo su cuerpo.

—Asegurado —dijo Hendricks.

Uno de sus soldados entró y confirmó que el resto de las habitaciones también estaban aseguradas. Los habían atrapado a todos.

—Cuatro hombres —dijo Drey. Sacó tres hojas de identificación y las sostuvo junto a los rostros de los prisioneros—. Parece que todos coinciden.

—Sabuesos del Infierno —dijo Paz—. Estos tipos apestan.

Además de estar sucios y descuidados, los hombres también estaban bastante demacrados en comparación con las imágenes de sus expedientes. Muchos de los remanentes que habían cazado se encontraban escondidos en el campo o en edificios abandonados, y ocasionalmente refugiados por leales xyletianos. La mayoría ni siquiera intentaba defenderse en su estado debilitado, o no tenía los medios para hacerlo.

Estos hombres aún tenían sus armas de servicio y vestían uniformes andrajosos y sucios. Tumbados boca abajo sobre el hormigón con las manos en la espalda, entrecerrando los ojos inyectados en sangre, ya habían agotado toda la resistencia que tenían en ellos.

Drey se agachó frente a ellos y sacó una hoja de identificación.

—Quiero que todos miren bien a este hombre. ¿Alguno de ustedes puede proporcionarme información sobre su paradero? Cualquier información que tengan será considerada durante su juicio. ¿Alguien? Si saben algo, mejor hablen ahora. Será más fácil para ustedes.

Los hombres lo maldijeron, y uno le escupió en la pierna a Drey. Hendricks se acercó y plantó su bota en la cara del hombre, rompiéndole los dientes frontales.

Drey se limpió y salió, donde Hendricks se le unió.

—No necesitabas hacer eso —le dijo Drey.

—Lo sé. Pero se lo merecía.

Paz se acercó a ellos.

—¿Nada sobre Killik?

—Nada que quisieran decirme —respondió Drey.

No se habían acercado más a encontrar a Killik en los meses transcurridos desde el levantamiento; ni pistas, ni información, nada en absoluto. La duda de si el hombre siquiera estaba en Venos se había asentado en sus mentes, pero incluso las consultas a la capital en New Adosh no arrojaban resultados.

Los tres no estaban oficialmente emparejados, pero su relación no era un secreto, y el Comandante Luce incluso había sugerido que se tomaran un descanso para formar una familia. Un nuevo imperio necesita nuevas familias, les había dicho. Pero ninguno de ellos podía siquiera pensar en detenerse, mucho menos en algo como una familia. Estaban unidos en esta misión e incapaces de abandonarla. Drey sabía que ni él ni sus Alfas podrían descansar jamás hasta encontrar a Killik. Ni siquiera tenían un hogar permanente. Se movían entre bases militares, hoteles y campamentos. Nunca regresaron al Dolphin, esta fue la petición de Drey. Tenían que mantener este impulso. Tenían que seguir moviéndose.

Esa noche, de vuelta en su habitación de hotel, Drey se sentó de rodillas entre los dos Alfas rodeado de equipos de vigilancia y un desorden de documentos de inteligencia apilados en el suelo y las mesas. Los Alfas abrieron sus pantalones y le revelaron su excitación.

Drey los miró y tomó sus miembros en sus manos, disfrutando la sensación de su calor pulsando en su agarre. Los acarició, lentamente al principio, observando con satisfacción cómo cambiaban sus expresiones. Le encantaba ver sus reacciones.

Gotas de líquido preseminal se formaron en las puntas de sus miembros, y las saboreó con su lengua, lamiéndolas alrededor de sus glándes. Besó y chupó el tronco de Paz hasta llegar a sus testículos, y los acarició con sus labios mientras continuaba masturbando a Hendricks en toda su longitud.

Los Alfas gimieron entre dientes mientras les daba placer, y Paz soltó un gruñido cuando Drey finalmente lo tomó en su boca, tragándolo lo más profundo posible. Luego cambió al miembro de Hendricks, que no era tan fácil de tragar, pero lo logró de todos modos. Sus ojos se humedecieron. El hombre era grueso.

Los complació con su boca un poco más antes de que ya no pudiera soportar la presión

creciente en su interior. Necesitaba liberarse desesperadamente. Estaba empapado y duro como una roca, y su cuerpo aún hormigueaba por la descarga de adrenalina de la misión.

Drey les ofreció su trasero, presentándose para su uso, y se turnaron para follarlo por detrás hasta que sus miembros goteaban semen y Drey era un desastre tembloroso y feliz sobre las sábanas. Se recostó en las sábanas con ellos, sosteniéndolos en sus brazos y absorbiendo su presencia mientras dejaban besos a lo largo de su pecho y pezones. Compartieron su miembro entre ellos y lo terminaron con sus bocas y manos, lamiendo cada dulce gota de su culminación.

Dependía de sus sesiones post-misión para mantener la cordura, quizás incluso más que ellos. Todavía estaba profundamente en celo, a pesar de ser llenado por ellos todos los días. En el fondo de su mente, Drey se preguntaba por qué aún no se había quedado embarazado. No es que esperara que sucediera, pero no le importaría si ocurriera. Ciertamente no era lo principal que le preocupaba: encontrar a Killik lo era. Pero sin la semilla de ellos dentro de él, su dolorosa necesidad apenas se saciaba cada vez.

Drey amaba lo que hacían los tres, pero había una parte de él que no podía relajarse. Entendía lo rápido que las cosas podían ser arrebatadas; la impermanencia de las cosas. Y aunque cada cacería era un ejercicio de su profunda sincronía y le brindaba una satisfacción que nunca antes había conocido, no podía evitar anhelar que terminaran con todo. En el fondo de su mente, en un rincón de su corazón, deseaba que pudieran simplemente detenerse y hacer exactamente lo que su comandante sugería: ir a algún lugar tranquilo por un tiempo. Formar una familia en este nuevo mundo. Se preguntaba si alguna vez serían libres de esto.

Drey soñó que estaba de vuelta en el hotel. Todo era como hace casi tres años, antes de que se llevaran a sus padres. Estaba en su antigua habitación, exactamente igual a como era antes de que el Imperio se lo robara todo, y cuando bajó las escaleras hacia el vestíbulo, encontró el edificio completamente vacío.

Estaba solo en ese vasto espacio, que parecía extenderse hasta dimensiones imposibles, como si él se estuviera encogiendo. Entonces, todo se deformó y cambió. La espléndida decoración estalló en llamas imponentes que chamuscaron las paredes y rompieron las ventanas. El frente del hotel explotó, lanzando rocas y fragmentos de vidrio a su alrededor, y de la destrucción salió Killik, elevándose sobre él como un gigante fantasmal.

No importaba lo que Drey intentara, no podía moverse de su lugar. No podía correr, no podía luchar, no podía hacer nada; era como si se estuviera moviendo a través de melaza.

La risa de Killik llenó su mente. Vino por Drey, pero cuando extendió sus manos para agarrarlo, estas se adentraron en el cuerpo de Drey y se hundieron más y más profundo. Cuando las sacó, estaba sosteniendo a Paz y Hendricks por el cuello. Los dos Alfas colgaban como muñecos, sin vida e inmóviles. Killik se dio la vuelta, llevándose a los Alfas y dejando a Drey congelado donde estaba.

—¡No! —gritó. Su cuchillo estaba atado a su cintura, pero por más que lo intentara, simplemente no podía lograr que su mano se moviera hacia él. Tenía que detenerlo. ¡No podía dejar que se los llevara! Pero Killik ya estaba caminando a través de los escombros humeantes, hacia una pantalla de humo negro ondulante. No había nada que Drey pudiera hacer. Era demasiado débil, demasiado lento, demasiado impotente para detenerlo.

—¡NO!

Se despertó de golpe, con el corazón acelerado y el pecho agitado. Empapado de sudor, extendió suavemente la mano para asegurarse de que Hendricks y Paz aún dormían a cada lado de él, y dejó escapar un suspiro de alivio.

La imagen del rostro de Killik ardía en su mente, y por un momento Drey sintió el frío agarre de la desesperada impotencia que pensaba haber logrado vencer. Pero todavía estaba allí, como un agujero negro en su corazón por el que lentamente se drenaban todo el consuelo, la esperanza y la felicidad.

—¿Pasa algo? Has estado distraído esta mañana —preguntó Hendricks mientras empacaban su equipo en el camión, preparándose para dirigirse a la base de Tetros para el informe y las nuevas asignaciones. El resto de la unidad de asalto había partido la noche anterior, llevando a los prisioneros a la ciudad capital para el juicio, así que los tres estaban solos.

Drey cargó una caja metálica de municiones con ambas manos en la parte trasera del camión.

—Tuve una pesadilla. No es nada de qué preocuparse.

—Dinos si necesitas algo.

—Lo sé —dijo Drey, sonriendo, y se inclinó para besarlo.

Paz saltó de la parte trasera y rodeó a Drey con el brazo, atrapándolo en una suave llave de cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Tuviste una pesadilla, chico?

—Cállate —Drey golpeó juguetonamente a Paz en la entrepierna con el dorso de la mano, lo que le hizo toser y soltarlo. Luego, Drey deslizó sus brazos alrededor de la cintura de Paz, sonriéndole para tratar de tranquilizarlo.

—Ay —dijo Paz—. Me has hecho daño. Puede que necesites besarlo para que se cure.

—Creo que está pidiendo que lo golpees de nuevo —dijo Hendricks, riendo.

—Puede que tenga que hacerlo —asintió Drey, y bajó la mano para darle un apretón a Paz.

—Oh. Suave, suave —dijo él.

Terminaron de cargar el resto de su equipo y se pusieron en marcha.

Sentado en el asiento del copiloto junto a Hendricks, Drey inclinó la cabeza hacia la ventanilla abierta y dejó que el viento le alborotara el pelo. El sueño le había perturbado más de lo que quería admitir. Hacía mucho tiempo que no tenía una pesadilla así, y su naturaleza le hacía sentir extraño. Pero logró apartar esos sentimientos, como solía hacer.

Varias horas después llegaron a su destino. A diferencia de los campamentos improvisados de los primeros días del levantamiento, la base de Tetros era una instalación completamente desarrollada que ocupaba una extensa área de terreno en las afueras de la capital y se había convertido en la principal base de operaciones para toda la actividad militar de New Adosh en Venos. La base era lo suficientemente grande como para albergar a oficiales y sus familias, así como a un número de soldados, y contaba con restaurantes, tiendas y muchas otras comodidades.

Fueron al centro de inteligencia para dar su informe de misión, algo de lo que siempre se

encargaban Paz y Hendricks. Ellos tenían mucha más experiencia y habilidad para navegar por todo el papeleo que él.

Drey se fue por su cuenta y caminó hacia la oficina de correos de la base, saludando a un par de soldados que lo reconocieron al pasar.

Drey mantenía contacto con la dirección del Hotel Dolphin, que había insistido en mantenerlo informado sobre los eventos importantes del hotel. Sin embargo, lo que más le importaba era si su consulta al conserje había sido actualizada. El hotel le enviaba informes regulares al respecto, ya que a menudo no tenía la oportunidad de comprobarlo él mismo. Se había convertido en un hábito leer sus informes, a pesar de saber lo que dirían cada vez. Era una de las primeras cosas que hacía cuando pisaba una base.

—Buenas tardes, señor Dredesere —dijo el empleado con un gesto de cabeza—. Enseguida vuelvo con sus mensajes.

Fue a la parte de atrás y regresó varios minutos después con una pequeña pila de tarjetas de papel. Drey le dio las gracias y se fue, hojeando los mensajes mientras caminaba.

Era todo lo habitual del Dolphin; habían contratado nuevo personal, la asistencia de huéspedes estaba volviendo a sus números normales, la gente lo visitaba ahora por su importancia histórica en el levantamiento. Varias tarjetas contenían los informes del conserje, y las revisó rápidamente.

Cuando sus ojos recorrieron el último informe, casi tropezó con un grupo de soldados que pasaban. Se detuvo para leer el informe de nuevo, queriendo asegurarse de que no estaba imaginando las palabras escritas en el papel.

El gerente de Lestat's, el Sr. Geoff Leldros, ha respondido con información relacionada con su consulta.

Eso era todo lo que decía; había pedido específicamente que no se transmitiera información específica a través de estos mensajes en caso de que fueran interceptados o monitoreados. No necesitaba decir nada más. Era la primera y única respuesta que había recibido.

Corrió de vuelta al centro de inteligencia para buscar a Paz y Hendricks.

DIEZ

D ecidieron ir directamente a la fuente.

Lestat's era un pequeño restaurante ubicado en el extremo este de la ciudad, en el sucio distrito industrial. Aunque no era un barrio marginal, el distrito industrial generalmente no era frecuentado por personas que no tuvieran negocios allí. Todas las fábricas de conservas y procesamiento de mariscos de Tetros estaban ubicadas aquí, dando al lugar un olor rancio omnipresente que la mayoría trataba de evitar.

Habían decidido no pasar la información al Comandante Luce todavía. Paz no creía que fuera a salir nada de la pista, y no quería perder tiempo con todo el trabajo adicional que implicaría convertirlo en una cacería oficial.

Drey estaba aprensivo, pero no podía evitar tener esperanzas. Tenía que creer que habría algo que los ayudaría, y Hendricks parecía compartir el sentimiento.

Aparcaron en una calle estrecha junto a una pila de cajas empapadas desechadas con la imagen estampada de un marisco. Drey salió del camión y salpicó en un charco de agua aceitosa. La calle estaba húmeda y llena de baches acuosos, y los edificios parecían tener un siglo de mugre acumulada. Por un callejón, las ratas corrían para agarrar un trozo de comida que había dejado caer un hombre que tropezaba con una botella de vino a un cuarto de su capacidad en la mano.

Lestat's estaba en la esquina. Tres hombres estaban sentados en una pequeña mesa en la entrada bajo un letrero descolorido y bebían licor transparente en vasos mientras fumaban cigarrillos.

—Disculpen —dijo Drey—. Estamos buscando hablar con un tal señor Leldros.

Normalmente, Paz era quien hablaba, pero Drey quería tomar la iniciativa en esto. Sentía que era su responsabilidad ya que había venido de su fuente.

—De acuerdo, ¿y quiénes podrían ser ustedes? —preguntó uno de los hombres.

Drey sacó su colgante, con la llave de plata tintineando detrás. —Agentes del Imperio.

—¿De cuál? —El hombre se rio y sus amigos rieron entre dientes.

—Solo hay uno —dijo Paz en un tono plano e impaciente.

Uno de los hombres golpeó su cigarrillo en un cenicero. Tenía brazos gruesos y peludos y un bigote. —Soy Geoff Leldros. ¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

Drey sacó la hoja de identificación que llevaba consigo a todas partes. —Este hombre. ¿Sabe algo sobre él?

—Mm. —Le dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo hacia un lado—. Sí. Viene por aquí a veces. Roba comida de los contenedores en el callejón. Estoy bastante seguro de que es él, al menos. Si no fuera por ese pelo blanco, sería difícil de distinguir. Aunque hace tiempo que no lo veo.

Drey miró a Paz y Hendricks. Ambos parecían sorprendidos.

Paz dijo: —¿Sabe dónde está este hombre? —y Leldros asintió, apagando su cigarrillo.

—Claro. Debe de estar en la fábrica abandonada cuatro manzanas al norte de aquí. A muchos vagabundos les gusta instalarse allí. Seguro que está ahí.

—¿Está solo? ¿Está armado? —preguntó Hendricks.

—¿Armado? ¿Ese hombre? —Se encogió de hombros—. No me parece peligroso.

Agradecieron a Leldros por su ayuda y volvieron al camión. Hendricks abrió la puerta trasera y ya estaba revisando el equipo que tenían con ellos.

—Quieres ir por él directamente —dijo Paz—. ¿Es eso lo que estás pensando?

—En efecto. —Hendricks le tendió un rifle—. No voy a arriesgarme a perderlo de nuevo. Podrían pasar un millón de cosas si necesitamos hacer un informe de esto. De todos modos, Luce nunca lo canceló completamente como objetivo.

—Mientras todos estemos de acuerdo con esto —dijo Paz—. Y que estemos juntos para lo que sea que pase ahí dentro.

Drey entendió lo que quería decir. Si Killik estaba ahí dentro, esto no iba a ser una misión de captura. Le harían su propia justicia.

Estaba nervioso por la situación. Sabía que Hendricks tenía razón: podían esperar a que todo estuviera en su lugar, con un reconocimiento previo completo y una unidad de respaldo para ayudarlos en caso de que las cosas salieran mal, pero eso llevaría tiempo. Killik los había eludido durante tanto tiempo, que fácilmente podría escaparse de nuevo.

No era que no fueran capaces de hacerlo por su cuenta, pero Drey estaba aprensivo. No dejaba de pensar en sus encuentros con Killik, que habían sido breves pero increíblemente traumáticos.

Aquellas heridas se habían convertido en dolorosas cicatrices. Ese hombre le había arrebatado tanto. Era peligroso, la persona más peligrosa que existía, en la mente de Drey. Y le preocupaba que su sueño se convirtiera en una profecía.

Perder a sus Alfas significaría la muerte. No podría vivir sin ellos.

Pero eso era todo en lo que podía pensar: perderlos.

—¿Drey? —dijo Hendricks, pasándole un rifle.

Tras un momento de duda, Drey aceptó el arma.

—Sí.

—Bien —dijo Paz—. Tengamos nuestra reunión.

La fábrica abandonada estaba hecha de ladrillo descolorido y cubierta de hiedra, rodeada de grueso césped salvaje. Una alta valla oxidada recorría el perímetro, desmoronándose y cediendo en varios lugares. Después de dar una vuelta al edificio para inspeccionarlo, detuvieron la camioneta al otro lado de la calle. Drey miró el viejo edificio, observando las palomas revoloteando sobre dos antiguas chimeneas, una de las cuales tenía una imagen descolorida de un atún saltando pintada en la piedra.

Cruzaron por debajo de una parte abierta de la valla y se abrieron paso a través de la hierba hasta llegar a un juego de grandes puertas dobles de madera, una de las cuales estaba fuera de sus bisagras.

—Un explorador lobo —dijo Paz—. ¿Drey?

Drey asintió. Estaba diciendo que quería que uno de ellos estuviera en forma de lobo, una táctica común para incursiones de grupos pequeños. Se transformó e inmediatamente olfateó el aire para ver si podía detectar el olor de alguien.

—Hay demasiados olores —dijo—. No puedo distinguir nada.

—Entonces procedamos hacia adentro. —Paz hizo una señal con un movimiento de su mano—. Toma la delantera, te cubriremos.

Drey avanzó sigilosamente, con las orejas erguidas y el cuerpo pegado al suelo. Estaba esperando cualquier cosa. No sabía qué tipo de preparativos podría haber hecho Killik durante estos últimos meses, qué tipo de trampas podría haber puesto o con quién podría estar escondido. Podría tener toda una fuerza de hombres a su disposición, por lo que sabían. El edificio ciertamente era lo suficientemente grande.

El interior estaba oscuro, iluminado solo por la luz del sol que se filtraba a través de la hilera de ventanas rotas que bordeaban las paredes superiores y varios agujeros grandes en el techo. Las plantas habían comenzado a apoderarse del lugar, brotando a través de las juntas del concreto y el ladrillo. Había agua estancada por todas partes, oscura y quieta, imposible de conocer su profundidad. Las palomas arrullaban y revoloteaban alrededor de las vigas de hierro que se

entrecruzaban sobre ellos. El lugar olía a moho y descomposición.

Los oídos de Drey captaban cada sonido, desde el correteo de las ratas por el suelo hasta el suave goteo del agua en alguna piscina invisible. De repente, su nariz captó un débil aroma que destacaba entre todo lo demás, así que los guió en esa dirección.

Había basura desechada y otros signos de habitación, pero era difícil saber si había sido dejada por alguien que vivía en el edificio o por vagabundos que habían pasado por allí. De cualquier manera, Drey estaba seguro de que no estaban solos.

Siguieron el rastro de olor subiendo por una escalera desvencijada hasta un área de desván que estaba llena de filas de barriles vacíos. En la esquina más alejada del espacio había una puerta que parecía haber sido alguna vez la oficina del capataz. Drey vio que el rastro conducía directamente a esa habitación e hizo una señal hacia ella.

Paz y Hendricks se adelantaron y se colocaron silenciosamente junto a la puerta. Cuando todos estuvieron en posición, Paz giró el picaporte y empujó la puerta. Se abrió hacia adentro, crujiendo sobre sus bisagras. Inmediatamente se precipitaron dentro, con los rifles apuntando.

Drey fue recibido por un hedor terrible y una visión que no esperaba. En la esquina, tumbado sobre un colchón desecado, estaba Killik. Su pistola de servicio yacía en el suelo junto a él, y el hombre gimió delirante y se dio la vuelta, buscándola a tientas. Paz se abalanzó hacia adelante y apartó el arma de una patada. Derribó a Killik de vuelta al colchón con un golpe del cañón de su rifle.

—No te muevas —ladró—. No te muevas, maldita sea.

Killik estaba demacrado, sus mejillas hundidas cubiertas por una barba plateada gruesa y desaliñada. Los miró con ojos vidriosos que lentamente parecieron agudizarse al reconocer sus rostros. Una sonrisa se extendió por su cara. Le faltaban dientes. La sonrisa se convirtió en una risa desquiciada, que luego se transformó en una tos sibilante.

—¿Qué quieren?

—Gendo Killik, estamos aquí para hacerte responder por los crímenes que has cometido —dijo Paz.

—No sé de qué están hablando. —Volvió a toser, casi doblándose por la mitad.

Drey volvió a su forma humana. Agarró su rifle pero no pudo levantarlo. Este no era el Killik que esperaba encontrar. Este era un hombre que apenas se aferraba a la vida. Si hubieran llegado unos días más tarde, tal vez solo habrían encontrado un cadáver.

—Sabes exactamente por qué estamos aquí —dijo Hendricks.

—No lo sé —gruñó Killik—. No sé quiénes son ustedes. No sé qué quieren.

—Mentiras —dijo Hendricks, enojado.

—Se ha vuelto loco —murmuró Paz.

En ese instante, Drey se encontró reconsiderando todo. No era que sintiera lástima por Killik en la condición en la que estaba, pero le hizo cuestionarse su plan y su capacidad para llevarlo a cabo. Todo el odio estaba ahí, surgiendo en su mente junto con todos esos dolorosos recuerdos. Pero, ¿realmente podría matar a este hombre?

¿Querrían sus padres este tipo de venganza?

El pensamiento sacudió su mente y atravesó directamente su ser. Había estado esperando tanto tiempo este momento, lo había perseguido tan ciegamente que nunca se había detenido a considerar lo que realmente significaría para él. ¿Matarlo realmente le traería paz?

De repente, Hendricks se lanzó hacia adelante y agarró la camisa de Killik con ambos puños, levantándolo. Apenas podía mantenerse en pie, y Hendricks lo estrelló contra la pared.

—¿Ah, sí? ¿No te acuerdas? —Sacó su pistola y la presionó bajo la barbilla de Killik—. ¿Qué hay de Amenios? ¿Te suena? Amenios, hace nueve años. Una niña pequeña que mataste porque su padre se negó a ser reclutado. ¿Recuerdas eso?

Drey miró a sus dos Alfas y pensó en todo lo que le habían dado. Su amor lo era todo. ¿No eran ellos quienes le brindaban felicidad y consuelo? ¿No habían silenciado su dolor y llenado el vacío que había sentido durante tanto tiempo? ¿Qué lograría quitarle la vida a este hombre? ¿Realmente podría darle lo que necesitaba?

Hendricks arrojó a Killik de vuelta al suelo. El hombre jadeaba y tosía, sus ojos huecos mirando fijamente al techo. Hendricks apuntó su pistola hacia él. Sus ojos estaban rojos por las

lágrimas.

—Espera —dijo Drey, dando un paso adelante y poniendo su mano en el brazo de Hendricks—. Espera, no podemos. No lo hagas.

Hendricks se volvió y lo miró, sorprendido.

—Drey, esta es nuestra misión —dijo Paz—. Terminémosla ahora.

—Lo sé, pero... Hendricks. Paz. Si lo matamos ahora, esto no terminará. Esto no es por lo que mis padres murieron.

—Es lo único que lo hará mejor —dijo Hendricks.

—Vamos a terminarlo —dijo Paz, apretando su rifle.

Drey tocó su rostro y lo miró profundamente a los ojos. Hizo lo mismo con Hendricks, desesperado por llegar a ellos. —Ya hemos matado suficiente. ¿No es así? Hemos estado tan consumidos por esto que ni siquiera podemos detenernos para apreciar realmente lo que tenemos. —Les apretó los brazos—. Piénsenlo.

Paz lo miró fijamente, y Drey pudo ver cómo el fuego se desvanecía lentamente de sus ojos. Después de lo que pareció una eternidad, Paz bajó su rifle. —Maldita sea —murmuró.

Hendricks estaba temblando. —No puedo —dijo—. No puedo. —Empujó su arma hacia afuera, como si se estuviera preparando para disparar.

—¡Hendricks! —suplicó Drey—. Por favor. Dejemos que lo llevemos para que todos los demás a quienes ha herido puedan recibir su cierre. No hagas esto.

—No puedo...

—Oye —dijo Paz, poniendo suavemente su mano en el hombro de Hendricks—. Drey tiene razón. Sabes que la tiene. Quiero justicia por lo que le pasó a mi hermano, pero... Tal vez sea hora de que dejemos de repartir las cartas. ¿Emi querría esto? ¿Realmente lo querría? Sé que has pensado en esto antes.

Hendricks estaba negando con la cabeza, las lágrimas ahora corrían libremente por sus

mejillas. Killik se volvió lentamente hacia él y con voz débil croó: —Hazlo. Aprieta el gatillo.

Finalmente, Hendricks guardó su arma en la funda. Se arrodilló y levantó a Killik, sosteniendo sus brazos firmemente detrás de su espalda. Killik no se resistió ni luchó; estaba demasiado débil para hacer otra cosa que no fuera colgar flácidamente mientras Hendricks le ataba las muñecas.

—Ahora eres prisionero del Imperio de New Adosh, detenido bajo acusación de crímenes de guerra —dijo Hendricks, su voz volviéndose más firme—. Recibirás un juicio justo. Algo que negaste a tantos otros.

Hendricks estaba sentado con Paz fuera del centro de inteligencia en la base. Los dos Alfas miraban en silencio hacia adelante, ambos perdidos en sus propios pensamientos. Drey salió del edificio, habiéndose ofrecido como voluntario para revisar el papeleo con el mando respecto a la captura de Killik. Se acercó y se sentó entre los dos hombres.

—No siento ningún tipo de satisfacción por lo que pasó —dijo Hendricks—. De hecho, me siento más o menos igual. Pero tenías razón, Drey. Matarlo no me habría dado más satisfacción ni cierre. Estaría exactamente donde estoy ahora. Probablemente peor.

Drey deslizó sus manos en las de él y Paz, y los dos Alfas se inclinaron más cerca de él.

—No sé qué hacer a partir de aquí —dijo Paz, sonando un poco ausente.

—Hay mucho —dijo Drey—. Estamos juntos. Así es como debían ser las cosas. Todos estábamos destinados a estar juntos.

Paz apoyó su cabeza en su hombro, y Drey se sintió verdaderamente fuerte por primera vez en su vida. Era capaz de apoyar a los hombres que amaba. Ese era el verdadero poder, y era lo que había estado buscando todo el tiempo.

ONCE

Con Killik tras las rejas y enfrentando una sentencia de muerte por sus crímenes, Drey también se encontró sintiéndose inquieto. Pasó las siguientes semanas cuidando a sus Alfas. Luce les dio un permiso, y los tres discutieron sobre una vida más allá de cazar para el ejército. Drey, especialmente, estaba listo para dejar esa vida atrás. Hablaron sobre Amenios, su pueblo natal en el norte, y la posibilidad de regresar allí. Era un pueblo pequeño, ahora pacífico desde que los Xyletians se habían ido. Un cambio bienvenido de la ciudad y un lugar donde podían ir a dejar que sus cicatrices sanaran.

Antes de poder hacer eso, Drey tenía una última cosa que necesitaba resolver. Lo había postergado durante mucho tiempo, y ni siquiera había estado seguro de si quería hacerlo en absoluto, pero Paz y Hendricks lo animaron a obtener ese último cierre.

Caminaron juntos por Tetros, habiendo decidido llegar a su destino a pie. Fueron por una calle antigua que se curvaba hacia el mar, bajo un cielo lleno de nubes blancas como algodón que se deslizaban lentamente sobre el agua brillante.

Llegaron al faro azul y a la oficina de correos junto a él, que era un pequeño edificio de estuco blanco con una fila de buzones azules en frente. El cartero estaba sentado afuera fumando un cigarrillo mientras hojeaba un periódico.

—Ve tú adentro, chico —dijo Paz—. Te esperaremos aquí afuera.

Drey asintió y entró. El cartero, que obviamente no esperaba visitas, rápidamente apagó su cigarrillo y se apresuró a entrar detrás de él.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

—No estoy seguro —dijo Drey—. Creo que dejaron algo para mí aquí. —Sacó la llave

plateada y la puso sobre el mostrador.

—Ciertamente es una de las nuestras. Una llave de casilla. ¿Qué número?

Drey lo pensó. —Doscientos quince —dijo.

—Está justo por aquí. Sígame.

El cartero lo llevó a la parte trasera, donde había una pared llena de pequeñas puertas cuadradas de latón. Señaló una que tenía los números 215 grabados.

—Ahí tiene.

—Gracias.

Drey se quedó solo. Inspeccionó la puerta, trazando sus dedos a lo largo de los bordes. Estaba dudando en probar la llave. ¿Por qué era tan difícil hacer esto?

Finalmente, lentamente, levantó la llave y la empujó en la ranura. Encajó perfectamente con un clic. Luego la giró, y su corazón saltó cuando la cerradura se abrió.

Miró dentro.

—Otra caja —susurró, sacando una caja rectangular hecha de madera pulida. La abrió. Dentro, encontró una pila de documentos: la escritura del Hotel Dolphin, entre otros certificados financieros pertenecientes a sus padres. Y en el fondo, había una carta con su nombre escrito en la letra de su padre. Abrió el sobre y la leyó.

Drey, decía. Primero que nada, debo disculparme por mantenerte en la oscuridad. Era la única forma en que podíamos asegurar tu protección. Incluido en esta caja está todo lo que necesitas para hacerte cargo del Hotel, o hacer con él lo que creas conveniente. Ahora es tuyo. Te pertenece, al igual que tu propia vida. Haz lo que debas para sobrevivir, pero haz todo lo que esté en tu poder para preservar lo que es bueno. Es por lo que hemos estado luchando, y lo que esperamos que te quede si las cosas salen según lo planeado.

Me has hecho muy orgulloso de ser tu padre.

Aquí, la letra de la carta cambió a la de su Papá.

Excelente trabajo al llegar al final del camino, Drey. Sin duda hay muchas luchas por delante, pero cree que todo valdrá la pena al final. Nunca sientas que estás solo. Este mundo está lleno de buenas personas, y hay muchos que conocen nuestro nombre y vendrán en tu ayuda si lo necesitas. Verás que seguiremos estando contigo, en ese sentido, a través de nuestro apellido.

Continúa esa familia. Vive una vida cálida rodeado de todos aquellos a quienes amas. Este mundo volverá a ser un lugar donde prosperar, y espero que encuentres a alguien con quien compartirlo todo.

Estás por siempre en mi corazón, mi querido hijo. Te amo.

Las lágrimas de Drey mancharon el papel, emborronando la tinta. Rápidamente se limpió la cara y colocó todos los documentos de vuelta en la caja de madera. Luego cerró y bloqueó la pequeña puerta y se llevó la caja consigo, sosteniéndola firmemente contra su pecho. Estaba sonriendo, y mientras caminaba hacia afuera donde Paz y Hendricks charlaban entre ellos bajo el cálido sol de la tarde, ese profundo pozo que había estado dentro de su pecho finalmente se selló.

El peso se había ido. Su cuerpo se sentía cálido, como si estuviera lleno de una luz brillante, y su alma se sentía limpia y clara. Pensó en sus padres y no sintió más que felicidad y amor. La oscuridad se había despejado. Finalmente podía dejarlo ir.

Paz y Hendricks extendieron sus brazos y lo rodearon. Hendricks lo besó en la cabeza, y caminaron juntos, tomados de la mano, hacia la playa.

EPÍLOGO

Había un grupo particular de árboles jóvenes que Drey adoraba. Se encontraban en el borde del nuevo bosque, de unos tres metros de altura, con troncos fuertes y copas sombrías, y una excelente vista del camino que llevaba a la Posada del Delfín. Había pasado mucho tiempo sentado bajo ellos para descansar durante las renovaciones de la posada, y hace apenas unos meses, Paz había colgado tres hamacas entre ellos. Ahora estaba acostado en una, mirando al cielo mientras tocaba su vientre embarazado.

Todavía pensaba a menudo en sus padres, aunque los pensamientos ya no estaban teñidos de oscuridad como siempre lo habían estado antes. Había melancolía, pero eso era de esperarse. Había considerado viajar a la antigua capital xyletiana para intentar rastrear algunos registros de lo que les sucedió después de que se los llevaron, para ver si podía averiguar exactamente cuál fue su destino, pero Hendricks lo convenció de no ir. Y se alegraba de no haberlo hecho.

Era hora de seguir adelante.

Y habían seguido adelante. La Posada del Delfín en Amenios ya estaba atendiendo a muchos huéspedes que visitaban el pequeño pueblo para escapar de las ciudades, y los tres descubrieron que cuidar de la gente los hacía muy felices. Paz y Hendricks daban tours de naturaleza por el pueblo y el bosque. Drey descubrió que tenía talento para la hospitalidad y el diseño, y había hecho que la posada se construyera exactamente según sus especificaciones.

Y se había quedado embarazado poco después de que se mudaran a Amenios. Fue como magia, como si su cuerpo hubiera estado resistiéndose hasta ese momento.

Vio que el grupo de turistas de Paz y Hendricks se acercaba y se levantó con cuidado de la hamaca para ir a saludarlos. Mientras caminaban de regreso a la posada, el chico de la recepción vino corriendo por el camino hacia ellos, haciendo señas.

—¡Señor Dredesere! Tiene que venir rápido. Acaba de llegar todo un convoy y quieren hospedarse en la posada. Creo que son personas importantes.

Drey intercambió una mirada con los Alfas. ¿Importantes? Amenios estaba en la ruta hacia New Adosh, así que era totalmente posible que pudieran recibir algunos tipos del gobierno de paso. Pero Amenios era un pueblo tan pequeño que esos tipos generalmente continuaban hasta Tetros.

El frente de la posada estaba lleno de vehículos oficiales, fuertemente blindados, y soldados de New Adosh montaban guardia junto a ellos. Drey y los Alfas intercambiaron otra mirada curiosa.

—El propietario, el señor Dredesere, está aquí, señores —dijo el chico de la recepción a los hombres que esperaban en el vestíbulo.

—Excelente —dijo uno de los hombres, que llevaba una túnica formal—. Estoy aquí en nombre de...

Fue interrumpido por las puertas delanteras que se abrían, y entraron dos Alfas bastante grandes e intimidantes vestidos con uniformes militares impecables, y un Omega pulcro que estaba muy embarazado.

—Ah —dijo el hombre de la túnica—. Sus Altezas...

Paz y Hendricks se pusieron firmes en posición de atención militar. Los ojos de Drey se abrieron de par en par. Sabía quiénes eran los hombres. Probablemente no había nadie en el mundo que no lo supiera. Griffin y Phoenix Greer, los líderes del Imperio de New Adosh.

El de cabello oscuro peinado hacia atrás, que Drey sabía que era Griffin, se adelantó.

—¿Señor Dredesere?

—Sí, señor —dijo Drey.

—Hemos oído mucho sobre las contribuciones de su familia a la causa. Y hemos escuchado mucho sobre su hospitalidad aquí. Nos fue recomendado. Phoenix, Lars y yo vamos camino a Adosh. Tenemos la intención de navegar hasta allí vía Tetros y nos gustaría contar con su hospitalidad aquí y en la ciudad.

—Ciertamente podemos hacer eso por ustedes.

—Bien. —Se volvió hacia Paz y Hendricks, que estaban congelados en su lugar—. Caballeros. Ustedes deben ser el señor Waterford y el señor Ortena. Les agradecemos sus sacrificios.

Paz y Hendricks saludaron. —¡Sí, señor! ¡Gracias, señor!

Drey se rió para sus adentros. Los dos se habían convertido en niños pequeños boquiabiertos.

Phoenix se acercó y les estrechó la mano a todos en silencio. Lars se quedó donde estaba, pero cruzó su mirada con la de Drey y le sonrió. Drey le devolvió el gesto con un asentimiento, pensando para sí mismo que el joven parecía demasiado perfecto para ser real.

Después de registrar a los tres miembros de la realeza en la suite principal, Drey se sentó con Paz y Hendricks mientras los dos se recuperaban lentamente de su conmoción.

—Mírenlos —dijo Drey—. Están enamorados.

—Genios —dijo Paz, aturdido—. Son genios. Y se están quedando con nosotros.

—Me sorprende que no quieran ponerle el nombre del bebé como ellos —dijo Drey.

—Podríamos —dijo Hendricks.

—No.

Hendricks se rió y le dio un beso a Drey.

El sol estaba descendiendo hacia la línea de árboles, proyectando largas sombras por todas partes. Se sentaron juntos en una hamaca y escucharon el gorjeo de los pájaros en los árboles a su alrededor.

En los brazos de sus Alfas, con su primer hijo creciendo en su vientre, Drey supo que este nuevo mundo definitivamente valía la pena vivirlo.

¡Muchas gracias por leer *Poisoned Fate*! Continúe hasta el final del libro para obtener información sobre cómo acceder a material extra de bonificación.

Y si disfrutaste *Poisoned Fate*, por favor considera dejar una calificación o reseña. ¡Todo aliento positivo es de gran ayuda para los autores! Puedes acceder fácilmente a la página del producto escaneando el código QR con tu teléfono o haciendo clic [aquí](#).



OMEGAS DE GUERRA

Los libros de esta serie pueden disfrutarse como historias autoconclusivas y leerse en cualquier orden. Aunque los libros se desarrollan en el mismo universo y en el mismo periodo, siguen a diferentes personajes en sus aventuras únicas. Simplemente comienza con la historia que más te interese: no te perderás ningún elemento clave de la trama ni el desarrollo de los personajes.

Libro 1 ([*Broken Crown*](#)): ♥♥♥♥♥

Libro 2 ([*Ravaged Bond*](#)): ♥♥♥

Libro 3 ([*Poisoned Fate*](#)): ♥♥

*

* Escala de intensidad:

♥ - Temas ligeros, conflictos moderados, final feliz garantizado

♥♥ - Temas moderados, conflictos emocionales, contiene temas delicados

♥♥♥ - Temas pesados, conflictos intensos, contiene contenido perturbador y violencia

♥♥♥♥ - Temas muy pesados, conflictos extremos, contiene contenido altamente perturbador y violencia explícita

SIGUIENTE EN LA SERIE...



Broken Crown

El reino ha caído. Los despiadados comandantes Alfa Phoenix y Griffin Greer han reclamado al Príncipe Omega Lars Lyandri como su premio de guerra. Pero los dominantes hermanos desean

más que solo poseer a su cautivo real. Su misión secreta exige tomar algo que solo la sangre noble de Lars puede proporcionar.

Un heredero.

Perdido en las profundidades del cielo, Lars se encuentra indefenso ante el vínculo primitivo que los feroces Alfas le imponen. ¿Podrá resistir el oscuro placer que despiertan en su interior? ¿O sus propias necesidades desesperadas lo traicionarán ante su apasionada conquista?

Broken Crown es el primer libro de la serie dark gay romance Omegas de Guerra. Esta historia presenta un príncipe omega, dos comandantes alfa, enemigos que se convierten en amantes, fantasía militar, intriga política, familia encontrada, luchadores de la resistencia, identidades secretas, sanación de traumas, destino uniendo compañeros, acción y drama intenso. Advertencia: Contiene violencia, elementos no consensuales y temas oscuros que pueden no ser agradables para algunos lectores, pero pueden esperar arcos de personajes satisfactorios y un final feliz gratificante.

LA SERIE DE LOS HERMANOS LUNA



¡Descubre la serie de cambiaformas más vendida de Ashe Moon, [Los Hermanos Luna!](#)

—¡Acabo de terminar de leer la serie! ¡Dios mío! Las pruebas por las que pasan los hermanos Luna para encontrar el amor son conmovedoras y llenas de emociones. Para ser sincera, me encontré llorando en algunas partes de las 4 historias, simplemente tocan las emociones. ★★★★★



Para Tresten Croc, un omega obstinado matriculado en la Escuela de Artes de Combate dominada por alfas, un matrimonio arreglado es probablemente lo peor que podría pasarle, especialmente cuando su futuro esposo no es otro que su rival de clase, el alfa deportista y mujeriego, Loch Luna.

Sus familias necesitan esta alianza para mantener su posición como líderes del clan, así que los dos jóvenes luchadores aceptan casarse a regañadientes. No hay absolutamente ninguna posibilidad de que realmente se enamoren... entonces, ¿qué harán Tresten y Loch cuando se enteren de que necesitan producir un heredero?

***Casado con el Omega** es una ardiente historia mpreg llena de acción y romance gay, ambientada en un nuevo y vibrante mundo de cambiaformas. Es el primer libro de la serie Los Hermanos Luna, y puede leerse como una novela independiente. Presenta: Enemigos a amantes, un matrimonio arreglado, guerreros cambiaformas lobos de alta cuna, una escuela prestigiosa, un ambiente paranormal contemporáneo, mucho calor y un emocionante final feliz.*

Sposato all'Omega è una storia piccante mpreg piena di azione e romanticismo gay, ambientata in un nuovo ed emozionante mondo di mutaforma. È il primo libro della serie I Fratelli Luna e può essere letto come romanzo autonomo. Presenta: Nemici che diventano amanti, un matrimonio combinato, guerrieri lupo mutaforma di alto lignaggio, una scuola prestigiosa, un'ambientazione paranormale contemporanea, molto calore e un emozionante lieto fine!

MANTENTE EN CONTACTO CON ASHE

Mantente al día con las ofertas y los nuevos lanzamientos suscribiéndote al boletín personal de Ashe Moon [AQUÍ](#), o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono.



Si buscas algo más personal, ¡también puedes unirme a mi grupo privado de Facebook, [Ashe Moon's Ashetronauts!](#) Es principalmente un grupo de habla inglesa, pero todos son bienvenidos y estaremos encantados de tenerte. ¡Haz clic en el enlace o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono!



Mi grupo es un espacio seguro para charlar conmigo y con otros lectores, y donde también realizo sorteos exclusivos y anuncios especiales. ¡Espero verte allí!



CONTENIDO EXTRA



Para acceder al contenido adicional GRATUITO de *Poisoned Fate*, [¡haz clic aquí!](#)